GENIALIDADES

R 7115 Y

BIBLIOTECA GENERAL DE ANDALUCIA

SAN IGNACIO DE LOYOLA

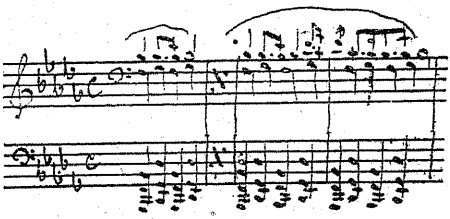
SEGUN

CASTELAR

GENIALIDADES

POR

J. M. Y SAJ



(CON LICENCIA)

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZON DE JESUS
Muelle de Marzana, núm. 7
—
1892

I

PRELUDIO

Sed nunc non erat his locus.
(Horacio.)

ADA más regocijado y divertido que oir grandes dislates pronunciados en serio.

Y si la seriedad del orador se presenta revestida de la ampulosidad del lenguaje; si desde la trípode de sus oráculos se encara con los que le oyen, y ahuecando la voz y con tono y ademanes melodramáticos, lanza contra las risas mal reprimidas los más furibundos anatemas, entónces se entiende prácticamente cómo lo cómico puede aunarse con lo trágico, y producir el *sublime invertido* de que habla Jungmann.

¡Entónces vemos al Apolo de Belvedere patas arriba, ú oimos á Demóstenes finalizando una de sus *Filípicas* con un estornudo!

Algo parecido sucede al recorrer, si hay huelgo para tanto, las enormes páginas que ha dedicado Castelar á San Ignacio de Loyola.

Se empieza por fruncir el ceño creyendo que aquello va de veras, y se concluye por un inmenso bostezo de entusiasmo.

Esas páginas escritas ahora, están refutadas y pulverizadas victoriosamente hace más de dos siglos.

Lo están por hombres serios, por historiadores sesudos y de conciencia, que se apoyan en un sinnúmero de documentos auténticos, en hechos incontrovertibles, y no tan sólo en la exuberante imaginacion de un profesor de historias fantásticas, que escribe en prosa poesías más ó ménos inverosímiles.

No ponemos ni áun la larga lista de libros dignos de consultarse y escritos en defensa de San Ignacio, porque llenariamos muchas páginas, y esto sólo indicaria que tomábamos la cosa en serio.

Nuestro intento es otro: esparcir un poco el ánimo procurándonos grato solaz, con sus ribe-

tes y puntas de malicia, y tal vez no poco á costa de la vanidad del prójimo, pero con la más sana intencion!

El historiador impugnado, algo y aun algos perderá de los bienes de fama, la verdad, no bien adquiridos; mas recuerde para consolarse aquello de Lope de Estúñiga:

Que los bienes que tenemos
D'emprestados los tomamos,
Porque de contino vemos
Que unas veces los perdemos
Y otras veces los ganamos.

Pero, de una vez para siempre conste: 1.º, que retiramos cuanto pudiera con razon herirle; 2.º, que para nosotros, ante el historiador-filósofo desaparece el hombre, y 3.º, que en estas materias estamos conformes con nuestro satírico bilbilitano:

Parcere personis dicere de vitiis.

II

SALVEDADES

Castelar es poesía,
Ciencia, razon, majestad,
Paz, indulgencia, hidalguía,
Conviccion, filosofía,
En fin, inmortalidad.
¡Cómo domina la historia!

(Juan de Dios Peza.)

QUE en los postres de un banquete en Méjico se improvisen quintillas inspiradas por un violinista como Sarasate y dichas por un poeta como Juan de Dios Peza, nada tiene de extraño.

Lo que no puede pasar es que una de esas quintillas acabe como acaba, y que la siguiente empiece como empieza, sobre todo si se trata del Castelar que ha perpetrado el *Ignacio de Loyola* que tenemos á la vista.

No; circunscribiéndonos á este punto concreto, la quintilla citada debe lanzarse así:

Castelar es poesía,
Ciencia, razon, majestad,
Paz, indulgencia hidalguía,
Conviccion, filosofía
Y... *todo ménos verdad.*

«¡Cómo domina la historia!» En efecto: ¡cielo santo, cómo la domina! Con un dominio el más despótico que han visto los nacidos. Así es que la pobre Señora sale de sus manos pecadoras tan maltrecha y malparada, que parece una de las tres brujas de Macbeth, más bien que la grave matrona, *maestra de la vida,* segun define á la historia el inocente de Ciceron.

¡Pobre historia! no le deja hueso sano. Donde Castelar pone la pluma, no vuelve á nacer... nada...

Pero ántes de entrar en materia, justo es confesar que Ignacio de Loyola no habia de ser de mejor condicion que otras celebridades históricas puestas en la picota por el eminente tribuno.

La vida y las obras del Fundador de la Compañía de Jesus, tenian que vaciarse en el mismo troquel, es decir, en la misma olla de grillos en que ha precipitado el mismo autor á todos los

siglos, á todas las razas y á todos los bichos vivientes del planeta.

Ahí va uno solo, entre los infinitos ejemplos que pudieran citarse para dar una idea, una idea nada más, de su *católica* manera de sentir.

Habla de un tan gran Santo como San Pio V, á quien veneramos en los altares; pues oid:

«Ningun adalid mahometano de cuantos han segado »con su alfanje pueblos y generaciones para implantar »sobre la tierra desierta el Koran revelado, ninguno te»nia tan arraigada la idea de la purificacion del hombre »por el hierro, por el fuego, por el exterminio, como »este cruel Pio V. Mataba, quemaba, por caridad, por »amor».....

...«Quizás aquel hombre no se habia reido ni habia »llorado nunca; especie de algebraica cifra, como la que »buscaba Loyola en los autómatas apercibidos por sus »ejercicios religiosos».....

«Todo su furor se consagró á recabar del mundo la »observancia ciega y automática de los preceptos religio»sos. Debian los médicos imponer cada tres dias confe»sion general á los enfermos; y si á ello se negaban, aban»donarlos en sus enfermedades para que se los llevasen »más pronto la muerte y el infierno».....

«El Indice romano creció tanto, que era inútil saber »leer, porque casi todos los libros estaban prohibidos.»

«Así fundó la grande unidad del mundo católico»...

.....

Y el que, tratándose de católicos, todo lo ve pequeño, ridículo, criminal é infame, tratándose de herejes todo lo ve sublime. Preguntadle qué siente de Lutero, y os dirá que *es el Mesías de la Reforma*. ¿Y Calvino? Pues Calvino

puede y debe llamarse el San Pablo de la Reforma.

«... áun despues de las esperanzas diseminadas por »el Evangelista; áun despues del Verbo revelador verti»do por los labios y la sangre fecundante vertida por las »llagas de Cristo, necesitábase un genio verdaderamente »organizador, que diese al Cristianismo la universalidad »moral indispensable, frente á frente de la unidad mate»rial que ya tenia el Imperio.»

¡Y ese genio, segun Castelar, era el sanguinario monstruo, con alma de cieno, como le llamaban los mismos protestantes; era el marcado en la espalda en Noyon con el hierro con que se marcaban los reos del nefando delito; el asesino de Miguel Servet y de tantas infelices víctimas del hierro ó el fuego, allá en la republicana, en la *inmortal y nunca bastante comprendida y alabada Ginebra,* segun el mismo Castelar, en donde la herejía calvinista, segun el redicho orador, *va á ser como la sal de la tierra y la honra de la historia!*

Como veis, con un historiador de este alcance no hay que tomar las cosas en serio, pues todo ese mosáico de desatinos apénas si merece los honores de una carcajada.

No obstante—y sea esta la última salvedad—reconozco como el que más las extraordinarias cualidades con que plugo dotar á Castelar el

dador de todo bien. Por eso precisamente lamento tambien, como el que más, el deplorable empleo de esas cualidades asombrosas, y pido sinceramente al Señor que le envíe, en castigo de cuanto á dicho contra el Santo Patron de Guipúzcoa, á hacer en Loyola un mes por lo ménos de *Ejercicios;* pero un mes en que no salga de la *primera semana.*

¡No está por ahora para más dibujos!

¡Y qué dicha la nuestra si, como resolucion de su mes de Ejercicios, sacase nuestro historiador el propósito de no volver á escribir más historias, ni volver á subir más á la tribuna!

El mundo perderia un orador; pero Dios ganaria un alma.

III

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

Ex ingenio suo quisque demat vel addat fidem. *(Tácito.)*

ICE nuestro historiador meramente posible:

«Ni los libros de Caballería, ni las vidas de los Santos, se cumplen aquí en la tierra.»

Convengamos en lo de *las caballerías;* pero si la vida de los Santos no se cumple en la tierra, ¿en dónde se cumplirá? ¿En la luna?

¿O es que no hay *tales* Santos, como tampoco ha habido *tales* caballeros andantes? ¿O es que las vidas de los Santos no merecen más crédito que los libros de Caballería?

Esto parece deducirse al ver la caricatura

grotesca, la monstruosa y abominable silueta que traza Castelar en los espacios inconmensurables de su imaginacion al pretender pintarnos al paje de los Reyes Católicos, al defensor de Pamplona, al penitente de Manresa, al Fundador de la Compañía de Jesus, á San Ignacio de Loyola

Para Castelar, ni historiadores intachables, ni el testimonio de grandes hombres, y reyes y emperadores, y Papas; ni el de grandes Santos, ni el de la Iglesia de Dios, ni el testimonio del mismo Dios, valen nada.

Dios nos ha certificado de la grandeza y santidad de Ignacio, por medio del sello de Dios, que nadie puede falsificar: los milagros.

Mas ¿quién se para hoy dia en milagro más ó ménos?

La Iglesia de Dios, regida por el Espíritu Santo, al elevar á Ignacio á los altares, en la Bula de su Canonizacion, ha dicho que la inefable bondad de Dios le habia escogido para hacer frente con su Compañía, al horribilísimo monstruo Lutero y sus blasfemos secuaces.

Pero, ¿qué entiende la Iglesia de estas cosas?

San Francisco Javier, el gran Apostol de las Indias, llamaba Santo y gran Santo á Ignacio, y era tal su respeto y amor, que le solia escribir de rodillas.

San Felipe de Neri decia á los de la Compañía: «Sois hijos de un gran Padre.»

Santa María Magdalena de Pazzis da testimonio de que «el espíritu de San Juan Evangelista y el de Ignacio era el mismo, porque todo él era amar á Dios y conducir á otros á que le amen.»

Pero, ¿qué crédito merecen estos y otros muchos visionarios semejantes?

El clásico P. Rivadeneira, en la *Vida de San Ignacio,* exhorta á sus hermanos de la Compañía á «poner los ojos en aquel lucido escuadron de heróicas y singulares virtudes que le acompañaban y hermoseaban.»

Es verdad; pero Rivadeneira ¿qué habia de decir?

Para que el contraste resulte más vivo, tened siempre á la vista en las siguientes páginas el retrato que aquí ponemos.

Ved este retrato de mano maestra, más parecido que el de Alonso Sanchez Coello; retrato hecho por el P. Juan José de la Torre, retrato de cuerpo entero, pero más aún de alma entera:

«*Llano y sencillo, sin desaliño; humildísimo, sin bajeza; noble y generoso, grave y cortés, le-*

vantado sobre todo lo terreno, despreciador de todo lo caduco, con la mira puesta siempre en lo que siempre sin interrupcion ni mudanza dura; gobernándose en todas las cosas grandes y pequeñas por razones altísimas; señor de todas sus pasiones, dueño hasta de los primeros movimientos de su ánimo, y por lo mismo manifestando sin alteracion por defuera la imperturbable bonanza en que su alma navegaba sin demora á las eternales riberas, y descollando en el hermosísimo cortejo de todas las virtudes cristianas que siempre le acompañaba la prudencia más que de hombre, y la caridad de Dios y de los prójimos por Dios, que abrasaba en seráficos, pero apacibles ardores su corazon; no dándole punto de reposo en procurar con todas sus fuerzas que Dios y el Unigénito de Dios, hecho hombre por los hombres, fuese de los hombres conocido, amado y glorificado; y los hombres, conociendo, amando y obedeciendo al que los crió y redimió, fuesen dichosos con la esperanza en la vida fugaz presente, y cumplidamente bienaventurados en la que nunca se acaba, con la vista y posesion del Sumo Bien: tal aparecia San Ignacio á los que le trataban, por más que con vigilante estudio y singular destreza estuviese siempre atento á encubrir los dones que Dios habia atesorado en su bendita alma...»

Este es el verdadero Ignacio de Loyola.

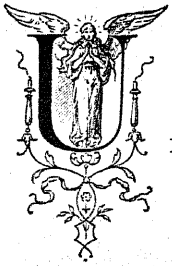
¿Lo habeis visto bien? Pues preparaos ahora á ver una série de caricaturas como hechas de encargo, por el artífice gaditano á quien dan en llamar el *artífice de la palabra*.

IV

EL GRAN PARALÍTICO

Callar á las vegadas, face mucho provecho.

(El Arcipreste de Hita.)



N ataque de parálisis, pero que les coge principalmente el cerebro, sufren, por desgracia, todos los que creen á piés juntillas que, en efecto, Ignacio de Loyola es el *gran paralítico.*

El que peleó como un leon en los muros de Pamplona en defensa de su patria, y despues en defensa de su Dios llenó de la prodigiosa actividad de su espíritu toda la redondez de la

tierra y todas las páginas de la historia; Ignacio de Loyola es segun Castelar:

«Aquel gran paralítico que quiere paralizar el espí»ritu, reducirlo á un ataúd tan estrecho como su jergon »de Loyola, envolverlo en el sayal y en la mortaja de »una penitencia eterna, iluminarlo con las pesadillas de »un sueño enfermizo y con las visiones de un insomnio »perdurable.»

¡Pero, hombre de... iba á decir de Dios! parad mientes en que al volver la hoja, olvidándoos de que la parálisis es lo opuesto á la accion, como os lo habrán enseñado vuestros profundos estudios helénicos ó patológicos, decís del mismo paralítico lo siguiente:

«La herida cruel de San Ignacio, la inmovilidad á »que necesariamente lo sujeta, bastan para explicar el »comienzo de su vocacion y el esbozo de sus proyec»tos. Una grande actividad sin empleo: he ahí la clave »de aquel plan que con sus redes y mallas de sombras »envolvió al mundo. La *accion*, la *accion* á todas ho»ras, la *accion* en todas partes y lugares; tal es la pri»mera característica del genio vascongado.»

Luego... ¡más claro que la luz! á fuer de buen vascongado, Ignacio habia de ser *la parálisis: la parálisis á todas horas, la parálisis en todas partes y lugares*, á fin de ser llamado con propiedad *el gran paralítico, que quiere paralizar el espíritu!* Y Castelar, tan enemigo del *estrecho jergon de Loyola*, no contento con echarse á

cuestas este *jergon* de contradicciones, pocos pasos adelante da los siguientes traspiés:

«Ignacio de Loyola queria la accion á toda costa y »á toda prisa... Combatir por combatir: he ahí lo que »se propuso en su casa de Loyola y en su gruta de »Montserrat.»

Como si dijéramos: hablar por hablar; he ahí lo que se proponen algunos que *han oido grutas y no saben dónde*, si en Montserrat ó en Manresa.

Pero cuando da de bruces nuestro hombre, es cuando dice con el mayor desparpajo y con toda la frescura del que está haciendo el retrato de un paralítico:

»Indudablemente, como trabajo de organizacion y »de propaganda, nada comparable al jesuitismo y á la »increible actividad y celo de su ilustre fundador... este »sumo imperante de las almas, quien funda una reli»gion, establece y organiza una milicia, domina sobre »los Pontífices,» *(sí, haciendo voto especial de obedecerles* , «extiende la red apretada de su Compañía »desde los mares sicilianos hasta los mares andaluces, »surge á un tiempo en las Indias orientales y en las »Indias occidentales, penetra en el Congo y en Goa, »intenta romper las murallas de la China y atravesar las »costas del Japon, y extiende sobre los resplandores del »pensamiento moderno en su alborada las sombras de »una espesa caliginosa noche:» *(¡Qué miedo!)* «al pensar »que todo esto se ha intentado y concluido sin armas, »sin recursos, por un hombre solo; de seguro, aunque »no compartais sus ideas, admirareis su firme y robusta »voluntad.» *(¡Y os quedareis paraliticos de asombro!)*

Y como si todo esto fuese poco, coloreándose, como no se puede negar que sabe hacerlo á veces, cuando le da de lleno en la mollera el sol de la verdad y de lo bello, dice nuestro inimitable cantor de lo imposible:

«...La tenacidad en creer y en combatir, constituye »la base uniforme del carácter de los eúskaros y la base »uniforme del genio de los Loyolas...» «...Grandes na»vegantes y grandes soldados son los vascos en la his»toria, y á la navegacion y á la guerra, combates éstos »del hombre con el hombre, combates aquéllos del »hombre con los elementos, debia principalmente la »fuerte actividad eúskara consagrarse.

»Un hijo de tales regiones, acostumbrado de antiguo »á oir el huracan estrellándose en los montes, y la »tempestad y la tormenta en las playas; perteneciente á »las familias guerreras que no se habian dado punto de »reposo en combatir á la continua entre sí, hasta que »les sometió el cetro de los reyes, abriendo á su acti»vidad horizontes más dilatados y más tempestuosos, »campos de batalla más sangrientos; un paje de los re»yes, que todavía llevaban, cuando los vió él, en los »arneses de sus caballos y en los mantos de sus hom»bros, el polvo de las cien batallas andaluzas; un sol»dado que pudo escuchar, no léjos de la techumbre »solariega, el relato épico de la primer vuelta dada por »un navegante al planeta, garzon crecido y criado en»tre tantos espectáculos capaces de mover la voluntad »más inerte y el pensamiento más tímido, bien podia »imaginarse, cuando sus males y sus enfermedades lo »ataban tristemente al lecho del dolor, que iba de se»guro á conquistar el mundo con lo único vivaz y ani»mado ya de su ser: con el espíritu.»

Pero como arrepentido de haber dado tan hermosas pinceladas, tira el tiento y la paleta, coge el carbon y exclama:

«Yo, siempre que lo considero, veo en su fortaleza »la fortaleza del vasco. Tras su sotana de negro merino »y sus hopalandas clericales, descubro al antiguo legio»nario cantábrico, sin armadura, sin casco, la veste de »pardo paño al cuerpo, las albarcas en los piés, el cinto »de cuero á la cintura, la espada atrás, el chuzo en la »derecha mano, el largo cabello sobre la espalda, des»nuda la cabeza y apercibido al combate como las fieras »á la matanza.»

¿Os gusta ese dibujo al carbon? Pues esa figura tan *movida* es el gran paralítico.

Bien es verdad que el pobre paralítico no tuvo la culpa de emplear toda su parálisis en la accion, que otros llaman reaccion.

¿Preguntais que quién tuvo la culpa? Pues la culpa la tuvieron las montañas de Guipúzcoa y los mares de Cantábria.

«Montañas como las de Guipúzcoa, ya lo hemos di»cho, inclinan á la resistencia; mares como los de Can»tábria, ya lo hemos dicho, inclinan á las aventuras. »Sus montañas debian mover al gran San Ignacio á la »reaccion; sus mares debian mover al gran San Ignacio »á las arriesgadas empresas.»

Aquellas enredadoras montañas y aquellos endiablados mares le hicieron andar á salto de mata, como lo describe este acróbata de la palabra con los siguientes saltos mortales:

«Para esto (para la reaccion universal pretendida por »Ignacio y sus hijos; para detener el movimiento de las »ideas en su eterno curso), precisaba subir el rio de los

»tiempos y volverlo á sus orígenes y á sus fuentes; pre»cisaba *saltar* sobre las artes paganas del Renacimien»to, *saltar* sobre los sistemas varios de la filosofía, »*saltar* sobre el poder laico de los reyes, *saltar* sobre »la misma *Suma teológica* de los tomistas, volviendo »al siglo XI con una doctrina cuasi sensualista en meta»física, y con otra doctrina cuasi probabilista en moral, »y con otra doctrina cuasi acomodaticia en política.»

Conque... ¿*cuasi*?
Cuasi estoy porque *saltemos* á otra cosa.

V

EL SONÁMBULO

C'est odieux, c'est stupide, mais comme c'est naturel!

(Paul de Cassagnac.)

L Pontífice Paulo III llamó á San Ignacio, *Varon lleno del Espíritu Santo é insigne en el don de Sabiduría*, pero Castelar añadió por su cuenta:

»No, las ciencias humanas y literarias no podian »entrar en aquella vasta cabeza, organizada para otros »pensamientos. Él necesitaba nutrirse de la bazofia mo»nástica, especie de rancho espiritual...» *(¡Qué aticismo!)*

Lo cual no le empece á nuestro eximio orador para que en otro capítulo de su obra, en

que trata de la complexion y carácter de San Ignacio, llegue á llamarle *verdadero genio:*

«Nuestro *Diccionario* acepta ya por genio el talento »de primer órden que tiene la facultad de crear, inven»tar ó combinar cosas extraordinarias. Corriente y vul»garizada esta opinion, podemos decir sin daño de la »propiedad del lenguaje, que San Ignacio de Loyola »era un verdadero genio.»

Ni tampoco hay el más mínimo inconveniente en que un verdadero genio sea al mismo tiempo un sonámbulo como hay pocos. Antes bien, tésis general (que sin duda pudiera aplicarse modestamente Castelar á sí mismo):

«Quien ha dicho que los hombres superiores van »por el mundo como sonámbulos, ha hecho y apunta»do una observacion verdaderamente luminosa y exac»ta... A nadie puede atribuírsele tanto, á ningun genio, »este parecido con el sonambulismo, como al genio de »San Ignacio.»

Pues oid cómo llegó á ese estado de sonambulismo, que no deja de ser divertido: Castelar lo sabe de buena tinta, y hay que creerle, porque acaso lo habrá experimentado.

El mismo que ha dicho con verdad de Ignacio: *La energía de su voluntad corre parejas con la profundidad de su inteligencia,* ese mismo traza este boceto de brocha gorda:

«Ni un relámpago de luz verdadera iluminó el in»trincado laberinto de confusos errores en que su inte-

»ligencia se perdiera y extraviara. Sobrecogióle prime»ro una nerviosa é indefinible agitacion que desgarró »todos sus nervios como chispazo eléctrico, y descom»puso toda su complexion como enfermedad mortal y »crítica. Tras la descomposicion nerviosa vinieron las »alucinaciones magnéticas, y tras las alucinaciones mag»néticas, la idea fija. Lo posible y lo imposible per»dieron á su vista las líneas concretas y clarísimas que »los apartan y separan y distinguen. Desvanecióse la »naturaleza material del Universo y la naturaleza mo»ral del hombre ante su idea. La imaginacion pre»dominó sobre todas sus facultades, y en tal estado, »comparable á un verdadero *sonambulismo*, ideó aquel »hombre detener con una organizacion material y me»cánica la corriente del tiempo, la lógica del pen»samiento, los progresos de la humanidad, la emanci»pacion del espíritu, la victoria del libre exámen y el »alba y oriente de la conciencia libre. Y para que no »errase el pensamiento, prescindió del pensar; y para »que no cayera la voluntad, prescindió del querer; y »para que la conciencia no reivindicase y pidiese de »suyo el exámen libre, entregó á la autoridad absoluta »y al ministerio de un superior cualquiera la con»ciencia; tapóse los oidos á fin de no escuchar los re»clamos de la razon, y dió por objeto y fin de la »existencia el rígido frio y la inerte inmovilidad del »cadáver.» *(Aquí sí que vendria bien: ¡Aplausos, grandes, fragorosos, frenéticos, estúpidos aplausos!)*

Maine de Biran explica el sonambulismo por un doble *yo* contrario, que se sucede en el mismo cuerpo: el *yo* de la vigilia y el *yo* de ese lúcido sueño. Muchos *yos* son esos para un hombre solo; pero hay que confesar, sin embargo, que no bastan para explicar las contradicciones y alucinaciones de ciertos *yos* como el que tenemos *entre manos*.

Para escribir ciertas cosas no basta tener una coleccion de *yos* que vayan sucesivamente tomando posesion del cuerpo. ¡Qué ha de bastar! Se necesita estar poseido de algo más superior ó *inferior;* ser un verdadero poseso en cuerpo y alma.

Mas de ahí resulta que... tira el diablo de la manta, y se encuentran transformados á veces los *sonámbulos* de cierta especie que padecen esas posesiones, en *funámbulos.*

Y... vedlos á los infelices bailando en la cuerda floja, con el eterno balancin de la contradiccion en las manos, siendo el hazme reir de los imbéciles que admiran sus equilibrios con tanta boca abierta, pero siempre expuestos á romperse el alma contra lo que hay de más duro en la tierra, que es la verdad.

El sonámbulo se ha desvanecido á nuestra vista, mas... he aquí que la linterna mágica que tiene Castelar en la mano, proyecta delante de nosotros otro engendro de su calenturienta masa encefálica. Ahí teneis, segun la Pardo Bazan, al «andante caballero de Cristo,» y segun Castelar á...

VI

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser...

(CERVANTES.—*El Quijote*)

Qué triste figura hace nuestro malhadado Castelar al pretender con irreverente gracejo sacar las cosas de su sitio!

¡Y qué triste figura hace el que, empuñando por espada la pluma, ó enristrando la péñola, á guisa de lanzon, en vez de desfacer entuertos, face cada desaguisado que no deja molino de viento sin alancear ni pellejo de vino sin acuchillar!

Cuantos tienen algun sentimiento de lo be-

llo, cuantos conservan un resto de esa entraña, necesaria en tiempos que pasaron, y que todavía se llama corazon; se han conmovido ante la simpática figura de Iñigo de Loyola, velando sus armas en el altar de la Vírgen de Montserrat.

Aun prescindiendo de la religion, y sólo atendiendo al arte y á la poesía, ninguno que de caballero y español se precie es osado á poner tacha en esa figura nobilísima.

Pues Castelar la pone.

¿Pero no se puede alegar ignorancia ó buena fe en su favor? No; porque bien sabe de qué habla, una vez que copia textualmente del P. Rivadeneira lo que sigue:

«...*como hubiese leido (San Ignacio) en sus libros* »*de caballería que los caballeros noveles solian velar* »*sus armas; por imitar él, como caballero novel de* »*Cristo, con espiritual representacion, aquel hecho ca-* »*balleroso, y velar sus nuevas y al parecer pobres y* »*flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y* »*muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra natu-* »*raleza se habia vestido; toda aquella noche, parte en* »*pié y parte de rodillas, estuvo velando delante de la* »*imágen de Nuestra Señora, encomendándose de cora-* »*zon á ella, llorando amargamente sus pecados y pro-* »*poniendo la enmienda de la vida para en adelante.*

»Todo esto—añade con imperturbable hombría de »bien Castelar—todo esto se halla de tal suerte conte- »nido en los libros de Caballería, que Cervantes no »acertó sino á comentarlo y traducirlo cuando dijo en »el capítulo tercero de su obra: «Y así se dió luego »órden cómo velase las armas en un corral grande que »á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas D. Qui- »jote todas, las puso sobre una pila que junto á un

»pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lan-»za, y con gentil continente se comenzó á pasear de-»lante de la pila; y cuando comenzó el paseo, comenza-»ba á cerrar la noche.»

Despues de escribir esto Castelar, se atusaria con ambas manos los enormes bigotes, y quizás, quizás, se reiria él mismo de su gracia.

Ante esos paralelismos nosotros no lloraremos, pero sí nos dan ganas de exclamar: ¡Cuánto más le valiera á Castelar en vez de escribir para-lelos *velar delante de la imágen de nuestra Señora, encomendándose de corazon á ella, llorando amargamerte sus pecados y proponiendo la enmienda para adelante!*

Tanto más cuanto que con esos paralelos se expone á que el dia ménos pensado le salga algun émulo con una cosa así por este estilo, empeñándose en jugar á las paralelas:

Con este ruido, furia y alboroto, llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oia y veia; y cuando llegaron á él, uno le dijo: Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pier-

A los pocos momentos y habiendo comenzado el escrutinio, el señor presidente ocupó su sitial, é interrumpiendo el acto, dijo el señor presidente: Señores diputados.—Hace pocos minutos que he recibido un recado ú órden del capitan general (creo que debe ser ex-capitan general) de Madrid, por medio de dos ayudantes, para decir que se desalojara el lo-

da. ¿Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo D. Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro, que yo, pecador fuí á Dios, no se me entiende nada de estas priesas.

¡Ah! señor gobernador, dijo otro, ¿qué relente es ese? ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza y sea nuestra guía y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo siendo nuestro gobernador. Ármenme norabuena, replicó Sancho; y al momento le trujeron dos paveses, que venian proveidos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás en un término perentorio. (— *Varias voces:* — ¡Nunca, nunca!) Orden, señores diputados; la calma y la serenidad es lo que corresponde á ánimos fuertes en circunstancias como ésta... para que se desalojara el local en un término perentorio, ó que de lo contrario, lo ocupará á viva fuerza. Yo creo que es lo primero y lo que de todo punto procede... (*El tumulto que se levanta en el salon interrumpe al señor presidente. Se oye decir que esto es ofensivo á la dignidad de la Asamblea.)* El señor presidente: Señores diputados, sírvanse oir la voz... *(Continúa el tumulto.)* Orden señores diputados... – (Mucha calma, mucha calma, *se grita por algunos.)* Yo recomiendo á los señores diputados la calma y la serenidad. *(Continúa la agitacion.—El señor Chao:* Esta es una cobardia miserable.) —El señor presidente: Señores diputados, vuelvo á recomendar la calma y la serenidad. Entiendo que bajo esta presion no puede, no debe continuar la votacion que estaba verificándose. En los momentos en que este recado se habia recibido, aún no habia terminado, sino que se estaba comenzando el escrutinio. El Gobierno presidido por el digno é ilustre patricio D. Emilio

trás y por unas concavidades que traian hechas, le sacaron los brazos y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse de pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase, y los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su linterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios.

¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan unidas tengo con mis carnes?

Lo que han de hacer es llevarme en brazos y poner-

Castelar, es todavía Gobierno; no hace mucho tiempo que os decia que tenia una perfecta conciencia del sentimiento de su deber por el valor y por la energía con que sabia inspirarse para defendernos; acaba de darme palabra de ello pocos momentos hace, con la lealtad que está fuera de toda duda; y toda vez que bajo esta presion no podemos continuar verificando la votacion, y puesto que todavía es Gobierno, sus disposiciones habrá adoptado ya. Entre tanto, yo creo que debemos seguir en sesion permanente, y seremos fuertes para resistir hasta que nos desalojen por la fuerza, dando un espectáculo, que aunque no sepan apreciarlo en lo que vale aquellos que sólo pueden conseguir el triunfo por ciertos medios, las generaciones futuras sepan que los que ántes éramos adversarios, ahora todos hemos estado unidos para defender la República. *(Varios señores diputados:* ¡Todos, todos! *Un señor diputado:* ¡Viva la Soberanía nacional! ¡Viva la República! ¡Viva la Asamblea! *Estos vivas fueron contestad s por todos los lados de la Cámara.)*—El señor presidente: No esperaba yo ménos, señores diputados: ahora somos todos unos.

me atravesado ó en pié en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo.

Ande, señor gobernador, dijo otro, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces aumentan, y el peligro carga.

Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos.—*(El ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, part. 2.ª, cap. LIII.)

(Varios señores diputados: ¡Todos, todos!) Se han borrado en este momento todas las diferencias que nos separaban, hasta tanto que no quede reintegrada esta Cámara en la representacion de la Soberanía nacional. *(Muy bien)* y que se le podrá arrancar por la fuerza de las bayonetas, pero que no se le arrancará el derecho que tiene.

El señor presidente del Poder ejecutivo (Castelar): Yo siento no participar de la opinion de S. S. respecto al escrutinio, porque yo creo que el escrutinio debe continuar como si no sucediera nada fuera de esta Cámara. Puesto que todavía tenemos aquí libertad de accion, continuemos el escrutinio, sin que por eso el presidente del Poder ejecutivo tenga que rehuir ninguna responsabilidad. Yo he reorganizado el ejército, pero lo he reorganizado no para que se volviera contra la legalidad, sino para que la mantuviera. *(Aplausos.)* Yo, señores, no puedo hacer otra cosa más que morir aquí el primero con vosotros... *(Bravo, bravo.)*—*Diario de las Sesiones.* Sesion de 3 de Enero de 1874.)

VII

¿QUÉ MÁS ES IGNACIO?

Padre Nasciano: Dios es testigo de la voluntad que en esta tan gran rotura yo he tenido, é como la hubiera excusado si camino para ello pudiera fallar.

(*Amadís de Gaula*, l. IV.)

AN Ignacio de Loyola, si hemos de creer al oráculo tribunicio, es *la reaccion:*

«...cuando la reaccion estaba ya diluida, »como una especie de gas, en los aires, vistió tal reac»cion carne, sangre, hueso, hizose hombre y se llamó «Loyola.»

«No sé quién ha dicho que todo el espíritu revolucio»nario del siglo de las revoluciones, á saber, de la últi»ma mitad de la décimaoctava centuria y de la primera »mitad de la décimanona, se habia subido á la cabeza »de Napoleon el Grande; pues bien, todo aquel espíritu

»reaccionario que con tanta fuerza estallara en el mundo »al mediar el siglo décimosexto, se subió á la cabeza de »Ignacio de Loyola, é inspiró todas sus ideas y determi»nó todas sus acciones.»

«...así como en el grano de la semilla se halla el gér»men, la planta, la flor y el fruto, se halla en el alma de »Ignacio reducida y compendiada la reaccion de la hu»mana historia con todas sus fuerzas y todos sus hor»rores.»

La reaccion, pues, hecha carne, ó más bien cartílagos y huesos, ¿qué habia de buscar sino donde caerse muerta?

«Sí; buscaba un sepulcro, el sepulcro de la Edad Me»dia en los arenales del Asia.»

Porque Castelar no lo niega.

«Ignacio solo y entregado á sus fuerzas propias, »quiso un dia realizar y cumplir lo que no habian reali»zado y cumplido los siglos de fe y las cruzadas de »Europa.»

Por eso lamenta el sensible D. Emilio «la herida cruel que cerró todos los horizontes á su vocacion propia,» y exclama: «Nosotros perdi»mos en la fortaleza de Pamplona, cuando Igna»cio cayera maltrecho, quizás el primer general »de nuestra milicia.»

Con que Ignacio, á más de ser el gran paralítico, y el gran somnámbulo, y el gran Quijote, y la reaccion en persona, es «un gran general,

pero... nada más que un gran general.» ¿Por qué? ¡Ah! (Exclamacion castelarina.)

«Los dos valles de Apeitia y Azcoitia, encabezados »por la familia paterna y materna del Santo, habian »combatido en combates seculares con igual encarniza»miento que moros y cristianos. Tales combates habian »cesado tan sólo por el matrimonio aristocrático de que »naciera San Ignacio. Por consiguiente *(¡Este «por con»siguiente» no se paga con dinero!)* la lucha en su na»turaleza, la lucha en su prosapia, la lucha en su tier»ra, la lucha en su historia, debian hacer del taumatur»go un guerrero incansable, sin más vocacion verdade»ra ni más ejercicio continuo que las vocaciones y los »ejercicios militares. Era, pues, Ignacio de Loyola un »gran general, y nada más que un gran general.»

Pero se nos ocurre preguntar con Campoamor:

¿Nada más, niña, que viento?
—¡Nada más!

Pues yo os pruebo, con vuestras propias palabras, que San Ignacio no es solamente un gran general: es infinitamente más, es... ¡la guerra!

Y esto segun las observaciones de los psicólogos, de esos señores á quienes vos llamais los naturalistas de la historia.

«...estos naturalistas de la historia observarian cómo »Iñigo de Loyola, engendrado por su padre Beltran, Se»ñor de casa y solar en el término de Azpeitia, y por »María Saez de Balda, hija de Señores de casa y solar

»en el término de Azcoitia, naciera de una guerra conti-
»nua entre dos familias rivales, cuyos combates ensan-
»grentaran aquel suelo para resolverse y concluirse al fin
»y al cabo en este matrimonio: y ante tal dato dijeran
»los fisiólogos que Ignacio poseia las cualidades múlti-
»ples de aquellos dos ejércitos de combatientes, que
»hasta en el momento de reconciliarse por medio del
»amor entre sus respectivos herederos, engendraban la
»guerra.»

Y si Ignacio es la mismísima guerra, todavía se queda Castelar corto cuando dice:

«Mas lo que á nuestra tésis del carácter guerrero de
»San Ignacio conviene, lo que importa es observar cómo
»este gran temperamento de soldado ha tenido lo mismo
»en su ascendencia que en todos los medios ambientes,
»factores militares, los cuales, como sumandos, han com-
»puesto por suma de cantidades homogéneas, la virtud
»sobrenatural de su intrínseco genio, nacido para una
»guerra sin tregua que le ha dado un renombre sin tér-
»mino.»

Ya creeis, caros lectores, que estais al cabo de lo que era San Ignacio segun Castelar. Inocencia disculpable en los que no recuerdan á tiempo que, si *el estilo es el hombre*, la contradiccion ó el embrollo es Castelar.

Oid: «Es Ignacio de la estirpe de Beethoven.»

Que tuviese sus puntos de poeta ya lo sabiamos, puesto que escribió un poema á su predilecto Apóstol San Pedro; pero ¡músico!

Bien es verdad que tampoco habiamos sospechado que tuviese Ignacio más de una vida,

engañados sin duda por tantos y tantos como han escrito *La Vida de San Ignacio de Loyola*. Castelar nos saca de nuestra ignorancia.

«Hubo en Ignacio de Loyola en realidad dos vidas. »Pertenece, pues, á la estirpe llamada por el ilustre »Ferrari, gran observador de las leyes históricas, *Gli »uomini dalle due vite.*»

Aquí viene como de molde exclamar con Espronceda:

«Yo con erudicion ¡cuánto sabria!

Por último (porque alguna vez hemos de acabar esta galería de retratos), cuando nos hallamos en presencia de Ignacio, sabedlo:

«...nos hallamos frente á frente de un hombre, así el »natural como el tradicional, cuyo númen capitalísimo »es el odio *al espíritu moderno.*»

Basta mirar á Ignacio para que quede demostrado, y no como quiera, sino con *demostracion evidentísima, que su númen capitalísimo es el odio al espíritu moderno:*

»Aquella palidez tradicional, aquellos labios lívidos...»

(Si hubiese asistido á tantos banquetes y comilonas como suelen celebrar los posibilistas,

no hubiera tenido tal lividez en los labios ni tal palidez en el rostro.)

«aquel estómago á cada paso contrariado en sus fun»ciones digestivas...»

¡Pero, Señor: qué tendrá que ver el estómago con el *espíritu moderno!* Aunque retiro inmediatamente esas palabras. ¡Vaya si tiene que ver! Es lo único con que tiene que ver el *espíritu moderno.*

Como el *espíritu moderno* es espíritu muy antiguo, tan antiguo como la antigua serpiente, ya San Pablo habia dado las señas de los adoradores del *espíritu moderno* de entónces, de los espiritistas de aquella época, que son primos hermanos de los espiritistas ó posibilistas de ahora. Pondremos esas señas en latín, para que no las entiendan los interesados: *Quorum deus venter est.*

VIII

EL IMPOSIBILISMO EN LA HISTORIA

¡O hell! what do mine eyes with grief behold?
(Milton.)

BAJÁBAMOS de la Alhambra, y en un recodo, muy al paso de los transeuntes, topamos con uno de esos tipos deliciosos de la tierra de María Santísima, que no se encuentran en ninguna otra parte. Gastaba calañés *echao pa alante*, chaquetita corta y faja ancha: tenia en el suelo una orza llena de miel y una cuchara en la mano; y con no poca sorna y de vez en cuando, en lugar de pregonar prosáicamente como los alcarreños ¡miel de la Alcarria, miel! metia la cuchara en la orza, la levantaba á la altura de los ojos, y dejando caer de nuevo en el recipien-

te aquella espesa y viscosa madeja de oro, mirándola con cierta picaresca sonrisa al trasluz, y dirigiéndose al público pregonaba: ¿Y qué zerá hesto?

Pues al meter mi cuchara en el recipiente castelarino que estamos catando, y sacar esa revuelta madeja, se me ocurre tambien preguntar: ¿Y qué zerá hesto?

Lo que es miel no es. ¿Zerá historia? ¡Ni por pienso! ¿Zerá poesía? ¡Ave María Purísima! ¿Zerán coplas? ¡Tal vez! Las coplas de Calainos. ¡Cá! ni eso siquiera. ¡Pues señor!... ¿qué zerá hesto?

Confesamos ingénuamente que delante de este enigma nos pasa algo parecido á lo que nos cuenta del infante D. Enrique el moderno historiador portugués Oliveira: «Despues de la »conquista de Ceuta—dice—se colocó entre »dos interrogaciones infinitas.» (Aquí sí que preguntaria mi andaluz entre paréntesis—¿y qué zerá esto? Una cosa semejante no á la nada entre dos platos, sino á un plato entre dos nadas.) Para nosotros el *y qué será esto,* en el presente momento histórico de nuestro análisis humorístico, es una interrogacion infinita!

Para otros, por lo visto más perspicaces, es indudable que cuando Castelar *pica en historia* está... no diremos en Babia porque seria poco

respetuoso, está... *dio*, como diria un paisano suyo, está... como aquel ruiseñor hembra de Gordejuela cantado por el poeta Zuricalday; sí, nuestro canario está:

Mecido de su cántico en las olas
Sin hacer, casi casi, otra comida
Que ensalada de sueños y amapolas.

¡Buena! pero buena ensalada de sueños

Entre uno y otro idilio
Sirve á sus comensales D. Emilio!

Razon tiene, por lo tanto, el mejicano poeta Sr. Peza en exclamar:

¿Y hay quién diga que se abate
De España el genio inmortal
Si españoles son Peral,
Castelar y Sarasate?

¡Qué ha de haber!

¡Y el que dijere lo contrario miente!

Tan sólo la envidia fragua
Error tan descomunal,
Pues mucho más que Peral
Castelar es hombre al agua!

Así como es cierto

Que tocan con perfeccion
Aunque con diverso fin,
Un Sarasate el violin
Y un Castelar el violon.

Dicen que Campoamor, el autor de las *Doloras* y otros poéticos excesos, ha dicho que á nada tiene tanto miedo en este mundo como á la historia que *hace* Castelar.

Y cuidado que no es miedoso el *doloroso* Señor, pues ha dado públicas muestras de que en este mundo, no teme á Dios ni al diablo.

Pero le sobra razon hasta por encima de los pelos. Eso de *hacer* historia, como quien hace buñuelos, es cosa que pone los pelos de punta.

La historia no se hace; no se debe hacer ni aun en Francia: la Historia está hecha. Lo difícil es dar con ella, y más difícil dárnosla. Desde que como dice el Conde de Maistre, la historia es una conjuracion contra la verdad, los historiadores de la escuela castelarina, no nos la dan, nos la pegan.

Por eso leimos con verdadero espanto en un periódico de allende los mares, refiriéndose á Castelar: «El ex-apóstol de la demagogia hará »bien en retirarse á escribir la Historia de Es»paña.» ¡Ah! ¡no, hará mal, muy mal! ¡Ya que se empeña en no callar, vamos!... ¡que hable, que hable! ¡pero *per pietà!* ¡que no escriba!

A la altura en que estamos, los Tucídides, los Tito Livios y áun los Marianas nos parecen unos retóricos apreciables, unos literatos que cultivaban, al gusto de entónces, un género de

literatura llamado historia; pero ni aquello es historia, en el sentido científico que hoy damos á esa palabra, ni ellos sè pueden llamar historiadores.

¿Qué nos parecerán, por lo tanto, las páginas que Castelar consagra ó sacrifica al gran Loyola?

¿Cómo hemos de llamar historia á ese empeño con premeditacion y alevosía de faltar á la verdad, áun en cosa tan menuda como por ejemplo, la fecha del nacimiento de Ignacio?... Y eso que todos convienen y está averiguadísimo que fué el año 1491. Pero admitiendo lo que todos admiten, se le escapaba la ocasion de filosofar y de profetizar en esta *guisa:*

«Maravillosa coincidencia. El año 1492 ve consumar »la mayor iniquidad cometida por la intolerancia religio»sa y nacer al mayor entre los intolerantes y reaccionarios de la moderna historia.....
»En Marzo de 1492, el año mismo de la venida de San »Ignacio al mundo, un rescripto de los Reyes Católicos »expulsaba sin piedad á los judios de España.»

¡Judiada como ésta! A unos Santos no los dejan vivir en paz, á otros no los dejan morir en paz; á San Ignacio ni aun nacer en paz le dejan!

Y vamos á ver, ¿por qué, al obligarle á nacer un año despues, no se dice que en el año 1492

¡maravillosa coincidencia! descubrió Colon el Nuevo Mundo en que tantas proezas habian de legar á la historia los hijos de Ignacio?

Porque eso tendria bastantes visos de verdad y ni los visos le gustan á nuestro historiador. Y si no, á la prueba.

¿A que no admite ni en broma esta manera de historiar?

«Año 1831, nace en Cádiz Castelar y... *¡maravillosa coincidencia!* el Gobernador de Cádiz es asesinado en »medio de la calle; Mariana de Pineda la gran patriota, »muere ajusticiada en Granada, y el General Torrijos »con sus cincuenta y dos compañeros mueren fusilados »en Málaga: indicios todos de que el que nacia en Cá»diz no habia de ser amigo de la libertad más que de »boca; señal evidentísima de que al nacer Castelar nacia »*el mayor entre los intolerantes y reaccionarios de la* »*moderna historia.*»

¿No? ¿No le gusta á V. la manera de señalar? Pues esos datos son rigurosamente históricos.

Tampoco á mí me gusta este otro monumento de *veracidad:*

«Lo cierto es que la vida cenobítica y errante de Igna»cio comienza por una inocente, pero por una verda»dera mentira.

»Dijo á los suyos que iba en cumplimiento de sus »deberes sociales, á prestar homenaje debido al Duque »de Nájera, quien le sacara de su rincon y le pusiera en

»la corte, y léjos de ir á la prometida entrevista, se va, »guiado por el instinto, á donde le llaman sus pensa»mientos religiosos y sus interiores propósitos.»

¡Lo cierto es... lo cierto es! Lo cierto es que en todo eso no hay ni una palabra de verdad.

Primeramente: la mentira nunca es inocente, sobre todo si es *verdadera mentira;* en segundo lugar, es verdadera verdad que no hubo tal mentira, como lo atestigua el mismo San Ignacio en el libro *Acta antiquissima* dictado al P. Luis Gonzalez de la Cámara, y lo confirman los principales historiadores de su Vida. Es por ende verdadera verdad que estuvo á ver al Duque de Nájera en Navarrete; más aún, que pagó allí algunas deudas que en la casa ducal habia contraido; todavía más, que consignó allí mismo cierto número de ducados para la restauracion de una imágen de la Vírgen.

Y ya que citamos la obra *Acta antiquissima* citada tambien por Castelar, no pasará sin correctivo lo que, barajando las cosas á su modo y apoyándose en dicha obra, da á entender por estas palabras:

«Ya lo hemos visto como cualquier Palmerin de In»glaterra ó Galaor de Gaula velando sus armas en larga »y caballeresca vigilia. Pues aún hace más, que no cre»yéramos si en obras á su vista escritas por los que le »han seguido y le han acompañado no se dijera; obras »tenidas por clásicas y ortodoxas en el concepto tradi-

»cional de la misma Compañía. Pues aún hizo más, es»cogió la dama de sus pensamientos, la cual, segun dice »á la letra uno de sus más cercanos discípulos, *non era »condesa ni duquesa, mas era su estado más alto que »ninguna de estas.*»

Pues mire V., Sr. Castelar... ¡eso es muy feo, eso no se hace! Las tales palabras que V. dice están donde V. dice, pero no se refieren al tiempo que V. dice, es decir, á cuando, despues de convertido Ignacio y salido de su Casa solar, empezó á consagrarse á Dios y á no tener por Señora de sus pensamientos más que á la Vírgen Santísima. Puede V., pues, dejar de creer en eso, porque es falso de toda falsedad que *escogiese entónces* tal dama, y falsísimo que sus historiadores hayan dicho tal cosa. Usted es el único historiador que lo dice; de donde resulta que no lo ha dicho nadie.

¡Ah! Estos historiadores ingertos en poetas, estos inquisidores de gorro frigio ponen á la verdad histórica á cuestion de tormento, y descoyuntada y horriblemente mutilada la exhiben en la picota para divertimiento de necios. Mas...

Truèquese en risa mi dolor profundo,
¿Que haya doscientos mil millones de disparates más, qué importa al mundo?

«Si padecen los tejidos de Nuremberg en Alemania, »la peletería y la pasamanería; si padecen los guantes y

»casi todos los curtidos en Austria; si padecen los bordados y los encajes en Suiza; si padecen los algodones y los aceros en Bélgica; si padecen los hierros y los fósforos en Suecia; si padecen las conservas y el papel en Holanda; si padecen las frutas y los mármoles en Italia; si padece la sederia en Francia; si padecen los vinos y los azúcares, y las pasas y los tabacos y hasta los tejidos catalanes...» *(¡hasta los tejidos catalanes!)*

Si todo esto padece, segun Castelar en su *Crónica internacional* de la *España Moderna*, ¿qué extraño es que padezca la historia y que padezca el sentido comun?

Y si todo esto padece, ¿habrá todavía flamenco que meta aquí su cuchara y pregunte: ¿Y qué zerá hesto?

Esto no tiene nombre, hay que inventarlo.

Esto es el imposibilismo en la historia.

IX

MAZZANTINI Ó UNA GLORIA ESPAÑOLA

Tenemus igitur, Brute, quem quaerimus: sed animo.
. . . ¿Quis est igitur is?

(CICERON—ORATOR.)

CASTELAR en *San Francisco y su Convento de Asís* citado por la señora Pardo Bazan dice:

«La Orden Franciscana engendra inmediatamente una »secta, la cual rompe toda la doctrina ortodoxa, y des»pierta la tendencia vivísima á creer en segura renova»cion dogmática despues de la renovacion moral, para »el restablecimiento de progresiva Iglesia, donde sean »perpetuas las relaciones del cielo con la conciencia »del hombre.»

La señora Pardo Bazan aun en aquella su mejor época, no pone más correctivo á esa série

de... ¿los llamaremos despropósitos? que la siguiente nota:

«El Sr. Castelar sabe historia lo bastante para conocer los lados flacos de esta refulgente síntesis hegeliana; pero ¿quién renuncia á entroncar con San Francisco?»

¡Hombre! digo ¡mujer! Que, ¿quién renuncia á decir un disparate? Pues todo el que tenga un poco de amor propio.

En cuanto á que el Sr. Castelar sabe bastante historia, es un eufemismo que no por estar en labios de una señora deja de ser cruel!

Pues á nosotros nos parece que no es difícil probar que no sabe bastante historia; que lo que escribe sobre los jesuitas, como lo que escribe sobre los franciscanos y sobre la Iglesia en general es un cien-piés; y que el que escribe contra San Ignacio lo que Vds. han visto y han de ver; aunque no tiene razones intrínsecas con que escudarse, tampoco tiene la razon extrínseca de su autoridad en que guarecerse.

¿Quereis que se desvanezca como el humo el prestigio que pretenderia en última instancia su autoridad? Pues exigidle que os presente los títulos que tiene á que nos fiemos de él en este asunto, es á saber: sus conocimientos indisputables en estas materias histórico-religiosas; su probidad y su ortodoxia.

¿Cómo?...

En esta postura
Y de esta manera.

Formemos un hemiciclo más grande sin comparacion que el de las Cortes; más que el redondel de todas las Plazas de Toros: acudan todos sus amigos, todos sus adversarios; acuda todo el mundo á la sesion monstruo. Por la boca muere el pez.

Tiene la palabra el Sr. Castelar.

El Sr. Castelar. Señores: Nadie más enemigo que yo de los sofistas griegos. «El mal más grave de los sofistas era su amor á los aplausos, su desamor á la verdad. No buscaban lo cierto, buscaban lo agradable. Se postraban siempre ante el favor del público que les rodeaba, no imponiendo ideas, sino halagando instintos muchas veces odiosos. Con igual facilidad sostenian el pro y el contra.»

Esto, señores, merece las reprobaciones de la humanidad y los anatemas de la historia, aunque se trate de obras de mero pasatiempo: por eso habreis leido en mi *Semblanza de Alejandro Dumas:* «Mentir en un libro de viajes, mentir en una obra de historia, parece cosa liviana á primera vista, y mucho más cuando se piensa

en la frecuencia del caso, que embota la reprobacion del juicio. Y sin embargo, mentir quita autoridad á la obra y quita moralidad al escritor. De nada sirve, absolutamente de nada, esta creacion trabajosa del pensamiento, estas centellas que á duras penas salen del cerebro, si no han de llevar un poco de luz á la conciencia, de moralidad á las costumbres, de consuelo á la vida.»

El Sr. Gago: *Ex ore tuo te iudico.*

Una voz: Que se escriban esas palabras.

Otra: Que se traduzcan.

El Sr. Gago: La traduccion libre es esta:

Segun el Sr. Menendez Pelayo, el Sr. Castelar es un adorador del más grande de los sofistas modernos: para convencerse de ello, basta leer sus lecciones del Ateneo sobre los cinco primeros siglos de la Iglesia, y recordar sus discursos desde la primer *ária* que cantó en el Teatro Real hasta las penúltimas *peteneras* vociferadas en las Plazas de Toros.

Delante de esta Asamblea de todo el globo, el Sr. Castelar ha dicho que... «hay un Dios más grande... *(que Dios)* más grande todavía; y que no es *(ya se entiende)* el majestuoso Dios del Sinaí!»; que San Vicente Ferrer en vez de convertir judíos, predicó su matanza en Toledo; que San Pio V intentó asesinar á Isabel de In-

glaterra; que la Bula *in Coena Domini*, es detestable; que Tertuliano murió en el *molinismo*, es decir, que murió jesuita, siendo así que ni en el *molinosismo* pudo morir, porque no sabemos que Tertuliano haya vivido la friolera de catorce siglos: el Sr. Castelar mató de un berrinche al Cardenal Justiniani en un Cónclave á que no pudo asistir dicho Cardenal por una razon muy sencilla, porque se habia muerto antes. *(Risas y rumores.)*

El Sr. Presidente: Sr. Gago, S. S. nos está toreando.

El Sr. Gago: Suplico á la Presidencia que no nos eche tan pronto los perros ni mande sacar la media luna; esto no es más que un pase de muleta: enseguida concluyo.

Aquí mismo, vosotros habeis aplaudido al Sr. Castelar, le habeis aplaudido y no se os han secado las manos, cuando ha dicho que en la Sala regia del Vaticano él ha visto un fresco del Vassari que representa á los emisarios del rey de Francia, ofreciendo al Papa, arrellanado en su trono, la cabeza de Coligny, «en medio de apoteosis, en medio de ángeles,» escupiendo la Iglesia esa herejía á la frente de la razon, de la justicia y de la historia;» y yo que he visto con estos mismos ojos esa Sala regia, en que no hay tales carneros, digo á la faz del globo, que al

poner el Sr. Castelar á sus ojos por testigos, les ha obligado á ser testigos falsos y ha obligado á su lengua á escupir al cielo esa estúpida y asquerosa calumnia. Pero el que al cielo escupe en la cara le cae.

Hay más: ante esta universal Asamblea el Señor Castelar ha dicho que «la Iglesia maldice la ciencia, reprueba la conciencia y el derecho y hace esclavos á los hombres;» ha dicho que «la sociedad, la ciencia, la vida andan por un camino, y por otro *completamente opuesto* el catolicismo.» *(El Señor Castelar hace signos afirmativos con la cabeza.)*

¿Y todavía pretende S. S. tener autoridad en la tribuna y autoridad en la historia? ¡Ah! Sr. Castelar, Sr. Castelar, para ser orador no basta ser hombre de palabras, para ser historiador no basta ser hombre de historia.

El Sr. Castelar: Pido la palabra para una alusion personal *(Risas)*, porque esto ya va picando en historia.

El Sr. Gago: El que pica en historia, y no sólo la pica sino que la banderillea, y la descabella y le da la puntilla es S. S. Solamente á S. S. se le ocurre decir que «San Pedro es el instinto de conservacion, y San Pablo el instinto del progreso,» y hacer de este modo á San Pedro conservador y á San Pablo progresista.» *(Risas.)*

Dígaseme francamente si caben semejantes ideas en un historiador serio.

(El Sr. Castelar se rie.)

El Sr. Gago: ¿Se rie S. S.? ¡Ah Sr. Castelar, Sr. Castelar... eso no es serio! *(Carcajadas en todos los bancos de la mayoría.)*

El Sr. Presidente: Tiene la palabra el Sr. Castelar. *(Atencion.)*

El Sr. Castelar se levanta impasible, atusa sus mostachos con ambas manos, saca los puños de la camisa, extendiendo ambos brazos, y dice: «Ahora sí que quisiera, para que todos me oyesen, una fragua por pulmones y un cañon Krupp por garganta.» *(Aplausos.)*

El Sr. Gago en vez de nacer en Grazalema, cuyo nombre ha inmortalizado con su oriental estilo Eguilaz en un drama que parece escrito con el corvo filo de un alfanje, y con la cruz de la espada, el Sr. Gago, digo, deberia haber nacido en el barrio de la Macarena, para justificar su estilo flamenco. Creerá S. S. haberme abrumado con el peso de eso que el vulgo llama errores históricos, contradicciones! Nada ménos que eso. Mi querido amigo el Sr. Menendez Pelayo, al ponerme entre sus heterodoxos, me ha llamado «hierofante y sacerdote del *Gran Pan.*» Pues si ha creido hacerme una injuria, ha errado el tiro. Señores, el gran pan es lo más gran-

de que hay en el mundo y fuera del mundo: *pas pasa pan!* he ahí la declinacion helénica que todos necesariamente estamos declinando siempre; como todos, hasta el mismo Dios, están conjugando el divino y eterno *werden* germánico.

El Sr. Gago: Pido que á ese *verden* se le quite la *n* para los señores filósofos que gusten. *(Risas.)*

El Sr. Castelar: Compadezco al Sr. Gago que desprecia al gran filósofo de Kœnigsberg, y que no cae de rodillas ante el gigantesco pensador de Stuttgard y ante su prodigioso sistema: «¡Rio sin ribera, movimiento sin término, sucesion indefinida, série lógica, especie de serpiente que desde la oscuridad de la nada se levanta al ser, y del ser á la naturaleza, y del espíritu á Dios, enroscándose en el árbol de la vida universal!»

El Sr. Gago: Y bien que se le ha enroscado á S. S. la maldita serpiente. ¡Aprovechado discípulo ha salido S. S. del krausista Sanz del Rio!

El Sr. Castelar: ¡A mucha honra! Nosotros los que creemos que «la contradiccion es la ley de la naturaleza, la ley del espíritu y la ley de la historia,» y consiguientemente confesamos que el Dios de la conciencia es uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, individualidad y totalidad, infinito y finito; nosotros

los que damos culto al dios de nuestra razon, no queremos padecer la amputacion de ninguna de las partes vitales de nuestra autonomía en el estrecho lecho de Procusto de los dogmas católicos; nosotros buscamos la verdad absoluta, y «no creemos á una sola Iglesia depositaria de la verdad absoluta.» El Sr. Gago podrá comulgar, si gusta, con ruedas de molino; pero yo no estoy hecho á devorar absurdos. ¿Quiere S. S. por ejemplo, que yo dé por buena aquella «proterva cruzada contra los albigenses, en que los ejércitos de un Dios de misericordia, suscitados por un Pontífice, precedidos por Obispos llenos de indulgencias y de bendiciones, castigan no ya la herejía, que de ser delito fuera delito de pensamiento, inaccesible por ende á todas las fuerzas coercitivas, sino la tolerancia misma con la herejía, la compasion y hasta la caridad, virtudes esencialmente humanas, y las castigan con el hierro y el fuego?» »¿Creeis, señores, que puede satisfacernos una Religion, cuyos dos últimos dogmas en vez de espiritualizar la vida, de idealizar la fe, nos enseñan el privilegio y la excepcion de dos criaturas humanas, privilegio y excepcion incomprensibles para la inteligencia, é inverosímiles en la universidad de la naturaleza?»

El Sr. Gago: Notad, católicos, si es que to-

davía hay católicos en esta Asamblea, que habla del dogma de la Infalibilidad pontificia; notad, españoles, si es que todavía hay españoles en España, que habla del dulcísimo dogma tan querido de los españoles, del dogma de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen Santísima. *(Todo el mundo está de pié. Bravos, gritos, exclamaciones, protestas, campanillazos: imposible parece que se restablezca el órden.)*

Los herejes: ¡Que hable Castelar! ¡que hable!

Los católicos: ¡Que se calle! ¡que se calle!

El Sr. Castelar (dominando á duras penas el tumulto). «Jamás nos cansaremos de repetir que los dogmas en nuestro tiempo promulgados y el espíritu que á ellos ha presidido, convierten al catolicismo de religion en secta, y al Papa, por consiguiente, en jefe de sectarios.»

Los herejes: ¡Bravo! ¡bravo!

Los católicos: ¡Fuera! ¡fuera!

El Presidente: ¡Orden, señores, órden!

(Una voz desde las tribunas): No le habrá mientras haya semejantes Parlamentos y mientras no se castigue á los apóstatas!

El Presidente: Me veré obligado á mandar despejar las tribunas.

El Sr. Castelar: Mejor haria S. S. en mandar despejar la atmósfera, cargada de electrici-

dad y preñada de pavorosísimas tempestades. *(Aplausos.)*

Unos: ¡Que hable, que hable!

Otros: ¡Fuera! ¡fuera!

Una voz: ¡Que venga Pavía!

Otra: Que venga, pero no con la espada, con la escoba.

El Presidente: No podeis negar, señores, que el Sr. Castelar es una gloria española *(Voces.)* Unos: ¡Sí, sí! Otros: ¡No, no!

Un diputado de la mayoría: El Sr. Castelar es el gran acróbata del pensamiento.

Otro: Es el Blondin de la palabra.

Otro: Es el Gayarre de la humanidad.

El Sr. Gago: Es más que eso, es el Mazzantini de la lidia parlamentaria. (*Al llegar aquí, la explosion de furor y entusiasmo de la Asamblea fué indescriptible.*

Hubo mientes como puños
Hubo puños como mientes.

Gritos, protestas, aplausos, silbidos... ¡la mar!)

Se levanta la sesion.

X

INTERMEDIO DE MÚSICA

S'io fossi stato fermo alla spelunca
Là dov'Apollo diventò profeta,
Fiorenza avria fors'oggi il suo poeta.

(Petrarca.)

No lo creais aunque os lo aseguren. No tenemos ni una gota de hiel en los hígados contra el incorregible soñador que ha fantaseado un San Ignacio desconocido en la historia. Tan léjos estamos de tenerle mala voluntad, que vamos á darle una pública satisfaccion, amenizando despues la aridez del camino recorrido con un *intermezzo* á lo Heine, aunque con trozos de música castelarina. Sí, voy á cantar la palinodia por lo mismo que tienen horror á cantarla hoy dia aun los que cantan peor.

Desde que los incrédulos forman coro con Castelar, el cual Castelar ha dicho en letras de molde que *los Papas al fin y postre han resultado verdaderos dioses, gracias á ese dogma verdaderamente materialista y ateo de la Infalibilidad Pontificia,* desde que se niega la infalibilidad al único que la tiene, han resultado todos los demás hombres infalibles.

De ahí que nunca se equivoquen, y de ahí que no tengan nunca que desdecirse ni retractarse.

Hoy se insulta, se calumnia públicamente de palabra y por escrito; ¿pero reparaciones públicas del público escándalo? ¡eso, ni pensarlo!

Y mientras el que se ha equivocado, por no usar de un vocablo más naturalista, mientras el que dió la nota *falsa* está más alto, ménos hay que esperar que cante la palinodia.

Esta última observacion no deja de consolarme pensando en Castelar, pues... alto... muy alto no está que digamos; estuvo alto, como que estuvo en el pescante del carro de la Revolucion cuando tenia las riendas del Estado; pero, por una feliz fatalidad, se le desbocaron los caballos, y todo se lo llevó la trampa,

el carro, y el caballo y caballero.

El que tanto ha cantado, ¿cantará alguna vez la palinodia? ¡Quién sabe!

¡Afortunadamente el dia del juicio final, que será tambien el del gran concierto universal, no tendrán más remedio que cantar de plano en un gran *tutti... tutti quanti!*

¡En Dios y en mi ánima que aquello será poco divertido! Lo más seguro, pues, es cantar ántes... por si acaso; y voy á darles ejemplo.

¡Con que... á ello! Ya tengo cuidado con el compás. Uno... dos... tres...

Por los capítulos que preceden se han podido Vds. convencer de que, en efecto, Castelar no es historiador, no es filósofo, no es ortodoxo (lo diremos en griego mirando por su fama), pero ¿es igualmente cierto, como parece lo doy á entender, que no es orador, que no es ni siquiera poeta?

Si alguno me ha entendido tan mal, sin duda yo me he expresado peor, y en castigo necesito dar una satisfaccion la más cumplida.

Tan léjos estoy de negarle el título de orador ó el de poeta, que me pasa lo mismo que á Quintiliano con el autor de la *Farsalia;* quiero decir, me pasa lo contrario.

Lucano, segun dice el gran preceptista, debe colocarse más entre los oradores que entre los

poetas; y Castelar debe ponerse, á mi entender, más entre los poetas que entre los oradores, y aún quizás más entre los músicos que entre los poetas.

Porque, cosa muy digna de loa, los períodos con que más aplausos arranca son numerosísimos, cadenciosísimos, y sin embargo es raro encontrar en ellos un solo verso.

Sólo podria citar como excepciones de esta regla alguno que otro con que se suele uno tropezar en la obra que examino.

Véase, por ejemplo, cuán onomatopéyicos son estos:

El fúnebre cortejo
Que llevaba ¡siniestro!
A enterrar *(tal)* grandeza
¡Púsose con silencio en movimiento!

Y aquello otro hablando de los jesuitas:

¡Los reaccionarios,
Los conjurados...
Los enemigos del pensamiento,
Los condenados por el progreso,
Con su alma helada y su mirar fosfórico
Buhos nocturnos y solitarios!

Ó cuando en la iglesia de Asís ve

Aquí los ángeles que baten sus alas,
Allí los mártires que agitan sus palmas.

De todo lo cual sacamos que, si Castelar se hubiera, como el Petrarca, metido de hoz y de

coz en la *espelunca* de Apolo ó hubiera picado espuelas al Pegaso,

Cádiz *avria fors'oggi il suo poeta.*

Cádiz tendria hoy su poeta como tuvo sus Cortes, que fueron una verdadera calamidad.

Quisiéralo él, y me rio yo de Boscan y Garcilaso. ¡Mal año para los Batilos y Nemorosos de la Arcadia antigua y moderna! ¡Lo que es trocar los frenos! Si Neron se hubiera dedicado exclusivamente á la flaüta, quizás hubiese llegado á soplar de lo lindo; pero, se empeñó en ser emperador, y fué un monstruo. Lo mismo digo (salva la comparanza). Si en vez de darse... á todos los demonios, al darse á la historia, á la elocuencia y á la política á su modo, se hubiese dado Castelar á la bucólica, quiero decir, á la poesía bucólica, hubiéramos pasado deliciosos ratos muy parecidos á los proyectados por el pastor Quijotiz, cuando invitaba á su Panza á convertirse en el pastor Pancino y á incluir en el pastoril gremio á Sanson Carrasco con el mote de el pastor Sansonino ó el pastor Carrascon y hasta al mismo Cura con el de pastor Curiambro.

¡Pardiez, que le hubiera cuadrado y aun esquinado, como diria Sancho, tal género de vida, y que hubiera sido de ver y de oir á Castelar

con su lira al hombro ó con su caramillo ó su zampoña «andando por los montes, por las selvas y los prados cantando aquí, endechando allí!...»

Entónces sí que otro gallo le hubiera cantado; porque entre los animales racionales no conozco animales más inofensivos que los tales poetas bucólicos.

Pero... no *castelaricemos*, es decir, no confundamos las cosas.

Aunque Castelar no descuelle como poeta bucólico, pero tiene dadas gallardas muestras en otros géneros de poesía, como el didáctico, el lírico, el dramático, el épico y hasta el místico.

Ved un ejemplar de poesía descriptiva (hablo seriamente) que tiene la trasparencia de los paisajes de Häes y algo de esa pastoril sencillez de los temas de Haydn que se prestan en sus Sonatas á tan ingénuas y candorosas variaciones.

«Cuando recorreis los tranquilos valles de Guipúz»coa, cuando visitais sus verdes montañas coronadas en »la cima por las nieblas y en la base lamidas por las »olas; al acercaros á sus villas y á sus aldeas, sobre las »frescas praderas, entre los sedosos maizales y los olien»tes manzanos, á la sombra de los castañares cuyas »altas ramas cargadas de flores y de pólen, parecen te»ñidas de luminosos reflejos, y á la orilla de cristalinos »riachuelos que se filtran de las cumbres y bajan su-

»surrantes á las costas, enseguida descubrís los tres »signos de aquella sociedad; una iglesia rica, un con»sistorio grande y una casa señorial orgullosa; en de»mostracion de que viven allí en paz y en concordia »la nobleza, el pueblo, el clero, á la sombra paternal »de su antigua fe y en el ejercicio continuo de sus se»culares costumbres y venerandos fueros.»

Debe tambien citarse la descripcion del país natal y Casa solar de San Ignacio, diciéndoles de paso al oido á nuestros lectores, que eso del *fundador de las milicias sombrías y tétricas destinadas á la reaccion universal,* no es verdad, como lo ha podido ver el mismo Castelar con sus ojos: ántes, por el contrario, los jesuitas tienen fama de risueños; es proverbial entre ellos el dicho del mismo San Ignacio á un novicio: *Ridentem te videre volo,* y hasta tienen consignado en las Reglas, que todos los jesuitas deben observar, lo siguiente: «Todo el rostro muestre una alegría modesta ántes que tristeza.»

Pero... se alza el telon: ¡Qué decoracion! ¡qué música!

«El país de su nacimiento parece una égloga viva; los »valles de Azpeitia y Azcoitia, si bien estrechos, tienen »un aspecto riente. Graciosas y bien recortadas sus mon»tañas, verdes y frescas sus praderas, poblados de sono»ras aves sus bosques, susurrantes y claros sus riachue-

»los, de corte helvético todo aquel territorio, de paz y »libertad todas aquellas municipales villas, creeríasele »más propio para engendrar un Guillermo Tell de las »democracias que un fundador de las milicias sombrías »y tétricas destinadas á la reaccion universal. Hasta la »casa donde nació parece reñida con el ministerio que »vino á cumplir en la historia. Nada de sombrío en »ella. Sus ladrillos rosáceos le prestan reverberaciones »venecianas; los prados y arroyos que la cercan, le dan »tintes de paz y felicidad y hasta su arquitectura mu»déjar, llena de asiáticos esmaltes, con ventanas que »semejan ajimeces, con aéreas cresterías, parece mostrar »todo el lujo de invencion que la tolerancia relativa y »mermada de los siglos medios diera con su propia »virtud á nuestras artes y á nuestros artistas.

»Solamente la fria iglesia de decadencia

que al hogar de Loyola está pegada...»

Sólamente esa iglesia le disgusta; y por cuestion de gusto no hemos de reñir; ¿pero cómo no romper lanzas ó cañas en contra de lo que dice más adelante?

«Solamente la fria iglesia de decadencia, que al ho»gar de Loyola está pegada, mole cortesana, fastuosa y »fria, en forma de águila rapaz con carácter híbrido, »ni bien católico ni bien pagano, llena de esculturas in»correctas y de adornos churrigueréscos, semejante al »salon de cualquier palacio y no al templo de la fe »cristiana, muestra cómo el jesuitismo, reduciendo las »fuerzas espontáneas del espíritu humano á fuerzas me»cánicas de un órden artificioso, ha destruido toda es»pontaneidad en las artes y ha hecho de la religion y »del dogma una doctrina y un oficio de Estado.»

¡Han visto Vds. enormidades como estas! *El jesuitismo reduciendo las fuerzas espontáneas*

del espíritu humano á fuerzas mecánicas! Pero ¿cómo se habrá arreglado para eso?

¡Y luego... miren Vds. que es mucho! Los jesuitas con su jesuitismo cuando llegaron al apogeo de su influencia (pero en el mundo de los espíritus, no en el mundo de las artes), ya hacia tiempo que á las artes plásticas se les habia subido el vino de la inspiracion á la cabeza, y empezaban á andar como beodas dando traspiés de los Borrominos á los Riberas, de los Riberas á los Churrigueras, de los Churrigueras á los Barbases: cuando los jesuitas pensaron en dar estilo á sus iglesias, ya el gusto arquitectónico estaba en estado de descomposicion; no se veian más que retablos con columnas sufriendo retortijones; cornisas descoyuntadas, frisos dislocados, pechinas imposibles; en todas partes las inevitables cornucopias, pilastras y frontones cargados de hojarasca y de racimos dorados revueltos con ángeles mofletudos, y pimientos, y tomates: aquello era una pepitoria indigesta, y los jesuitas tuvieron que apechugar con ella.

Y ¿quién les obligó á ese crímen de lesa-belleza? Pues quien obliga al Sr. Castelar á ponerse frac y sombrero de copa alta.

¡Ah! el Sr. Castelar, como tan estético y á veces tan estático, no tendrá disculpa alguna ante el tribunal de la historia, por no haber aplicado

el ariete de su elocuencia contra esos dos adefesios, deshonra de la especie humana, que se llaman el frac y el sombrero de copa, eternas rémoras de la libertad de accion, de la libertad de asociacion y de la libertad del pensamiento!

Del lirismo de nuestro orador, por no decir mucho, no queremos decir nada; pues estrofas como estas fluyen á cada paso de sus labios.

«Los minerales quieren ser árboles, y los árboles flo»res, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánti»cos poesía, y la poesía tipo, y el tipo arquetipo *(y el* »*arquetipo arquitrabe)*, y desde la ola del Océano has»ta el latido del corazon, desde la abeja zumbando »sobre el cáliz rebosante de miel, hasta el arpa despi»diendo la nota lanzada á la inmortalidad, todo lo »creado busca el orígen de su creacion, y con átomos, »chispas, esencias, aromas, gorjeos, alas, vuelos, inspi»raciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las cria»turas suspiran por unirse con el eterno amor.»

¡Ah! ¡suspiremos y respiremos!

Omitimos los ejemplos de poesía dramática y cómica, pues ahí está el *Diario de Sesiones* con sus sesiones borrascosas y con otras más bonancibles, en que Castelar y Compañía no dejan nada que desear á los amigos de emociones violentas ó de homéricas carcajadas.

¿Quereis, en cambio, que empuñe nuestro poeta posible la trompa épica, y que con los mo-

fletes semiesféricos nos propine formidables trompetazos?

Pues escuchad cómo canta, no el incendio de Troya, el incendio de la catedral de Amberes cuando la revolucion de los Países-Bajos; sin reparar que está cantando las consecuencias lógicas de su doctrina y sus palabras esencialmente anticatólicas.

El lugar donde se desarrolla la accion épico-diabólica es este:

«Los pavimentos de la catedral estaban compuestos »por los huesos de las generaciones extinctas; sus cin»co grandiosas naves flotaban sobre océanos de ideas »místicas, entre nubes de perfumado incienso y notas »de melodiosos órganos, etc., etc., por las paredes »veíanse junto á los altares, etc., etc., por las alturas »abríanse rosetones cubiertos de vidrios de colores, en »cuyos matices divisábanse los ángeles del cielo, y allá »sobre las bóvedas, en cuyas aristas flotaban las ban»deras y los trofeos, como religiosísimos ex-votos, su»bia cual un gigantesco ciprés de piedra la cúpula in»conmensurable á los aires, eterizándose y desvanecién»dose como si fuera de suyo á perderse por la inmensi»dad de lo infinito en los invisibles tronos del Eterno. »Pues tanta catedral fué blanco del odio de los nuevos »sectarios... porque la nueva revolucion acababa de »producir y engendrar odio irreconciliable á todas esas »maravillas supremas.....

.....

»Las nubes tormentosas del firmamento, los volca»nes eruptivos del suelo, las terribles oscilaciones del »terremoto, los diluvios del aire quizás no hubieran »maltratado al edificio como lo maltrató y cuasi deshi»zo la cólera revolucionaria. Un grito de terror como »si todas las águilas del viento se hubieran reunido en »legion, se oyó por aquellos espacios consagrados á las

»plegarias y á las oraciones. Diríase que los herejes »perseguidos por las potestades eclesiásticas, y los re»lapsos devorados por las llamas inquisitoriales, reco»gian á los cuatro vientos sus cenizas, y levantándose »airados y feroces, como almas en pena venidas á la »tierra en cruento sábado de sortilegios mágicos y de »orgías cruentísimas, tomaban de sus dolores desquites »y ofrecian á sus propios implacables manes una hor»rible venganza*(¿No os recuerda todo esto aquel*

¡Udite
Surgete, o suore, dalla tomba uscite!

»*poco ántes de la* Baccanale *de* Roberto il Diavolo?)»

»Feroz partida se asió á la Vírgen de la procesion »última; y derribándola de sus aras, y tendiéndola por »tierra, le arrancó sus vestiduras para repartírselas, y »le clavó en el sitio destinado al corazon un puñal, co»mo si estuviera viva. Desde aquel momento fué todo »confusion. Las muchedumbres con la fácil agilidad del »mono y con la terrible ferocidad del tigre, lanzáronse »á una sobre altares y sepulcros; los cuadros cayeron »desgarrados en fragmentos varios sobre las losas frias; »los muertos saltaron descompuestos en mondados hue»sos y en rotos esqueletos desde las sacras sepulturas; »los cálices se trocaron á una en orgiásticas copas de »burdel, y las hostias consagradas por la religiosa vene»racion cayeron bajo las suelas y los clavos rudos de »los profanadores zapatos; rodaron desde las altas cum»bres deshechos en pedazos los ángeles que parecian cer»canos al cielo y los santos que investigaban la verdad »absoluta en sus libros eternos; las lámparas de oro y »plata se apagaron al soplo de la ira, como se apaga»rán las estrellas del firmamento en la noche del últi»mo Juicio; los vidrios de colores vinieron al suelo co»mo preciosas pedrerías desengarzadas de su engaste ó »como flores y mariposas sorprendidas por el cierzo; »arruinóse con estrépito el santuario, y los mantos y »las casullas usados de antiguo en ceremonias tan pia»dosas y en ritos tan religiosos, encubrieron como los »mantos de una mancebía las mayores torpezas, cual

»si Dios hubiera dado permiso á todos los diablos del »infierno, para que, saliendo en compañía de las brujas »y de los endriagos al mundo natural y sensible desde »sus antros eternales, desacataran con vociferaciones su »nombre y destruyeran con estrépito sus templos.»

Y de análogas escenas que ha presenciado España, ¿qué oradores han tenido la culpa? Ciertamente que ninguno de ellos se llama Fray Diego de Cádiz.

Pero no anticipemos los sucesos, y ántes de llegar al acorde final, oigamos siquiera algunos arpegios del arpa eólica que sabe pulsar con tanta delicadeza, cuando le da por ahí, nuestro suavísimo exdemagogo.

Al tratar de la ida de San Ignacio á Monserrat, exclama:

«Nada más bello que á la hora del crepúsculo, cuan»do el sol se ha sumergido en los mares

y las sombras primeras de la tarde
han abierto sus negras anchas alas

»sobre la montaña sublime, al primer centelleo de la »vespertina estrella y al eco último de la campana reli»giosa, al tiempo que el Ave María sube y el Angel »de la Guarda baja, oir en aquella iglesia de Montser»rat, puesta como la Iglesia espiritual de Cristo al bor»de oscuro de los grandes abismos, la Salve cantada »en coro, á la incierta luz de las argenteas lámparas, y »acompañada por suave é invisible música, cuyos acor»des, oidos ante la efigie de María que parece material-

»mente subir al empireo, casi os desciñen del frágil cuer»po y os anticipan la anhelada bienaventuranza. Impo»sible estar allí, recorrer aquellos sitios, sentarse á la »sombra de las pirámides eternas y al borde oscuro de »los abismos insondables, descubriendo el mar pobla»do de naves y el Pirineo cubierto de nubes y de nie»ves, con Cataluña entera como un mapa de relieve á »vuestros piés, sin que os acordeis de cómo salieron »de allí las naves que iban á Oriente, y cómo tornaron »allí las naves que descubrieron América, oyendo en »los rumores del viento y en los ecos de las breñas, el »rudo canto de nuestro poema nacional, escrito en el »planeta con tan copiosa pura sangre, y en la inmorta»lidad resplandeciente con tan perdurable y divina »gloria.»

¿Pero no es una lástima que un hombre que puede cantar así, esté habitualmente... desmemoriado y diga unas cosas por otras? Tanto más lástima cuanto que no es un poeta místico adocenado: sabe él muy bien que

«El alma humana se identifica por la oracion y la »plegaria *(¿con qué? ¿consigo misma? no hay duda)* co»mo la alondra de nuestros surcos de barro se dora por »sus vuelos precoces y por sus alegrías matutinas,

en los primeros cándidos reflejos
de naciente alborada.»

Y no es esto solo, sino que para la poesía mística ha sido más favorecido que el mismísimo San Juan de la Cruz.

El extático compañero de Santa Teresa nunca dijo que hubiera visto ni la punta de un ala

del más insignificante de los ángeles; pues bien, Castelar ve por lo ménos todos los dias al mismo Arcángel San Gabriel, y por más señas con las alas caidas, como si estuviera cansado de volar!

Dice Castelar que no recuerda haber oido una vez tocar el *Angelus,*

> «sin ver como de bulto en el fondo brillantísimo de »los espléndidos celajes compuestos por el beso de los »mares con los cielos, el ángel Gabriel vestido de su »túnica celeste, caidas las dos alas como por haber vo»lado mucho, arrodillado en el suelo *(en el suelo de »los espléndidos celajes)* con su ramo de azucenas en »las manos, y los ecos de la palabra divina en el vi»brante labio, diciéndole á María: ¡Llena eres de »gracia!»

Por todo lo cual me parece ya tiempo de que digamos con el Angel: ¡Ave María! y de que á Castelar, despues de haberle dado incienso, volvamos á darle de nuevo suavemente con el incensario.

XI

ACUERDOS DE UN MULO

Gure mandoa
Urak badakar
Urak daroa.
Nuestro mulo,
Si el agua lo trae
El agua lo lleva.

(Adagio euskaro.)

va de historia.

«Iba, pues, nuestro Ignacio su camino, como dijimos, hacia Montserrate, y topó acaso con un moro de los que en aquel tiempo aún quedaban en España en los reinos de Valencia y Aragon. Comenzaron á andar juntos y á trabar plática, y de una en otra vinieron á tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Vírgen nuestra Señora.

»Concedia el moro que esta bienaventurada Se-
»ñora habia sido Vírgen ántes del parto y en el
»parto, porque así convenia á la grandeza y ma-
»jestad de su Hijo; pero decia que no habia si-
»do así despues del parto, y traia razones falsas
»y aparentes para probarlo, las cuales deshacia
»nuestro Ignacio procurando con todas sus fuer-
»zas desengañar al moro y traerle al conoci-
»miento de esta verdad; pero no lo pudo aca-
»bar con él, ántes se fué adelante el moro, de-
»jándole solo y muy dudoso y perplejo en lo
»que habia de hacer; porque no sabia si la fe
»que profesaba y la piedad cristiana le obliga-
»ban á darse priesa tras el moro y alcanzarle y
»darle de puñaladas por el atrevimiento y osa-
»día que habia tenido de hablar tan desvergon-
»zadamente en desacato de la bienaventurada
»siempre Vírgen sin mancilla.»

Tan lisa y llanamente expuso el P. Rivadeneira la primera parte de este episodio de la vida de Ignacio.

Pues apoyado en tal texto Castelar, asegura que

> «buscó Ignacio en atrevido coloquio el más peligroso
> »tema que podia buscarse.»

Apuradillo se veria nuestro historiador para *probar* que en efecto fué Ignacio y no el

moro quien buscó tres piés al gato. Pero pasemos por todo; ¿y qué inconveniente habia en ello?

—¡Gravísimo! porque

»las creencias no se razonan, y ménos entre dos sectarios de religiones opuestas.»

—¡Aquí cada golpe es un gazapo! *¡Las creencias no se razonan!* ¿Es decir, que los motivos de credibilidad y el *rationabile obsequium fidei* de que habla San Pablo, no rezan con los seres racionales? ¡Como si para creer fuera necesario renunciar á la razon! Haga V. la prueba, hombre, haga V. la prueba, y verá cómo no es menester tanto.

¡Dos sectarios de religiones opuestas! ¡Con que un católico es tan sectario como un moro, ó tan secta es la religion de Cristo como la de Mahoma! Y además ¿por qué *no han de razonarse* las creencias?

—Porque, pongo por ejemplo,

»el milagro que para la fe parece cosa natural y sencilla...»

—¡Ah! no... permítame V. que le interrumpa; el milagro no parece, ni es cosa natural, sino muy sobre natural y contra natural; y tan poco sencilla es, que se necesita para hacer un mila-

gro nada ménos que la Omnipotencia de Dios... Pero prosiga V. si gusta,

»el milagro que para la fe parece cosa natural y senci-
»lla, resulta, mirado desde otra fe contraria...»

—(Como si dijéramos, mirando desde la ventana de enfrente)

»resulta cosa increible y absurda. El paraíso de Maho-
»ma, que trasporta y enloquece de ardor al mahometa-
»no, parece al católico ménos ferviente, un serrallo in-
»mundo y vergonzoso.»

—No tenga V. reparo en decir que nos parece una pocilga. Pero precisamente por eso pregunto yo al defensor de la libertad de pensamiento: ¿Por qué hemos de respetar la pocilga mahometana? ¿por qué hemos de respetar las *creencias* de esos cerdos?

—Porque

»es peligroso, peligrosísimo contender con los infieles
»de nuestra personal fe »

—¡Vamos! ¡entiendo! Porque hay que tener presente el tratado *De cute curanda*, ó aquello otro del gallego: ¡Créume que va á haber palus! ¿Y qué hemos de hacer cuando los infieles, ó los herejes ó... los que son peores que ellos, no respetan nuestras creencias, cuando por ellas nos insultan y atropellan?

Aquí Castelar, calándose las tocas de Hermana de la Caridad, dejando caer lacios sus bigotes, arqueando las cejas, bajando los ojos y enclavijando los dedos de las manos, suspira la siguiente dulcísima respuesta:

—¿Qué habeis de hacer cuando os atropellan?

«Callar ó persuadir con dulzura. Tales me parecen »los deberes de quienes habitan sociedades fundadas »en el principio de la tolerancia religiosa.»

—Pero venga V. acá, varon de Dios, y recuerde que allí no habia tal principio ni tal postre de tolerancia; que el episodio entre el moro valenciano ó aragonés é Iñigo de Loyola acontecia en donde no habia tal funesto principio de tolerancia religiosa, sino el salvador de la unidad Católica Apostólica Romana, junto con la unidad política llevada á cabo pocos años ántes en la vega de Granada por los Reyes Católicos, los fundadores de la Inquisicion y expulsadores de los moriscos.

—No quedo abrumado con tales citas; y apelo á los pactos hechos en esa misma vega de Granada.

—Que esos pactos se hicieron de mala fe por parte de los moros, los primeros en quebrantarlos, lo prueban las mismas rebeliones que de allí á poco estallaron en los reinos de Valencia y de

Múrcia, de Aragon y de Granada. ¡Era admirable la mútua tolerancia de entónces! Un dato más para comprobarlo: Tres años más tarde del encuentro de Ignacio con el moro, creo que en Noviembre de 1525, el gran emperador Cárlos V daba un edicto para que todos los moros de Valencia (entre los que quizás estaria nuestro moro en cuestion) salieran fuera de dicho reino para fines de Diciembre, y para último de Enero fuera de España. ¿Qué t. a. l. tal la... la..., como diria un tartamudo, la tole... tole... rancia? ¡esa rancia era la buena!

—Yo insisto, por el contrario, en que hay que callar ó persuadir con dulzura.

—Y yo con tanta dulzura me voy ya amostazando. ¡Callar! ¡callar! ¿Es eso lo que haceis vosotros siguiendo las enseñanzas de vuestro dulcísimo oráculo, oh dulcísimos revolucionarios de todas las latitudes? ¿Es eso lo que haceis cuando gritais como energúmenos: ¡Abajo lo existente! ¡mueran los frailes! ¡mueran los curas! ¡muera el Papa! ¡muera Dios! ¡Callar! Eso es lo que haceis en todas partes: callar en la prensa, callar en los clubs, callar en los meetings, callar en los casinos, callar en las tabernas, callar en las logias, callar en los Parlamentos.

¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

Persuadir con dulzura: en efecto, esa es la historia de los heterodoxos tan amigos de S. S.; esa es la historia de todos los enemigos del catolicismo. ¡Qué dulzura de persuasion la del Neron del Norte, Cristiano II, la de Gustavo Wasa en Suecia, la de Alberto de Prusia y la de Enrique VIII y la de Isabel de Inglaterra! ¡Qué dulzura chorreaba la guillotina levantada hace un siglo en todos los ángulos de Francia contra los que no tenian más crímen que ser católicos, contra los que no se resignaban á ser... canallas! ¡Y en España qué dulce degüello el degüello de los frailes! Pero... volvamos en sí, como diria cierto grande hombre de los de ahora. Puede V., si gusta, dulcísimo señor, puede V. proseguir *su* historia.

«Ignacio defiende con calor la pureza de María en la »plática teológica con el moro. Pero no le basta la pa»labra, necesita en su fe apelar á las obras materiales y »á la material accion. ¿Y qué se le ocurre al soldado en »tal aprieto? ¿Insistir en su defensa? ¿Predicar oportuna »é inoportunamente? ¿Aducir nuevos argumentos? ¿Mo»ver y persuadir al moro? No. Refrena la boca de su »mula, retarda y modera el paso, queda gran espacio »atrás, y llevándose la mano al cinto, y acariciando el »puñal que todavía en el cinto llevaba, viénele á las »mientes la idea, y á la voluntad el propósito, para per»suadir á su contrario, de matarlo en aquella hora y »punto.»

—No; la idea de matar para persuadir, si la ha tenido alguien, la han tenido los amigos de S. S. ántes referidos.

«Pero como llegara en su camino incierto á una en»crucijada, en la cual dos sendas se abrian y bifurca»ban, ancha, llana y desembarazadísima la una, tortuo»sa, pendiente, pedregosísima y estrecha la otra, deci»dió el Santo *(no era Santo todavía,* que si la cabal»gadura, en cuyo lomo iba caballero, escogia el cami»no espacioso, mataba en el acto al morisco, y si esco»gia el camino estrecho lo dejaba ir en paz y contento. »El mulo *(pero... ¿en qué quedamos? ántes dijo V. »que era mula... y en otro lugar dice que iba caballero »en su asno!)* el mulo con mejor acuerdo que el Santo »*(vuelvo á insistir en tanto—al ver que la verdad se »disimula—en que,por más que el mulo fuese mula— »el Santo no era Santo)*, el mulo con mejor acuerdo »que el Santo, escogió la senda tortuosa, y á esa instin»tiva eleccion del pobre animal debió su vida el moris»co. Ya tenia el puñal en la mano apercibido al crí»men, cuando varió tan bárbaro acuerdo por el mejor »acuerdo de su mulo... Agradezcámosle al mulo inspi»rado su pacífica eleccion, porque, si no la tuviera, un »crímen más, y crímen terrible manchara la tierra de »nuestros padres, y una sombra más, y sombra espesa, »oscureciera la vida de nuestro compatriota.»

—Con que... ¿agradezcámosle al mulo?... No hay inconveniente, y en esto tendrá V. pocos émulos; puede V. agradecerle al mulo cuanto quiera: yo con disimulo y hasta con *sonriso* le estimulo á ello: puede V. hasta endilgarle la siguiente arenga en nombre de sus correligionarios: ¡Oh mulo inspirado! ¡gracias por tu pacífica eleccion, gracias, inspirado mulo! ¡Cuando llegue la hora de nuestras pacíficas elecciones, nosotros seremos tus émulos y tú serás nuestro modelo, ¡oh inspirado mulo! para que ningun crímen más manche la tierra de nuestros padres,

y ninguna sombra más oscurezca la vida de nuestros compatriotas!

¡Pícara asociacion de ideas! Al ver tratado *con amore* por Castelar al *pobre mulo,* al *inspirado mulo* á quien muestra su agradecimiento, y preferidos los acuerdos de un mulo á los de un cristiano, pienso sin querer en Víctor Hugo, y se me ocurre aquello de nuestros vecinos: *Les grands génies se rencontrent,* como si dijésemos en lenguaje entre antiguo y moderno: ¡Los grandes genios se topan!

Porque el amor á las bestias era característi co en Víctor Hugo, el gran cantor de *El Asno;* las peludas arañas, los babosos limacos, los asquerosos pólipos y pulpos, le arrancaban pedazos del corazon revueltos con pedazos de versos, y lágrimas como el puño; á la vista de un sapo se enternecia, y queria que todos llorásemos á coro con él:

Pleurez sur le crapaud pauvre monstre aux doux yeux.
Llorad sobre el pobre sapo,
El monstruo de dulces ojos.

Y si tenia que escoger entre la mirada del hombre y la del leon, naturalmente daba la preferencia al animal.

—¿Por qué? ¡Ah! porque

Il porte en son oeil calme où l'infini commence
Le regard éternel de la nature immense.

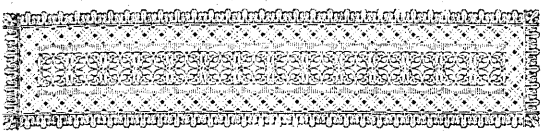
Es decir, aur que casi me horripilo
De verlo casi en verso:
«Lleva en su ojo tranquilo,
»En donde lo infinito á ser comienza
»La mirada eternal del universo.»

La verdad, entre un ojo infinito y eterno de leon, y un mulo inspirado... me quedo con el mulo.

Lo cual no justifica de manera alguna eso de multiplicar, sin qué ni para qué, casos análogos á los de la burra de Balaam, y mucho ménos esa tendencia de la época personificada en los *genios que se topan,* y que consiste simultáneamente en la negacion de Dios y la adoracion de la Bestia, en deprimir al hombre y ensalzar... al mulo. A los que estén tentados de tan groseras preferencias, les recordaremos, ántes de proseguir nuestros comentarios moriscos, un pasaje de la historia mitológica.

El rey de Frigia, Midas, presidió en cierta ocasion un certámen musical entre el dios Apolo y el dios Pan, el de la *pezuña hendida,* como dijo Castelar. Midas concedió al dios Pan el premio, y Apolo, picado en su amor propio de

artista, se vengó dándole al rey Midas orejas de asno. Y con esto cortemos aquí, pues para mantener el interés y estimular á leer la conclusion de nuestro asunto, este medio parece el mejor estí-



XII

PROSIGUEN LOS ACUERDOS DE UN MULO

> ... cuanto más, que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores Alcaldes ó Regidores, como ellos, una por una, hayan rebuznado; porque tan á pique está de rebuznar un Alcalde como un Regidor.
>
> (*Palabras de Sancho Panza.*)

—mulo sin género de duda.

Sentimos que se haya perdido la defensa de Ciceron *pro Bestia*, pues allí quizás hubiéramos tropezado con argumentos aplicables, aun en contra nuestra, á la defensa del mulo inspirado.

Pero de aquel Bestia sólo recordamos aquellas palabras de la Filípica XI: *¿Quid Bestiam? qui se consulatum in Bruti locum petere profitetur.* Y bien mirado no habia para qué extrañarse: nada más natural que un Bestia quisiera ocupar el puesto de un Bruto; esto se ve todos

los dias, aun entre gentes de buena conciencia.

Mas en nuestro caso parece que se pretende más; á saber, que un mulo ocupe el puesto de un Santo; y esto no debiera pasar ni en los poemas Bestiarios de la Edad Media, cuanto ménos en las páginas de la moderna historia. ¿Pues qué, no hay más que meterse de hoz y de coz por esos trigos, para dar pasto á la más desbocada de las modernas alimañas, que es el libre pensamiento?

Cuando recuerdo la descripcion del caballo hecha por Virgilio, digo para mi coleto: He ahí la vera efigies, la estampa del escritor que, rotos todos los frenos, se lanza por los campos de la crítica á lo desconocido, aunque se le presente delante la mar de dificultades:

Primus et ire viam et fluvios tentare minaces
Audet, et ignoto sese committere ponti.

Como quien ha oido campanas y no sabe dónde:

Tum si qua sonum procul arma dedere...

Y como quien no tiene fijeza en sus ideas ni religiosas ni políticas, y no sabe estarse quieto ni dejar quietos á los demás, se sacude las moscas como puede...

Stare loco nescit, micat auribus et tremit artus.

De donde resulta cierto piafar literario y erudito, en que hombres que tienen muy duros los cascos, golpean contra lo más sólido y pisotean lo más respetable y santo,

et solido graviter sonat ungula cornu.

Viniendo al desenlace del casual encuentro del moro con Ignacio, dice el historiador Rivadeneira, y lo cita textualmente Castelar, como para abrumarnos bajo el peso de tan inconcebible testimonio: «Despues de haber buen rato »pensando en ello, al fin se determinó de seguir »su camino hasta una encrucijada, de donde se »partia el camino para el pueblo adonde iba el »moro, y allí soltar la rienda á la cabalgadura en »que iba, para que si ella echase por el camino »por donde el moro iba, le buscase y le matase »á puñaladas; pero si fuese por el otro camino, »le dejase y no hiciese más caso de él.» Todo esto cita Castelar, pero se guarda muy bien de citar los párrafos que á esto preceden, y los párrafos que siguen, porque... no le servian para el panegírico del mulo.

Pero á nosotros nos sirven para el panegírico del Santo: Habia dicho ántes Rivadeneira que Ignacio estaba «muy dudoso y perplejo,» porque no sabia á lo que en aquel trance le «obli-

gaba la fe y la piedad cristiana,» y añade: «Y »no es maravilla que un hombre acostumbrado »á las armas y á mirar en puntillos de honra, »que pareciendo verdadera es falsa, y como tal »engaña á muchos, tuviese por afrenta suya y »caso de ménos valer, que un enemigo de nues»tra santa fe se atreviese á hablar en su presen»cia en deshonra de nuestra soberana Señora. »Este pensamiento, al parecer piadoso, puso en »grande aprieto á nuestro nuevo soldado.» Estos, como se ve, son comentarios en cristiano; pero Castelar á aquella determinacion de Ignacio pone estos comentarios en turco:

> «¿Cómo? Cosa tan sagrada cual los respetos debidos »á la humana vida, depende, no de la propia concien»cia, ni del propio albedrío, sino de los instintos ciegos »y de los movimientos orgánicos de un pobre mulo.»

¡Pobre mulo! ¡qué singulares simpatías despiertas! Pero si tú pudieras hablar como la burra de Balaam, quizás movieras con tal portento á los hijos de Beor, amigos de los Moabitas modernos, á que trocasen las maldiciones contra Israel en bendiciones. ¡Pobre mulo! si tú pudieras hablar, ¡cómo practicarias la insigne obra de misericordia de enseñar al que no sabe!

No depende—dirias dirigiéndote á tu inter-

locutor—no depende la vida de un hombre *de los movimientos orgánicos de un pobre mulo* como yo, sino de la divina Providencia, de quien todo depende, hasta los mulos.

Así lo observa el piadoso Rivadeneira cuando dice: «Quiso la bondad divina *(la bondad »divina, no el mulo inspirado)*, quiso la bondad »divina, que con su sabiduría y providencia or»dena todas las cosas (*hasta las de los mulos*) »para bien de los que le desean agradar (*como »Iñigo de Loyola en aquella sazon*) que la ca»balgadura, dejando el camino ancho por do »habia ido el moro, se fuese por el que era más »á propósito para Ignacio.»

En todo esto, Castelar no ve nada de extraordinario, pues segun él «suelen tomar todas las alimañas montaraces la senda más agria y difícil.»

Pero ¿de dónde habrá sacado que aquel mulo era una alimaña montaraz? ¡Pobre mulo, qué falsos testimonios te levantan! Tú eras sin duda un mulo pacífico, un mulo de bien, y precisamente en el tomar tú *la senda agria y difícil* y no el conocido camino carretero, vemos, los que creemos en la Providencia, que lo ordenó así *la bondad divina,* que *con su sabiduría y providencia ordena todas las cosas.*

Esa intervencion de Dios, valiéndose del

mulo, es lo que pretendia Ignacio en medio de su perplejidad; y no hay que escandalizarse farisaicamente porque un soldado como Iñigo de Loyola, *con la suficiencia de letras que entónces tenia*—que segun dice con gracia Rivadeneira —*era solamente leer y escribir,* cayese en algo parecido á los punibles excesos de piedad y de fe á que llegaron en la Edad Media gentes mucho más *leidas,* cuando los magistrados imponian á los acusados como justificacion de su inocencia ó demostracion de su culpa, las pruebas judiciales que constituian *los juicios de Dios,* la prueba del agua fria ó la del agua caliente, la prueba del hierro hecho ascua ó la del pan bendito, la prueba del fuego ó la prueba del duelo singular, etc., etc.

¿Por qué, pues, no admitir en nuestro caso la prueba del mulo?

¿Qué extraño es que Ignacio en los umbrales ya de la Edad Moderna tuviese todavía resabios de la Edad Media, y quisiera introducir como una novedad aceptable ese nuevo género de *Ordalias?*

Para juzgar con tino de personas y hechos históricos, hay que respirar el medio ambiente de entónces, y no figurarnos á Cesar que se decide á pasar el Rubicon despues de fumarse

un cigarro habano, ó *al gran amigo* de Demóstenes, al gran Alejandro, dispuesto á emprender sus conquistas en velocípedo.

¡Como ahora se pretende excluir á Dios de todas partes, deshacerse de Dios por completo y en todo, nos cuesta trabajo entender cómo en otras épocas, por el contrario, se llegaba al abuso de Dios, haciéndole intervenir, digámoslo así, de grado ó por fuerza en todo, hasta en el *movimiento mecánico é inconsciente de un pobre mulo!*

Y no obstante, so pena de quemar ántes todas las historias, hay que admitir que en tiempo de San Ignacio no parecian tan bárbaros y supersticiosos como ahora nos parecen aquellos *Juicios de Dios;* ántes los sentimientos religiosos y los caballerescos de consuno los revestian de fascinadores atractivos.

Ocupaba, sin duda, el primer rango en aquellas pruebas ó juicios, el duelo singular: asistian al palenque á veces los mismos reyes, y de ordinario el clero, y la nobleza y el pueblo. Dominando el estrado ó cadalso principal, se levantaba la imágen del Salvador crucificado, y cuando iba á dar comienzo aquel drama judicial, que no podia concluir sin que uno de los dos combatientes quedase *vivo ó muerto* fuera de combate, desarzonado por algun bote de

lanza; cuando esto se preludiaba, un Religioso mostrando el Crucifijo y dirigiéndose á uno de los caballeros, le decia: «Señor caballero que estais aquí presente, he aquí la imágen de Nuestro Señor Jesucristo que quiso entregar su precioso cuerpo por salvarnos. Pues bien, pedidle favor y rogadle que os auxilie en este dia si lo que reclamais es justo, porque Él es el Juez Supremo. Reparad en los juramentos que habeis de hacer, pues de lo contrario, vuestra alma, vuestro honor y vos mismo, correis gravísimo riesgo.»

Protestaba en alta voz despues el querellante acerca del derecho que creia asistirle, y juraba ante Dios que se lo probaria á su adversario en el palenque «con mi cuerpo contra el suyo, con el auxilio de Dios, de Nuestra Señora y de mi Señor San Jorge, el buen caballero.»

Y (dicho sea de paso) no se culpe á la Iglesia, que harto clamaba contra tan temerarias pruebas por boca de San Gregorio el Magno, de Estéban V, de Alejandro II, de Inocencio III y otros Papas.

Pero no pudo desterrar tales costumbres tan pronto como quiso, aunque veia que más de una vez padecia la inocencia y triunfaba la iniquidad: introdujo sí, poco á poco en ellas el elemento depurador de su espíritu, y por fin lo-

gró que desaparecieran aquellos contrahechos *juicios de Dios*, prueba del poco juicio de los hombres.

Porque hay que darle la razon á aquel loco de Sevilla de que habla Cervantes: «No es cosa tan fácil inflar un perro.» No es cosa tan fácil desinflar ciertas cabezas cuando á ella se han subido ciertas ideas.

Sólo así se explican empresas como las del *Paso Honroso* de Suero de Quiñones, que tuvo sin duda el privilegio de entusiasmar, como á tantos otros, á Iñigo de Loyola en sus verdes y belicosos años.

Y eso que allí no se trataba de reclamar justicia. ¿Pues de qué? Oigamos al mismo virtuoso Suero de Quiñones hablando con el rey don Juan II: «Soy en prision de una señora de gran tiempo acá, en señal de la cual todos los juéves traygo á mi cuello este fierro.»

¿Y qué se le ocurre para salir de esa amorosa prision? Pues cosa muy sencilla: «En nombre del Apóstol Santiago yo he concertado mi rescate, el cual es trescientas lanzas rompidas por él hasta con fierros de Milan.»

Y como lo dice lo hace; se planta camino de Santiago, cerca de la Puente de Orbigo, como quien cobra el barato y como quien dice: por aquí nadie pasa sin dejar ántes las hastas.

Y..., en efecto, cuenta la crónica que recogieron el guante de desafío algunos extranjeros y muchos caballeros que al *Passo* vinieron; «en»tre los cuales murió un caballero aleman (se»gun otros, aragonés) de un encuentro por la »vista que le dió Suero de Quiñones, que este »Passo mantuvo (ú otro de los mantenedores). »E fueron en él feridos algunos, ansí de los »caballeros que tenian el Passo, como de los »que á él vinieron.»

Eso sí, ántes de *entrar en la tela* para *jugar las armas*, es decir, para matarse bonitamente si venia al caso, «oian Misa en la iglesia de »Sanct Juan, en el hospital que allí estaba, de la »Orden de Sanct Juan.»

¡Y todo por quitarse aquella argolla del cuello, aquel *fierro* de aquella señora! Creo que con tales testimonios se reportará un poco el señor Castelar y tratará con más mesura á San Ignacio, siquiera por respeto al mulo.

De lo contrario le diriamos con fina sonrisa, abroquelándonos detrás de la «empresa de oro que Suero de Quiñones llevaba en el brazo derecho, cerca de los morcillos, con letras azules alrededor:»

Si á vous ne plait de avoyr mesure
Certes ie dis
Que ie suis
Sans venture!

Porque conviene recordarlo, para dar *color local* á nuestro asunto: en aquel tiempo de exaltado espíritu religioso y caballeresco, la rehabilitacion y ensalzamiento de la mujer debida al cristianismo, llevaba al caballero á tributar una especie de culto á su Dama. Por defenderla de una lengua maldiciente, no habia caballero que no estuviera pronto á arrancarle al maldiciente la lengua.

Iñigo de Loyola acababa de dejar un mundo, en el que se habia distinguido por su bizarría en las armas y por su cortesía con las damas; pero al encaminarse á Montserrat ya no tenia más señora de sus pensamientos que nuestra Señora la Vírgen María, á quien amaba con toda su alma. De ella habia sido favorecido en su Casa Solar de Loyola por maravillosa manera, con el don de una castidad angélica: en María habia reconcentrado agradecidísimo todo el afecto de su nobilísimo corazon, ¿cómo no habia de sentirse poseido de ira contra el moro que soez insultaba á su Inmaculada Madre?

Antes nos parece que anduvo asaz comedido, y que se reprimió en demasía un hombre, entónces, segun Rivadeneira, «muy cálido de complexion y muy colérico.»

No tuvo tanto dominio sobre sí aquel Juan de Vera de quien nos habla el cronista Bernaldez

en su *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. LVII.

«Este año fué Juan de Vera, fijo del Comen»dador Diego de Vera, enviado á Granada por »Embaxador, é estando en la Alhambra ovieron »unos moros disputa de cosas de la fe, é un mo»ro Bencerraje dijo que nuestra Señora la Vír»gen María no quedó Vírgen despues que parió »á Nuestro Señor Jesucristo, y Juan de Vera di»jo que mentia, y lo hirió con la espada en la »cabeza, *é el rey D. Fernando se lo agradeció* »*mucho y le dió mercedes.*»

Conque si aún tiene escrúpulos el Sr. Castelar, vaya y cuénteselo al rey Fernando el Católico, verá qué pronto se los quita.

¿Pero cómo los ha de tener, si hasta el mismo Alfaquí Abderrodan, interpretando el sentir de no pocos musulmanes, se hubiera puesto de parte de Ignacio? Sí, él hubiera repetido: «Pues »Dios, los Angeles y Mahoma alaban á María »Santísima con título de Vírgen bienaventura»da, sea maldito y descomulgado de todos el »que por tal no la tuviere.»

Aunque para disculpar por lo ménos á Ignacio, más fuerza que todos los moros y judíos le harán á Castelar sus propias palabras:

«... para oir con calma y en paz negaciones insultan»tes á la pureza de aquella que os ha sonreido en la cu-

»na, que os ha consolado en el dolor; luz para el artis-»ta, estrella para el navegante, lirio para el campesino; »cuyo auxilio habeis invocado mil veces en todas las »penas, cuyo nombre habeis oido en todas las igle-»sias, y cuyo amor desde la niñez habeis confundido »con el de vuestra madre, y en cuyo seno habeis libado »toda la miel de las más santas y más consoladoras es-»peranzas...»

Para oir con calma y en paz negaciones insultantes á la pureza de María, «se necesitan indudablemente,» segun Castelar, dos cosas que indudablemente no tenia, á Dios gracias, Ignacio:

«Largo hábito de tolerancia prudente y moderna, in-»tima idea del derecho que tienen todos los hombres á »seguir la religion de su conciencia.»

Pongamos ante todo el correctivo á la última frase: los hombres no tienen el derecho, sino el deber de seguir, no cualquiera religion, sino la única y verdadera, que es la católica.

Ahora vengamos á la primera frase: *largo hábito de tolerancia,* es decir, de indiferencia, de impiedad y de libertinaje; hábito largo, tan largo que arrastra por el cieno de todas las ignominias! *de tolerancia prudente y moderna,* ó sea carnal y diabólica; esos malditos hábitos son los únicos que pueden acostumbrar á los hijos de Dios á oir con calma y en paz las bofetadas que se dan á su Padre, las blasfemias que se escupen á la frente purísima de su Madre.

¡Ah! cierto, ciertísimo; para oir en calma y con paz y sin que se arme la de Dios es Cristo, insultos á la Vírgen Santísima, se necesita no tener sangre en las venas, no ser católico, no ser español, no tener á la Vírgen por Madre; se necesita no ser Ignacio de Loyola, se necesita ser Castelar.

XIII

MANZANAS Y PEROS

Muitas vegadas ó dem'enganadas
Tem as gentes porque lles faz creer
Muitas sandeces...

(*Alfonso el Sabio*, *Cantiga* CCCLXXXVI).

La polarizacion es un fenómeno de la reflexion ó refraccion de la luz, por el cual ésta se disminuye ó se aumenta, ó se extingue segun el ángulo que forma y el medio refrigente ó isótropo sobre que cae el rayo luminoso.

La luz no tiene la culpa de nada de lo que le pasa cuando la sujetan á las experiencias de la polarizacion, cuya ley probó tan luminosamente Brewester.

Lo mismo le pasa á la verdad y á la buena

fe cuando atraviesa el medio refringente de ciertas masas encefálicas.

De ahí que la *castelarizacion* sea un fenómeno, por el cual la verdad y la buena fe disminuyen ó desaparecen; y la mentira y la mala fe llegan al máximum de intensidad, segun el *ángulo de castelarizacion* bajo el cual se vean las cosas.

¡Castelar sabe mucho! por eso se ha guardado muy bien de clasificar su trabajo, y no lo llama historia á secas; llámalo *obra filosófico-histórica*. Esto le pone á cubierto de ciertas reclamaciones. Hubiéralo llamado «Fantasías sobre motivos de historia,» y estábamos al cabo de la calle.

En una Fantasía musical, el compositor se apodera de algunos temas favoritos, y los suele traer á mal traer por entre cataratas de arpegios y enredadísimos laberintos de variaciones.

Sólo de cuándo en cuándo, como en un naufragio, en que aparece por aquí una cabeza, por allá un brazo; aparece una frase musical acá, y acullá un compás entero del autor fantaseado, abriéndose con dificultad paso por entre escalas cromáticas interminables, acordes espantables y fermatas imposibles.

En esta obra *filosófico-histórica*, de filosofía hay alguno que otro término técnico; de his-

toria, algunos trozos de sucesos, algunos nombres propios y algunas fechas; lo restante son cataratas de imágenes brillantísimas y falsísimas, variaciones interminables ó inadmisibles sobre conceptos hegelianos, arpegios de imaginacion con *fioriture* de lo mismo, y desesperantes ejercicios de vocalizacion en casi todos los tonos y asuntos, aun en los más triviales.

Castelar ha hecho con la generalidad de los temas de que aquí trata lo contrario que ha hecho Gounod con el conocido *Preludio* de Bach escrito dos siglos antes: por encima del precioso *Preludio,* y sin alterarlo, Gounod ha logrado que se deslice terso y fluido el tema melódico de su *Ave María.* Castelar coge aquí cualquiera sencilla melodía, cualquier dicho ú hecho insignificante, y le pone cuatro siglos despues tal y tan enrevesado acompañamiento, que no lo conoce ni el padre que lo engendró, y el diablo que lo entienda! Es decir, ¡el diablo ya lo entiende!

Esto pasa con el hurto de fruta atribuido á Ignacio en sus primeros años.

Si hemos de dar fe á Rivadeneira, «el Evangelista jesuítico,» como lo llama Castelar, Ignacio allá siendo mozo (¡Vaya V. á saber cuán-

do!) fué con ciertos compañeros (¿quiénes?) ¿cuántos? no se sabe) á cierta heredad (¿cuál ¿dónde? no se sabe) y convinieron entre sí, aun ántes de que lo observase Garcilaso, en que la fruta de la heredad debia ser

dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno.

Por todo lo cual resolvieron merendar bien. ¿Cuántas libras se comieron de manzanas? (porque en las cercanías de Loyola, ¡manzanas habian de ser!) no se sabe. Lo que se adivina es que habiendo recobrado fuerzas con la merienda, los muchachos exclamaron ¡piés para qué os quiero! y... ¡adivina quién te dió!

Recayeron las sospechas del hurto (que... ¡vamos! no debió ser cosa mayor) sobre un pobre hombre, y me lo pusieron á la sombra. «Muchos dias estuvo en la cárcel,» segun Rivadeneira. Y lo primero que ocurre es dudar si en aquel tiempo en Azpeitia habria cárcel; porque en aquel país, como tan poco civilizado, no se suele necesitar; y lo segundo ocurre contra lo dicho, que el hurto debió ser cosa mayor para condenar al infeliz á muchos dias de prision, y *ainda mais* á cinco ó seis ducados de multa, que si ha de haber proporcion entre la pena y la culpa, suponen un equivalente de precio en

el consumo de manzanas. Y entre paréntesis, ¿han calculado Vds. la carga... ¿qué digo? las cargas, las carretas de manzanas que se podrian haber comprado entónces con cinco ó seis ducados, y en Guipúzcoa, donde hasta los cerdos están hartos de manzanas? Hace poco se vendia allí una carreta de manzanas por ocho reales; pues entónces que todo *iba* más barato, ¡cuántas arrobas, cuántas cargas de manzanas suponen cinco ó seis ducados! ¿Y todo esto se comieron aquellos angelitos? ¿ Y no reventaron? ¡Poder de Dios! Vamos, ¿no merece esto... una carga?

Sea lo que fuere, algo debió haber cuando despues de muchos años (segun el cómputo de Castelar, más de veinte), Ignacio ya convertido y con fama de Santo volvió á su país natal, y delante de gran concurso de la gente principal y pueblo que acudió á oirle predicar, se acusó de aquella travesura, pidió públicamente perdon al que sin culpa habia padecido por su causa, el cual estaba en el auditorio, y en recompensa de los daños y perjuicios por el menoscabo de su honra y hacienda, allí mismo le hizo donacion de dos heredades que, por lo visto, despues de renunciarlo todo, años hacia, todavía pertenecian á Ignacio.

Castelar ha leido los juiciosos prenotandos

que pone al hecho el P. Rivadeneira, y hasta concede que no sea la tal travesura «una perversidad» considerada «como simple calaverada de jóven ó de militar en último resultado.»

Mas nótese de paso que, como quien no quiere la cosa, queda convertido el travieso *rapaz* «en militar en último resultado.» Con esta frase, caida al descuido, se logra que despues caigan los negros colores de la perversidad, no sobre un niño irreflexivo, sino sobre «un militar en último resultado.» ¡Je! ¡je! ¡qué, buena fe y qué hombría de bien «en último resultado!»

Castelar hablando del asalto á la fruta del cercado ajeno, que llama «calaverada ó ligereza propia de jóven aturdido,» es más laxo que cuantos jesuitas puede él mismo fingir, pues dice que

> »todo eso nada tiene de punible, nada que subleve la »conciencia más clara ni el corazon más austero.»

¡Muy turbia estará y poco austera será la conciencia que no llame robo al robo, aunque sea de cosa leve! Mas á pesar de todo esto, en que ya se ve lo que quiere decir Castelar, cuando llega á la segunda parte ó consecuencias del suceso, husmea una fácil victoria, cuenta con el sufragio de los corazones sensibles, y creándose enemigos que no existen, arremete contra ellos, para

tener el gusto de derrotarlos. Lo toma por lo serio, por lo sentimental; le da por lo patético, y resulta grotesco, por no decir ridículo.

Asienta *ex cathedra* que el pedir públicamente perdon Ignacio al agraviado

> «bastará para ser perdonado ante un tribunal tan mise»ricordioso como el tribunal de la penitencia, pero no »basta, no, para ser perdonado ante un tribunal tan se»vero como el tribunal de la historia!»

Esto del tribunal de la penitencia lo dice á propósito del despropósito que ántes habia soltado, y es que

> «el sacratísimo tribunal de la penitencia todo lo absuel»ve y todo lo perdona con la condicion única de un arre»pentimiento, siquier sea forzado y tardío.»

¡Pobre del que se fíe de esas teologías castelarinas! Un arrepentimiento forzado no es el arrepentimiento que salva; un arrepentimiento tardío rara vez es verdadero, dice San Agustin, y un arrepentimiento que llega tarde, únicamente servirá como el de aquellos *poenitentiam agentes* que clamarán el eterno *¡ergo erravimus!* de los infiernos.

Pero dejadas estas... inexactitudes á parte, ¡cómo nos retoza la risa en los labios al oir las

jeremiadas de Castelar ante aquel infeliz encarcelado «que,—dice—no volvió á levantar cabeza!» Esto, por su puesto, lo saca Castelar de la cabeza que tiene para su uso particular y para el deplorable abuso general de sus singularísimas facultades; porque él mismo conviene en que veinte años despues estaba todavía mi hombre tan campante oyendo el sermon de Ignacio.

¡Qué cómicos resultan los lamentos del gran posibilista «en último resultado!»

> «Pueden pasarse con el tiempo los castigos más ó »ménos duros y más ó ménos largos de la falible justi»cia humana, pero no se pasan nunca las manchas inde»lebles extendidas por una sentencia siquier injusta, so»bre la frágil y empañable superficie del honor huma»no y del renombre social.»

¿Qué renombre social, ni qué calabazas, ni qué superficies frágiles habia de tener aquel pobre diablo á quien tomaron por un merodeador de heredades?

Además, todos recuerdan que el Sr. Castelar fué condenado á muerte en Madrid por un Consejo de guerra, y aun no suponiendo injusta la sentencia, ya estamos viendo que su superficie, por más frágil que sea, continúa sin novedad, y su renombre social sigue llenando toda la superficie del planeta.

Pero, ¡nada! se ha propuesto enternecerse y enternecer á los demás, y

> En llegando á esta pasion
> Un volcan, un Etna hecho
> Empieza á arrancar del pecho

cada *jipío,* cada ¡oh! que ¡oh! haria llorar al más duro guardacanton y erizaria ¡oh! los pelos de la cabeza del autor de la Biblia en coplas, si este *estupendo* vate tuviera en la cabeza los pelos que no tiene en la lengua.

«Pero dióse ¡oh!»

Vamos á ver qué se dió.

«Pero dióse ¡oh! el horrible siguiente caso.»

El consabido de que le metieron al otro en *chirona;* y prosigue:

»¿Cómo? ¿Ha perdido un padre de familias su libertad *(cata ahí á mi hombre hecho padre de familias!* »*Pero ¿y si era soltero? ¡Toma! entónces no hay aquello de la mujer que llora, de los hijos que chillan al ver que llevan á la cárcel á su padre! al padre de familias: ¡hágote, pues, padre de familias... en último resultado!)* Ha perdido un padre de familias su libertad, un hombre su honor, un jornalero ó un propietario el fruto de su trabajo y de su hacienda ¡oh! y »no se le ocurre á quien ha podido salvarle, por lo mé-

»nos socorrerle á la oportuna hora del deshecho naufra»gio, de su vida ya sin precio y sin valor como vida sin »honra!»

¿Y no se os ocurre ¡oh! más que ¡oh! esas exclamaciones para acusar á Ignacio, como le acusais, de «una perversidad moral muy honda» y para echar sobre su fama «una mancha indeleble y extensa,» porque tardó, segun vuestra cuenta, más de veinte años en reparar los perjuicios de un puñado de manzanas? Pues ¡oh! á nosotros se nos ocurre ¡oh! que esas manzanas están más verdes que las uvas de la zorra.

Pues dánse ¡oh! las siguientes plausibles observaciones.

¿Por qué tardó Ignacio más de veinte años en dar esta satisfaccion debida? Este es el argumento Aquiles.

Apuntemos, pues, á las plantas de los piés de este Aquiles, y preguntemos por nuestra parte: ¿Pero supo el niño Ignacio, á raíz del suceso, que habian prendido al tal hombre por su causa? ¡Qué habia de saber!

Pero demos que lo supiera, él no era el único obligado á reparar el daño, sino tambien los otros rapaces sus compañeros *in solidum,* como enseñan los moralistas. Si así lo hicieron... en

paz. ¿Pero qué moral habian de saber, ni cómo vais á obligar á unos niños á que vayan á la cárcel á decir: *Tio, yo he sio*, ó á ofrecerse á los respectivos azotes de sus respectivas familias?

Pero supongamos que Ignacio fué el único responsable, que supo el resultado de su travesura y que quiso remediarlo; pero ¿pudo por entónces? ¿Por qué no admitir que quizás al dia siguiente tuvo que volver á Arévalo, donde se educaba al lado de su santa tia doña María de Guevara, ó á la corte como paje de los Reyes Católicos?

Pero si entónces no, despues pudo. Pero, ¿y si le disuadieron de que lo hiciera mirando la cosa por una parte como una nonada, y por otra como un atropello de *la falible justicia humana*? Pero aun hay otra salida: ¿y si no supo lo que entónces habia sucedido hasta que volvió á su país en esta ocasion?

Pero hay más, ¿y si al ménos cuando le trajeron herido á Loyola, supo el percance y le dió satisfaccion al ofendido, pero en privado? Todavía en este caso pudo querer darle después una pública satisfaccion y humillarse después en público. En todos estos supuestos ¡oh! de sentido comun, todo el castillo de naipes se viene ¡oh! al suelo.

Pero (¡este último *pero* sí que vale!) no hay

que recurrir á ningun expediente de los que dicta la sana y bien intencionada crítica; lo que hay que hacer es negar rotundamente el hecho, y rotundamente lo negamos.

El argumento, aunque negativo, es de una evidencia y fuerza incontrastables. En el proceso celebrado en Azpeitia en 1595 en órden á la canonizacion de Ignacio, si debia constar algo en pro ó en contra, habia de ser un hecho tan público y notorio y tan edificante como esa reparacion pública. Pues bien, yo he tenido el proceso original en la mano, y lo puede ver el señor Castelar en Loyola, yo lo he leido, y ni una sola palabra hay allí de tal acontecimiento, siendo así que varios testigos que presenciaron la entrada de Ignacio en Azpeitia, y su estancia en el hospital, que asistieron á todas sus predicaciones en la iglesia y en el campo, deponen en el proceso infinitos pormenores y cosas tan menudas como que Ignacio vestia «de parda jerga,» que traia «alpargatas al cinto sin calzas ningunas,» que el rocinejo en que vino era «castaño,» que por predicar á veces en el campo era tanta la afluencia de gente que «las yerbas y zarzales que allí habia se secaron de la frecuencia de tantas pisadas,» que «una vez al preguntar Ignacio la doctrina á un niño algo tartamudo, se riyó una señora que estaba presente,»

que en otra ocasion «con el sermon que hizo movió á todos á mucha devocion, porque reprendió de un vicio que traian las mujeres de los lugares de suso referidos, de tocas amarillas y cabellos rubios, y en el dicho sermon los cubrieron y lloraron con mucho sentimiento.»

Pero, vuelvo á repetirlo: ¿del público desagravio? ¿de las dos heredades? ¿de las manzanas? ni una sola palabra. De donde resulta *en último resultado* que puede Castelar dejarse de manzanas y guardar sus lágrimas para cuando considere en sí los fatales efectos de la manzana paradisiaca, que á todos se nos indigestó.

Aunque hay para dudar si habrá Castelar pecado en Adan, al ver cómo se *emociona* por tan poca cosa y tan de chiquillos. Será que Castelar al juguetear, cuando aún no tenia ni asomos de bigotes, allá, por la *huerta* de Valencia, nunca cayó en la tentacion de saber á qué sabe la fruta ajena: será que nunca fué *rapaz* en el sentido etimológico de la palabra.

Pero al considerar bajo otro respecto su prurito de confundir los tonos y trastrocarlo todo, y decir en historia una cosa por otra, sospechamos que si no cogió manzanas, ya desde mozo debió ejercitar más de una vez su canora voz, ó estando á la luna de Valencia ó en el arrabal de Cantavieja (provincia de Teruel), y con un *cante*

muy *jondo* debió pronosticar las concordancias de sus futuras historias simbolizadas en esta copla:

Asómate á esa vergüenza
Cara de poca ventana,
Y dame un jarro de sed
Que me estoy muriendo de agua.

Si escribiéramos *Aleluyas* para chicos, género muy parecido al de GENIALIDADES, recapitulariamos el asunto de las manzanas de la siguiente manera: D. Emilio, pensativo, atusándose los bigotes delante de una carga de manzanas; en el fondo, los jesuitas le observan y se sonrien; debajo del grabado se pondria:

Viénenle á D. Emilio grandes ganas
De darles una carga... de manzanas.

En la siguiente aleluya, D. Emilio ha recapacitado mejor, y girando sobre sus talones se aleja pensativo de la carga de manzanas; por debajo se leeria:

Desiste de sus ímpetus primeros
Al ver que hay que ponerle muchos peros.

XIV

OTROS PEROS

Sein und nicht sind dasselbe.

(*Hegel.*)

QUÉ se le hubiera ocurrido á Castelar si el rapaz de las manzanas no hubiera sido Iñigo de Loyola, sino Martin Lutero?

Con la poco envidiable habilidad, que nadie le disputa, de pintar lo blanco negro y lo negro blanco, para asentar en definitiva que blanco y negro son una misma cosa; hasta simpático y poético inclusive, hubiese presentado á nuestros ojos al hijo del minero, ó campesino Huns, golpeado por este «cuando—en frase de Castelar—hacia alguna barrabasada ó perpetraba algun hurtillo.»

Hubiera dicho, por ejemplo (y Vds. perdonen el modo de señalar): «Lutero, aquel futuro bebedor de su predilecta cerveza de Einbeck y de otras espiritosas pócimas, sintió desde muy niño irresistible atractivo por el espumoso *de manzanas-vino,* por el prehistórico *Sagardoa,* por la incomparable cerveza basca! Su instintiva pasion por las manzanas, orígen del dulcísimo licor, le elevaba ya quizás, desde el alborear de su razon, en alas de su exuberante y rebosante espíritu divino, y en éxtasis proféticos á la contemplacion de todos los sonrosados matices de mejillas y manzanas que, descendiendo á través de los siglos y confundiéndose por afinidades pitagóricas desde la primera manzana paradisiaca cogida por la primera mujer, y desde las mejillas de Eva sonroseadas por la primera culpa, hasta los matices de las últimas manzanas por él mismo en los valles de Turingia cogidas, y los matices de las mejillas de su media naranja Catalina de Bora y los de las mejillas de sus dos hijas Isabel y Margarita, en temprana edad arrebatadas ¡oh! á la vida, como tempranas flores de manzano; se condensaban en síntesis suprema, simbolizando á un tiempo el génesis de todos los espíritus, el apocalipsis de la resurreccion de todas las carnes, las evoluciones cósmicas de todos los momentos his-

tóricos, y el flujo y reflujo de todas las ideas, de todos los sistemas, de todos los cultos, de todas las concupiscencias, de todas las antinomias, de todas las idiosincracias, de todos... los demonios, en sus pactos más ó ménos diabólicos y más ó ménos sinalagmáticos! Las manzanas, señores, como íbamos diciendo, las manzanas tenian el privilegio de atraer á Lutero, y como Lutero era de esas naturalezas que poseen «entendimientos rectilíneos,» cuando veia manzanas se iba derecho al bulto, se iba derecho á ellas, y por natural é irremediable impulso, en ellas hincaba con deliciosa fruicion los infantiles dientes. Así, pues, no culpeis, no, á Lutero, culpad en todo caso á las manzanas.»

Es verdad que Castelar no ha dicho esto, pero ha dicho otras cosas peores para hacer odiosos á Ignacio y á la Compañía de Jesus, é idealizar, en cuanto alcanza, á Lutero y su compañía de cómicos y danzantes evangélicos.

Sólo que no consigue lo uno ni lo otro; porque Castelar es esencialmente colorista, gran colorista si quereis, pero usa colores falsos: en vano acumula medias tintas, veladuras, toques de efecto sobre sus figuras predilectas, que son las más aborrecibles para todo español y católico; no logra entonarlas, y á poco de pintados esos deslumbradores cuadros *se le vuelven*. Y

ved por qué sus más floridos verjeles parecen retazos viejos de esa capa parda que se llama La Mancha, las espumosas aguas de sus mares se le ponen de color de tinta, el azul de sus cielos de color de chocolate, y sus sonrosadas encarnaciones resultan de color de zanahorias.

¡Qué perversidad! exclama Castelar ante una hipotética travesura del niño Ignacio. ¡Qué delicia! murmura embelesado ante el ex-fraile apóstata, ante el brutal Lutero, porque escribe á su hijito Juan cartas muy maternales é infantiles.

«Pintábale con los más vivos colores un jardin delicioso y lleno de pequeñuelos que, vestidos con trajes »de oro, cogen de las cargadas ramas cerezas, ciruelas, »pomas, cantando y saltando, caballeros en potrillos »enjaezados con bridas de pedrería y gualdrapas de »plata... decíale á su hijo que le llevaría allí para que »comiese buenas manzanas y jugara con sus compañeros y subiera en los caballitos, á condicion de ser »bueno.»

¡Qué remonin resulta Martin! ¿verdad?

Pues sin embargo no me enternezco, porque á ese cuadro le faltan ciertos detalles de arte retrospectivo. Es á saber: Lutero cuelga sus hábitos y queda naturalmente en mangas de camisa; toma el *rorro* en sus brazos, y éste,

naturalmente hace una de las suyas, y Lutero recuerda aquello del otro marido desilusionado que en situacion análoga,

torciendo el gesto
Exclamaba amostazado:
¡Ay amor! ¡cómo me has puesto!

Tampoco me conmueve la poética narracion que hace Castelar de la estancia del heresiarca en el castillo de Wartburgo, «el Patmos de la Revolucion, especie de volcan de ideas ó de tribuna ciclopea.»

¡Volcan de ideas! ¿Por qué no cita Castelar las cartas que desde Wartburgo escribia Lutero á su *digno* amigo Melanchton? En una le dice: «Peca en grande y no temas, con tal que tu fe sea más grande que tu pecado;» y en otra: «No puedo de ningun modo orar ni gemir; los incendios de la carne me abrasan, de esta carne que se rebela en mí cuando debiera triunfar el espíritu; la pereza, el sueño, la molicie, la lujuria, todas las pasiones me asedian.»

¡Bonito «volcan de ideas,» bonita «tribuna ciclopea!» En la cual este cíclope de dos ojos, despues que se le pasó el miedo de Worms, se entretenia, como él lo declara, en disputar con el mismísimo demonio en persona, para darle siempre la razon al demonio.

¡La verdad es que Lutero, despues de la Die-

ta de Worms se dejó robar como cualquier mujerzuela por el elector Federico de Sajonia, y se dejó esconder en aquel nido de águilas ó de aguiluchos, porque al verle los bigotes á Cárlos V le entró una medrana atroz!

Así que si tuviéramos confianza para tutear á nuestro pseudo historiador, le cantariamos por lo bajo:

No me vengas con belenes,
Que me pones la cabeza
Como molino que muele.

No me vengas con «pajarillos que dejan huérfanos los nidos, y con violetas que mueren á vista de Lutero que

«se deja llevar del rayo plateado de la luna, del ala jaspeada de la mariposa, del aroma embriagador de las »flores, como cualquiera de esas jóvenes almas á quienes afligen las dulces tristezas y las infinitas nostalgias »del amor.»

Ya no hay chico de escuela que no sepa qué *jóven alma* tuvo Lutero. ¡Si al ménos hubiera tenido alma de cántaro! Pero no; ¡tuvo alma atravesada... mal alma!

Lutero—segun asegura el mismo Castelar en uno de los infinitos accesos de la nostalgia de contradicciones que padece—Lutero es aquel brutal carnícero que

«se arremanga los brazos como el verdugo que va á ofi»ciar en su terrible ministerio; se dirige al trono Pon-

»tificio, coge por el cuello á los Papas, y los inmola sin »misericordia.»

Es el soez y tabernario polemista que por todo argumento en su defensa y, con perdon de sus narices de Vds., segun dice pulcramente Castelar,

«á sus demás contradictores les echaba el barro de sus »sandalias, á Enrique VIII le echó el excremento de su »vientre.»

Pues observen á ese mismo repugnante engendro en la floresta de Wartburgo, y agárrense bien, no se vayan Vds. á desmayar de puro sentimiento.

«Observa paseándose una tarde entre arbustos, que »los pajarillos en celo asustados de sus pisadas, dejan »huérfanos los nidos; y se detiene con el corazon lacera»do de dolor, con los ojos arrasados de lágrimas, con la »voz trémula y suplicante á pedirles que no huyan, que »tengan confianza en él, como él á su vez la tiene en »Dios.»

¿No? ¿no lloras, caro lector? pues

Ó no tienes corazon
Ó será de bronce ó peña.

Pues y ¿aquello de las violetas y el corifeo del Protestantismo? ¡vamos! ¡aquello es irresistible!

«El gran cautivo tenia por compañeras de su cautive»rio unas probres violetas, crecidas en tosca macetilla; y

»como las pusiera en la reja de su habitacion, una ráfa-
»ga de cierzo estuvo á punto de helarlas. Y coge la yer-
»ta maceta *(¡yerta!)* y se la lleva al seno (!) como para
»abrigarla en el calor de su propia vida (!!) y el cariño
»de su propio pecho (!!!)... Pero una, ó más tierna ó más
»desgraciada *(¡ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!)* in-
»clina la corola y muere; y aquel hombre que no ha
»temblado en presencia de todas las potestades del mun-
»do, se aflige, se estremece, se desespera y llora como
»si enterrase *(¿en la maceta?)* un pedazo de corazon, una
»hija de sus entrañas.»

¡Modelo acabado del género tonto, que es el peor de todos los géneros.

¿Se trata, por el contrario, de Ignacio? Pues manos á la obra: venga cieno, venga hiel, y todo revuelto con hollin de chimeneas y con otros ingredientes, sirva para embadurnar su historia.

Ignacio fué durante toda su vida agradecidísimo á cuantos le hicieron el menor bien, y hasta en grado heróico benéfico para los que pretendieron hacerle mucho mal.

Los testimonios de estas verdades son innumerables y abrumadores: sin decir nada de la gratitud que manifestó Ignacio á los Padres Cartujos de Colonia por las limosnas con que le favorecieron á los principios de la Compañía; sin mencionar estos mismos sentimientos para con el rey D. Juan el III, expresados con obras

inequívocas y de palabra en tantas de sus hermosas cartas; sin citar su agradecimiento profundo hácia bienhechoras como doña Leonor Mascareñas y bienhechores como el virey D. Juan de Vega; bástenos recordar, como dice un historiador, el P. Fluviá, que «á la Casa de los señores Amigants siempre la respetó mucho, nombrándola con expresion catalana su Casa *Payral*, para declarar que era como la de sus padres, por haberlo sido con los buenos oficios que le hizo todo el tiempo que estuvo en Manresa; á Isabel Roses, que tambien á los principios le socorrió, llamaba *su Señora, Madre y Hermana;* no hablaba con ménos estima de los modestos y caritativos Inés Pascual y su hijo Juan, á quien agradeció lo mucho que le debia, dándole una de las prendas que más amaba, que era un devoto crucifijo, profetizándole su salvacion, y aun viniendo desde el cielo á asegurársela con una maravillosa aparicion, á tiempo en que se hallaba en un grande trabajo; á un devoto clérigo que en Manresa estando enfermo le traia la comida, no teniendo otra cosa con que agradecérselo, al salir de aquella ciudad le regaló el *Oficio Parvo* de la Vírgen, y á Mencía de Benavente, su antigua bienhechora en Alcalá, que habia pasado de muy rica á gran pobreza, mandó socorrerla y sustentarla á cuenta del Colegio de

aquella ciudad, sin embargo de estar entónces en sus principios y muy alcanzado.»

Cien y cien testimonios semejantes de la gratitud de Ignacio pueden verse en cuantas obras serias tratan de él y de su Compañía; pero á Castelar le importa todo esto un ardite, y en su libelo infamatorio de un sólo brochazo pone á Ignacio de ingrato que no hay por dónde cogerlo.

> «Estos hombres predestinados á grandes fines histó»ricos, y que sienten una vocacion cuasi divina, y que »creen tener un ministerio cuasi providencial en la tier»ra, toman por norma de sus acciones la ingratitud »más negra.»

¿Cómo se prueba esto en Ignacio? Pues *asina:* Ignacio que recibió aquí y allá, de estos y de los otros, limosnas y favores, se fué de aquí y de allá sin decir oste ni moste, y sin comunicar á estos ni á los otros sus planes y proyectos... Luego, Ignacio, «tomó por norma de sus acciones la ingratitud más negra.»

¿No es verdad que aquí como en otras partes se le ocurre á cualquiera aquel diálogo del gitano y el confesor:

—Acúsome, Padre, que he robao un ronsal.

—¿Un... qué?

—¡Una soguiya!

—¿Poca cosa, eh? Adelante.

—Es que á la soguiya estaba atáa una mula.

—¡Esa sí que es más negra!

—No, la más negra es la que venia detrás.

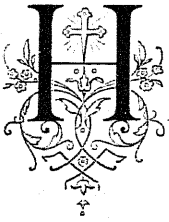
En esta recua de... cosas que van pasando por delante, siempre la más negra es la que viene detrás.

XV

MÁS NEGRAS

Die sonne tönt nach alter weise.

(Adagio aleman.)



AY hombres que siempre, siempre suenan lo mismo, siempre suenan á hueco: seria temeridad pensar que nuestro D. Emilio pertenece á esta clase de hombres que, ¡cosa singular! si suenan á hueco, es porque están muy llenos de sí; pero decir de él lo que dice del sol el intraducible adagio aleman, decir que este sol de la elocuencia siempre suena (ó resplandece) segun su antigua usanza, es decir, ennegreciéndolo todo más y más, á medida que lo que ilumina es más y más hermoso; eso seria hacerle todavía mucho favor.

Sí, dé gracias á que le llamamos sol, y no le llamamos negra araña de esa enredada tela que se llama historia, imitando una archigongorina frase suya, puesta en boca de uno de sus personajes de novela, á quien le parecia «¡el mismo sol una araña negra enredada de patas en esa empolvada telaraña que se denomina cielo!»

¡Es tan fácil enredarse metiéndose de patitas en ciertas historias! Y eso de escribir la historia con piés forzados, es muy expuesto al ridículo.

Véase si no:

Ignacio era groseramente materialista, y al mismo tiempo maravillosamente idealista.

Para convencerse de ello, no hay más que verlo en Jerusalen.

«De seguro con ese materialismo á que le inclinaban »tanto su complexion natural como su complexion inte»lectual, Ignacio veia de veras y tocaba casi con sus »manos la Pasion de Cristo... el Santo creia en el mi»lagro, y creia más; que las oraciones del hombre, im»portunando si se quiere á Dios, podian obligarle á »efectuar cualquier prodigio. No sólo su temperamen»to, sino su educacion tambien, le llevaban á estos »idealismos.»

Pero á pesar de sus idealismos

«no se le aparecia el mundo cual se le aparecia en »sus éxtasis á Francisco de Asis, como una especie »de poema sinfónico, en que los gorjeos de las aves se »mezclaban con las estancias de los poetas, las estancias

»de los poetas con los cánticos de las iglesias, los cán-
»ticos de las iglesias con las parábolas de los mundos,
»formando todo, desde la fragancia del valle hasta la
»luz del cielo, un hosanna perenne é inmortal. A los
»ojos de Ignacio el mundo se aparece como un vasto
»campo de batalla.»

Lo mismo opinaba Job cuando decia que la vida del hombre sobre la tierra era un combate perpétuo; y hasta el propio San Francisco de Asís, que tanto entusiasma á Castelar, ha dicho: «Para nosotros el tiempo de la lucha es el tiempo de la vida.»

Eso de que el mundo es un poema sinfónico, es... música celestial.

Pero quizás porque Ignacio, muy aficionado por otra parte á la música, no admitia en la vida real semejantes *poemas sinfónicos*,

»su doctrina ortodoxa frisaba con el pesimismo de los
»más extraviados pensadores modernos.»

He ahí á San Ignacio rozándose con los más extraviados pesimistas. ¿Cómo así? ¡Ah!

«Acostumbrado á contemplar el cielo, en cuya con-
»templacion se recreaba muy á menudo y muy despa-
»cio, sentia en su interior á tan hermosa vista, pensa-
»mientos *(sentir pensamientos)* por los cuales frisaba
»su doctrina ortodoxa con el pesimismo de los más
»extraviados pensadores modernos. Cuando fijaba los
»ojos en nuestro hemisferio por la callada noche, y veia
»pasar los fugaces aerolitos como rápidas abejas
»áureas; lucir los amarillos y rojos planetas, seguidos

»de sus satélites; platear las estrellas de las constela-
»ciones formando como dibujos de misteriosos jero-
»glíficos; extender por lo infinito la Via-láctea, ese gran
»semillero de mundos, como espesas nubes de cerúleo
»éter; entrevia más allá de todas estas grandes cosas,
»las eternas y divinas, los grupos de ángeles, las jerar-
»quías de serafines, las legiones de mártires, los coros
»de vírgenes, la divinidad misma en sus tres Personas,
»y sentia tal menosprecio por todo lo criado, que con-
»sideraba el planeta como un monton de asqueroso
»estiércol.»

Ni San Pablo es pesimista cuando les dice á los Filipenses (¡no á los del Oratorio de San Felipe, cuidado!) que todo lo mira como estiércol con tal de ganar á Cristo «omnia arbitror ut *stercora* ut Christum lucrifaciam;» ni al hacer esta misma comparacion era pesimista ni cosa parecida San Ignacio, sino águila nobilísima que se perdia como la de Patmos en los senos de la divinidad; ni somos pesimistas nosotros por admitir que en este *asqueroso estiércol* hay escarabajos que hablan, escarabajos que escriben, y á quienes aplaude un innumerable coro de escarabajos.

Pero una de las cosas que más nos escarabajean es la bolita que Castelar arroja á la obediencia de Ignacio. La virtud sublime de la obediencia tal cual la enseña la Iglesia y la practican los Santos, es la virtud

característica del gran Loyola y de sus hijos.

Pues á este propósito veamos la arlequinesca caricatura que sale del tintero de Castelar. Todos sabemos cómo aunque al pronto se resistia Ignacio á volver á Europa dejando los Santos Lugares, cedió por fin cuando el Provincial de los Franciscanos de Tierra Santa le intimó con buenos modos su voluntad de que volviese; pues para obligarle á tomar tal resolucion estaba facultado dicho Religioso por Bulas Apostólicas de la Santa Sede.

Véase ahora todo esto en el género bufo con sus puntas y ribetes de bellaquería:

«El Prior empezó á disuadirle por medio de consejos, é Ignacio insistió en cerrar los oidos á todo género de advertencia que no tuviese el carácter de divina... Pero quedaba un resorte al cual siempre obedecia, el resorte de la autoridad; y quedaba un incontestado afecto, en el cual insistia siempre con todo su ánimo, la sujecion servil, fatal, mecánica, incontrastable á la autoridad religiosa. Creia perdido el mundo por la rebelion *(y creia muy bien)* y deseaba salvarlo por la obediencia. *(Pero segun Cristo, y no la servil, fatal y mecánica...)* extrajo el Prior su postrer medio y recurso del seno de sus facultades religiosas, y notificóle cómo tenia facultad de la Sede Apostólica para enviar de allí los que le pareciese y excomulgarlos si no le obedecian. Oir esto Ignacio y quedarse como petrificado, fué todo obra y hechura de un minuto... Abriéronsele las carnes, agitáronsele los nervios, cegó su vista, saltó en el pecho su fuerte corazon, y cayendo ante aquel Prior de hinojos, díjole que dispusiese de su voluntad, como podia disponer el sepulturero de su cadáver.»

Delante de este cadáver Castelar sale de sí, se encorajina y grita:

—«¡La obediencia, la obediencia siempre... la obe»diencia ciega, fatal, irremisible, completa, eterna! ¡he »ahí la doctrina de Ignacio, cuando en el mundo moder»no se formaba y surgia la libertad del pensamiento y »de la conciencia!»

—Vamos, cálmese, cálmese V.

—«¡Obedecer, ley general de los seres materiales y »de los animales inferiores!»

—¡Ya escampa! Buen modo de llamar animales á Ignacio y á sus hijos.

—«La criatura superior obedece á leyes morales é in»telectuales con voluntad propia y por albedrío íntimo.»

—Vamos, sosiéguese V. ¿Y acaso Ignacio y sus hijos no son *criaturas superiores?* Créalo V., si obedecen, es porque les sale de adentro, porque les da la real gana... ¡Pero vuelve el acceso!

—«Someter desde la cuna hasta el sepulcro un hom»bre á extraño poder que él no haya designado y elegi»do, someterlo á doctrina que él no haya examinado y »comprendido ¡ah! equivale á destronarlo de su alta es»tirpe y sumirlo en las regiones donde reina la fatali»dad, ó cuando más el instinto!»

—Supongo que V. no llamará *extraño poder* á Dios, á quien todos debemos obedecer y á quien no podemos *designar ni elegir,* porque

existia con todas sus atribuciones bastante ántes de nacer nosotros. Si en algunos se verifica lo que V. dice, no es en los hijos de la Iglesia ni en los hijos de la Compañía de Jesus, sino en los imitadores de Lucifer é hijos de ese maldito padre, en los *albañiles* constructores de la Babilonia actual llamados vulgarmente masones.

De esto puede ser que sepa V. algo más que yo, puesto que en 1884 (segun lo han publicado los periódicos apoyados en el testimonio de un tal D. Juan Vellez Vicen, maestro interino de la masonería simbólica), un tal D. Emilio Castelar obtuvo 605 votos para Gran Maestre de la Masonería simbólica española. Pero... V. ni me oye ni atiende á razones.

—«¡Para que no peque (el hombre) despojarlo de la »voluntad! ¡para que no yerre despojarlo de la razon! »¡oh error de los errores!»

—En caso de ser factible tal despojo, no habria tal error. Evidentemente el que no tenga voluntad no peca, y el que no tenga razon no yerra. Por eso V. peca, porque tiene, segun las señas, bastante mala voluntad; por más que á veces dudo si V. yerra, porque tiene las más de las veces poquísima razon.

—«Todas esas doctrinas contrarias á la naturaleza hu»mana... destruyendo la libertad, destruyen al mismo »tiempo la moral... matan quizás la posibilidad del

»error y de la herejía, pero tambien la posibilidad del »pensamiento y de sus progresos.»

—¡Aprieta, manco!—¡Destruir la libertad y la moral, y matar el pensamiento! ¡Pues vamos á estar divertidos! ¡Pícaros jesuitas! Ahora me explico yo que anden tan mal las cosas, y que todos estemos á oscuras.

Lo que me maravilla, sin embargo, es que todo eso lo llevan á cabo esos cadáveres que á V. le ponen convulso; porque V. dice, y dice muy bien de ellos:

«Los cadáveres no discuten, los cadáveres no hablan, »los cadáveres no juzgan, los cadáveres no piensan, los »cadáveres no andan; caen sobre su madre la tierra, y »allí se quedan frios y rígidos en el eterno suelo y en »el eterno silencio, obedientes como la cal á que pertenece su esqueleto.»

¿Cómo se las arreglará Castelar cuando en las pesadillas que pasará soñando despierto se le presenten el sesudo é irresistible polemista Belarmino, el eximio Suarez, el atrevido Vazquez, el luminosísimo y clarísimo Toledo, los modernos Franzelin, y Urráburu, y Taparelli, y Mendive, y Palmieri, y Mazzella, y cien y cien otros pensadores profundos, razonadores universalísimos y discutidores incansables?

Sin duda que exclamará contrariado: ¡Chis, silencio! ¿Cómo se entiende? *¡los cadáveres no*

piensan, los cadáveres no juzgan, los cadáveres no discuten! Resonará en sus oidos la elocuentísima palabra de un Bourdaloue, de un Texier, de un Vieira, de un Séñeri, de un P. Florencia, de un P. Félix y de tantos otros, y gritará: ¡chiton! *¡los cadáveres no hablan!*

Y al ver en todos los países, en todas las latitudes del planeta las hermosas huellas de tantos miles de imitadores y hermanos de Javier, de Claver, de Britto; al verlos hoy mismo discurrir por Europa, cruzar los mares, recorrer las Américas, evangelizar las Filipinas, penetrar hasta el interior del Africa; en el colmo de la indignacion no podrá ménos de decir: ¡Eh, todos quietos, nadie se mueva! *¡los cadáveres no andan!*

Inútil pretension que sólo merece risa, y en este caso la risa que segun el poeta Verlaise es «la propia de estos tiempos cadavéricos,» «la risa ó mueca de las calaveras.»

¿Qué le hemos de hacer si la escoba no quiere barrer?

¿Qué le hemos de hacer, Sr. Castelar, si estos muertos no se quieren morir?

Porque no hay que darle vueltas, Sr. Castelar:

> Los muertos que vois matais
> Gozan de buena salud,

y de buen humor, á Dios gracias.

XVI

ZURCIDOS

De el zurcido con pieza.

Se cose comunmente este zurcido por el derecho, porque sino seria difícil coger siempre el borde del agujero por el revés; á pesar de que esto es contrario á las reglas de los zurcidos, que se hacen siempre del revés.

(Del arte de hacer zurcidos.)

URCIDOS: ó de cómo media vuelta á la izquierda es lo mismo que media vuelta á la derecha, sólo que es todo lo contrario.

Así deberia comenzar este capítulo, y probarlo con cuantos testimonios aduce Castelar para inspirar invencible aversion á San Ignacio, y á cuanto con San Ignacio se relaciona.

Mas estos testimonios son tantos, que nos vemos obligados á no coger más que algunos al azar, como muestra de su manera de zurcir.

ZURCIDO PRIMERO

Ocurriósele á San Ignacio «lo que no se le ocurrió jamás á D. Quijote, fingirse un Sancho, y echárselas de bruto y de bellaco.»

Con estos pulcros términos coge la aguja Castelar y pespuntea un hecho admirable de San Ignacio, rayano con lo más sublime y heróico que se celebra de otros Santos.

De vuelta de Jerusalen atraviesa Ignacio la Lombardía, cubierta de destacamentos de españoles y franceses, entre los que ardia la más encarnizada guerra. Tropieza con un cuerpo de infantería española, y algunos centinelas observando el extraño traje del peregrino, y al mismo tiempo cierto sello de nobleza que no podia bien disimular en sus ademanes y en los inteligentes rasgos de su fisonomía, toman á Ignacio por un expía del campo francés, y le prenden. Despójanle al registrarle de sus pobres andrajos, hasta no dejarle más que el jubon y los zaragüelles; y así, casi desnudo, llevan al supuesto expía á través de tres largas calles, expuesto al ludibrio y

á los baldones de la plebe y de la soldadesca: aquellos soldados españoles, alegres por la presa, pero despechados por no encontrar ni rastro de expionaje, le conducen entre empellones, y golpes y burlas á la presencia del capitan de aquel destacamento. ¡Tambien Jesus—pensaba Ignacio—fué por mi amor llevado así y más cruelmente de Anás á Caifás, de Caifás á Pilatos, de Pilatos á Herodes, de Herodes otra vez á Pilatos! ¡y el pundonoroso caballero español se resolvió á sufrir por amor de Jesus, sin desplegar sus labios, cuanto le quisieran hacer sufrir antiguos compañeros, soldados españoles! En el interrogatorio, por no dar justa causa de enojo, solamente contesta á la deshonrosa acusacion de expionaje; y contesta con calma y con el acento de la verdad, que él no es expía. Pero nada más. Una palabra tan sólo en aquella ocasion, y se ve libre de afrentas y áun colmado de honores. Que diga tan sólo su nombre, que es Ignacio de Loyola, el defensor de Pamplona, á quien pocos años ántes sus mismos enemigos, los franceses, habian admirado por su bravura. Que diga esto Ignacio, y aquella tormenta de injurias y de golpes, que se le viene encima, se disipará cambiándose en murmullos de admiracion y respeto y en vítores de entusiasmo. Pero Ignacio no dirá su nombre, Ignacio callará. ¡Mas su si-

lencio les va á confirmar en sus sospechas! ¿Qué importa? Tambien Jesus callaba mientras le denostaban y maltrataban sin pruebas: *Iesus autem tacebat.*

¿Pero le tendrán, finalmente, por un mentecato, por un loco? ¿Qué importa? Tambien á Jesus en el palacio de Herodes le tuvieron por loco y se burlaban de él, *et illudebant eum.* Y por loco tuvieron á Ignacio. El capitan reprende ásperamente á los soldados por haber traido á su presencia á un loco, y una vez léjos de la vista de su jefe, la soldadesca soez descarga sobre Ignacio el enojo de la reprension recibida y el despecho de haber sido engañada; y cubriéndole de insultos y de golpes, arrójanle de los reales.

La horrible, la sobrehumana violencia que tuvo que hacerse Ignacio en esta ocasion para no atender á la voz de su honra, á la voz de su sangre, á la voz de su no extinguido valor, capaz aún de arremeter contra todos aquellos soldados juntos, para no atender más que á la voz de Dios, que le exigia entónces aquel inmenso sacrificio, para no atender más que á la divina imágen de Jesus afrentado y abofeteado por su amor, no la puede ni entender siquiera quien por creencias, por educacion y por temperamento está á infinita distancia de Ignacio.

No extrañemos, pues, que en vez de interesarle á Castelar aquel sublime mendigo que se llamaba Ignacio de Loyola, le describa odiosa y grotescamente con

«la piel tan tostada que parecia pergamino, los huesos tan salientes que podian contársele uno á uno como en disecado esqueleto, la barba luenga y enmarañada, la cabellera insurta (sic) y esparcida por la espalda, secos los labios, ardientes los ojos y crecidas las uñas á guisa de rapaz ave; con tal indiferencia y estoicismo, que parecia fantástico ser y no humana criatura.»

No extrañemos que añada:

«Entre tantas virtudes no lucia la franqueza, no; ántes bien hallábase inclinado y propenso al disimulo y al engaño.»

Los miopes en la virtud y religion de Cristo no ven más allá. ¡Infeliz! Por eso lo confiesa de plano.

«No se comprende ni explica la razon de callar tan sigilosamente su nombre, su familia, su patria.»

Lo que no se comprende es que Castelar haya leido la razon ó razones espirituales que tuvo para esto, y se las calle; á no ser que sea de aquellos que viendo no ven, y oyendo no oyen.

Pero hemos dicho mal; no se las calla, ya las

indica, pero, sin duda, para él no son razones. Prueba al canto.

«Su biógrafo, con esa brutal claridad de los escritores monásticos *(ya lo saben Vds., nota característica de los escritores monásticos: la claridad brutal)* llama coces á los pisoteos *(así los llamaban nuestros escritores del siglo de oro, y así se llaman todavía esas y otras cosas semejantes)* y pone de bestias á los soldados. *(El biógrafo á que V. alude no les llama así. Pero aunque así fuera, ¿me quiere V. decir cómo llamaría V. á los que hicieran con V. otro tanto? ¡O por ventura será V. capaz todavía de defender á los soldados y ponerse de su parte en contra de Ignacio! ¡Tendría que ver que así como la emprende V. contra él con la pluma, la emprendiera V. también con los piés!)*

Por fin, el estilo de Castelar, que está tan léjos de la *brutal claridad de los escritores monásticos*, como léjos está el estilista del *disimulo y el engaño* á que propendia Ignacio, campea en todo su esplendor en esta última puntada que da en este primer zurcido:

»Ignacio, magullado, maltrecho, destilando sangre, pateado, dolorido, injuriado y escupido, no hace más que acordarse de Herodes, de Pilato, de Judas *(sí; sin duda para encomendarse á ellos)*, del Pretorio, de los soldados romanos, de Caifás y Barrabás. *(¡Vaya una gentecita!)*

No, aquí no valen *disimulos* y *engaños:* de quien se acordaba era de Jesucristo, y nada más que de Jesucristo. Ya sé que V. lo

dice despues; pero, ¿por qué no lo dice V. ántes?

»No hace más que acordarse... de las afrentas, y escarnios y heridas del Salvador, por quien pasaba gustoso todas aquellas aflicciones, remedo de su divina »Pasion.»

¡Y V. buscaba la razon de callar! Pues esa es la razon. Lo cual no es ciertamente *fingirse un Sancho y echárselas de bruto y de bellaco.*

ZURCIDO SEGUNDO

Ignacio se hace niño en Barcelona á los treinta y tres años de edad, empezando á estudiar rudimentos de gramática entre los niños. Esto es tan grande, que hasta Castelar se entusiasma.

»A decir verdad *(¡vamos! gracias á Dios que alguna vez...)* A decir verdad, no realizó esta empresa inverosímil sin grandes y repetidos esfuerzos, que bien »pudiéramos llamar heróicos y milagrosos combates. »Apénas replegaba las amplias alas de sus ideas para »reducirlas á cosa tan estrecha como los problemas gramaticales, surgia de suyo cualquier meditacion que le »trasportaba trasfigurado á las más altas cimas de lo »ideal, muy léjos por ende, muy léjos de sus prosáicos »estudios.»

Pero ¿qué propósito era el suyo? Castelar lo dice: «Un desvariado propósito.» Y llevado de

sus hereticales aficioncillas y heretical entusiasmo, exclama:

«¡Combatir con aquellos titanes de la Reforma!... »¡Luchar el pobre hidalgo de gotera, soldado de aficion, »capitan de imperiales tercios, apénas leido en alguna »que otra vida más ó ménos falsa de santos litúrgicos y »de caballeros andantes; luchar con Lutero, criado en »sabio monasterio y catedrático de recien fundada Uni»versidad; con Melanchton, la teología hecha hombre »*(¿y por qué no hecha carne?)*; con Erasmo, el repre»sentante *(ó farsante)* de las humanas letras; con Cal»vino, el comentador de las letras divinas *(y á quien pu»sieron un buen comentario con un hierro candente »en la espalda)*. ¡Cuán desvariado propósito! *(¡Cuán »variados despropósitos!)*

Mirado este zurcido del revés, se ve lo burdo de la trama y las puntadas; pues áun suponiendo que los tales *titanes de la Reforma* fueran tales titanes ó gigantes y no molinos de viento, todavía seria admirable la empresa de Ignacio, y demostraria un corazon muy semejante al del pastorcillo David, saliendo con una honda y cinco piedras al encuentro de aquella torre de carne, como llama el Crisóstomo al gigante Goliat.

ZURCIDO TERCERO

Ignacio hacia depender la salvacion de cosas materiales. He aquí el zurcido:

«Para ver de qué cosas tan materiales hacia depender »la salvacion de las almas, no hay sino considerar que

BIBLIOTECA 5.ª Granada DE ANDALUCIA

»atrajo al conocimiento y amor perfecto de Jesucristo á »un doctor hereje, no por haberle predicado con la pa»labra y persuadido con el ejemplo; por haberle gana»do una increible apuesta en un juego de trucos.»

Ya saben, pues, el específico los misioneros y predicadores: déjense de predicar y dar buen ejemplo, dénse al juego de trucos, y las almas se convertirán que será una bendicion de Dios. Es probado.

Y ahora, pasando de las burlas á las veras, léase lo que acerca de tal hecho dice Rivadeneira:

«En París habia un doctor teólogo *(¿de dónde habrá sacado Castelar que era un doctor hereje?)* al cual deseó mucho nuestro venerable Padre ganar y traerle al conocimiento y amor perfecto de Jesucristo; y habiendo tomado para ello muchos medios sin provecho ninguno *(con que ántes tomó muchos medios)* fué un dia á visitarle á su casa con un compañero que contó lo que aquí escribo. Halló al doctor pasando tiempo y jugando al juego de los trucos, el cual como vió al Padre, ó para excusar lo que hacia, ó para echarlo á palacio, comenzó á pedirle con mucha instancia que jugase con él, pues Dios le habia traido á tan buen tiempo; y como él se excusase y dijese que ni él sabia jugar, ni habia para qué tratar de ello, insistió más é importunóle con más ahinco el doctor, dicien-

do que no habia de ser otra cosa. Hízole tanta fuerza, que en fin, le dijo el Padre: «Yo jugaré, señor, con vos, y haré lo que me pedís; pero con una condicion, que juguemos de veras, y de manera que si vos me ganáredes, yo haga por treinta dias lo que vos quisiéredes, y si yo os ganare, vos hagais lo que yo os pidiere por otros tantos dias.»

«Plugo esto al doctor: comenzaron á jugar, y aunque nunca habia en los dias de su vida tomado en las manos aquellas bolillas ni jugado tal juego, comenzó el Padre á jugar como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa, sin dejar ganar una sola mano al doctor; al cual de rato en rato le decia el compañero: «Señor doctor, este no es Ignacio, sino el dedo de Dios, que obra en él para ganaros para sí.»

«En fin, perdió el doctor, y quedó ganado. Porque á ruegos de nuestro venerable Padre dió de mano á todos los otros cuidados y se recogió por unos treinta dias, é hizo los Ejercicios espirituales, con tan grande aprovechamiento y mudanza de su vida, que fué de grande admiracion para todos el verlo y el saber el modo que Dios nuestro Señor habia tomado para ganarle y traerle á aquel estado, comenzando de burlas, y haciendo que las burlas parasen en veras.»

Ya ve Castelar *de qué cosas tan materiales hacia depender la salvacion de las almas,* no Ignacio, no, ¡Dios Nuestro Señor!

Ya se ve el efecto que producirá en todo hombre de seso, el epifonema que pone á tal hecho Castelar:

«¡Ah! Este es desde luego el carácter de la doctrina »jesuítica, sí; carácter materialista y utilitario con fal»sos arreboles de místico.»

ZURRIDO CUARTO

La penitencia de Ignacio era á veces *extravagante*. Véase la clase.

«Para encarecer su caridad, refieren los biógrafos »autorizados y ortodoxos, que se metió dentro de bi»tuminosa laguna en las cercanías de Roma, con el fin »de hablar desde allí á un adúltero, el cual pasaba por »sus orillas todos los dias en demanda de su adulterio, »y requerirle á dejar sus pecados, requerimiento por »cierto con gran prontitud oido, pues se convirtió el »pecador á la vista de tan extravagante penitencia.»

A este narrador tan pasmosamente elocuente cuando quiere, y cuando defiende una mala causa, no se le ocurre más que llamar extravagante á esta accion sublime: en cambio dice que fué en una laguna, y no hubo tal laguna; que la laguna era bituminosa, y no hubo tal be-

tun; y que la laguna bituminosa y todo, estaba en las cercanías de Roma, siendo así que la corriente del Biévre, en que se sumergió hasta las espaldas Ignacio, estaba en las cercanías de París; al ménos que no disponga otra cosa el Sr. Castelar.

He aquí cómo narra el suceso el Marqués de Segur: y escogemos á un seglar, á un Marqués contemporáneo, para que no tema Castelar tropezarse con la *brutal claridad de los escritores monásticos.*

«Sabia Ignacio que su amigo debia pasar el Biévre por un puentecillo, para ir á donde era esperado. Ignacio se adelanta al pecador, se arroja medio desnudo en el agua helada, y permanece allí sumergido hasta las espaldas, pidiendo á Dios con lágrimas que aceptara aquel sufrimiento por la salvacion de su desventurado amigo. Llega éste, empieza á pasar el puente y se detiene al oir la voz de Ignacio que clama: «Anda, anda con riesgo de tu alma que tan cara costó á Jesucristo; anda allá á donde te lleva el enemigo infernal. Yo en tanto, yo tu amigo, permaneceré aquí para expiar tus criminales deleites; aquí espero tu vuelta, aquí me encontrarás mañana, aquí me encontrarás todos los dias, hasta que se digne Dios, ó dar la vida á tu alma ó dar la muerte á mi cuerpo.»

«Esta vez el infierno quedó vencido: el pecador deshecho en lágrimas se arrojó en los brazos del Santo, le abrigó y reanimó estrechándole contra su corazon, le juró que habia de vivir siempre como buen cristiano, y le cumplió su palabra. ¿Decidme vosotros los que dudais del corazon de los Santos, decidme si en los anales de la amistad humana habeis encontrado jamás un ejemplo semejante de ternura y heróico sacrificio?

Y decidme vosotros, diremos nosotros, decidme los que procedeis con buena fe en el estudio de la historia, si os podeis fiar de un hombre que desvirtúa rasgos tan hermosos en un Santo, y en cambio trata de idealizar personajes de quinto y sexto órden, sacados del revuelto monton de basura que han formado en todos tiempos los verdaderos herejes.

Un ejemplo: Ulrico Hutten. El convento fué

> «espacio demasiado estrecho para la expansion de un »alma tan grande. Hutten se dirigió á sus padres en de»manda de que le sacaran de aquel infierno.»

Resultado; que huyó á los diez y seis años de su monasterio de Fulda, y Castelar se entusiasma con el prófugo que

> «de un convento pasa á una Universidad, de una Uni»versidad á una mancebía, de una mancebía, donde ad-

»quiere males que no se pueden nombrar y que le ape»nan hasta la hora de su muerte, á...»

Y no vacila en concluir su apoteosis con una comparacion blasfema:

«En virtud de esta pasion terrible *(la de toda su vida)* »en que apura como nuestro Redentor todos los dolo»res humanos, representa el lado político de la revolu»cion religiosa, y trabaja como nadie por el principio »de los principios, por el elemento de los elementos, »por el bien de los bienes, por la libertad *(en las man»cebías)*. Nunca en ninguno de estos héroes de la Re»forma desaparece ni se oculta la pasion acaso más fuer»te que Dios ha puesto en ellos para moverlos á la ac»cion, nunca desaparece el odio inplacable á la Ciudad »Eterna. *(Es decir, á la Iglesia, á Dios:* ¡DIOS HA PUES»TO EN ELLOS *el odio á Dios! ¡Descubrimiento fin de »siglo!)*

Otro ejemplo: Rogers,

«viejo canónigo de la iglesia mayor londonense, con»vertido á la Reforma por grandes y soberanos impul»sos de su corazon y de su conciencia.»

Qué se ha de entender por impulsos, por corazon y por conciencia en este y semejantes casos, nos lo explica Castelar más abajo hablando del amor que este canónigo tenia á su *mujer* y á sus diez hijos.

Por último... ¡Ochino, Ochino! ¡Ah Ochino! ¿Y quién fué Ochino?

«El gran predicador italiano (que) representa en su pa»tria un ministerio idéntico al representado por Servet

»en España. Su poderosa palabra, sólo comparable á la »palabra de Savonarola, rompió los estrechos moldes »que contenian el protestantismo recien emancipado, »lanzándolo en los espacios infinitos del pensamiento li»bre y de la razon pura... el inmortal Ochino departia »sobre los problemas relativos á la esencia del Verbo y »á la salud del hombre, en diálogos dignos por su arte »y por su espíritu, de Platon y sus discípulos... predi»caba con tal fervor la virtud y la moral, que á duras »penas se le conocia el abstracto dogma en que libaba »tan sublimes ideas.»

Todo por no decir claro, como debiera decirlo, que Ochino lo que *rompió* no fué este ó el otro *molde*, sino su hábito de capuchino. Que Ochino sacó verdadero una vez más el dicho de Erasmo, de que las herejías concluyen como las comedias, porque todos se casan; y que Ochino llevando del brazo á su manceba, no podia ménos de predicar *con tal fervor la virtud y la moral, que á duras penas se le conocia el abstracto dogma en que libaba tan sublimes ideas.*

¡Practicar heróicos actos de caridad como lo hizo Ignacio para apartar al prójimo de pecados, será sin duda *extravagancia;* pero la preferimos á predicar *virtud* y *moral* un ex-fraile capuchino, llevando del brazo *el dogma* concreto de *sus sublimes ideas!*

Ese Ochino necesita el prefijo de una C, y

entónces al ménos servirá para aumentar el catálogo epicúreo, por aquello de Quevedo:

Que un hombre cuando es cochino
Pocas veces es persona.

ZURCIDO QUINTO

San Ignacio no tenia corazon. Es evidente. ¿Por qué? Porque no quiso intervenir en el matrimonio de una sobrina suya, señora de la Casa de Loyola.

¡Habráse visto cosa igual!

«Como si la familia fuera cosa vitanda *(¡vitanda!)* y »el hogar sitio inmundo *(¡inmundo!)* Ignacio contesta »con horror *(¡con horror y todo!)* á los Duques altí»simos que le proponen su intervencion.

»...De suerte que para Ignacio la sangre de sus venas, »el calor y el movimiento de su vida, la naturaleza de »su complexion, la herencia de sus abuelos y progenito»res, la estancia donde se asomara por primera vez á la »vida y recibiera la consagracion de las lágrimas de su »madre, todo esto, sagrado de suyo y cuasi divino, re»sultaba en el extravío mental de las alucinaciones mis»ticas, pecaminoso y abominable.»

¡El libro de V. sí que va resultando *pecaminoso* y *abominable!*

Y los más ciegos lo verán con sólo que traslademos aquí la carta de San Ignacio que V. sólo cita en parte, y que nosotros sólamente vamos á subrayar en algunos puntos, como la mejor

refutacion de esa calumnia levantada contra el corazon de San Ignacio. Pues es difícil en ménos líneas encerrar más cortesía, más cordura, más sencillez, más moderacion, más condescendencia, más gratitud, más alteza de miras, más santidad y más corazon. Dice así la carta:

«La suma gracia y amor eterno de Cristo »Nuestro Señor, salude y visite á V. S. con »sus sumos dones y gracias espirituales. Una »de V. S. de 21 de Febrero me dió ayer el se»ñor D. Juan de Guevara, y no me detendré en »excusar el descuido que en el escribir de mi »parte he usado, pues segun mi modo de proce»der y *de todos los que dejan el mundo por Cris»to Nuestro Señor,* es cuanto pueden olvidarse de »las cosas de la tierra, por más acordarse de las »del cielo; y tener tanta ménos cuenta con cum»plimientos humanos, cuanto más entera la de»ben tener con lo que toca al servicio divino. »*Pero si se hubiera ofrecido en que á gloria de »Dios Nuestro Señor servir á V. S., yo no hu»biera faltado* conforme á mi pobre profesion, »*de mostrar la aficion que yo debo á la persona »y casa de V. S. por los favores y amor con que »sus antepasados á ello me obligaron.* Y así, en »mis oraciones pobres, que es donde sólamente »se me ha ofrecido servir, he encomendado y

»encomendaré mediante la gracia divina, *la per-*
»*sona y todas las cosas de V. S.* á Dios Nues-
»tro Criador y Señor, cuya especial proteccion
»y gracia muy abundante deseo sienta siem-
»pre V. S. y toda su casa, á gloria de la su
»divina Majestad. Cuanto al negocio del ca-
»samiento de que V. S. me escribe, él es de tal
»calidad, y tan ajeno de mi profesion mínima,
»que yo tendria por cosa muy apartada de ella
»entremeterme en él; y es cierto que diez y
»once años han pasado que yo no he escrito á
»ninguno de la Casa de Loyola, haciendo cuen-
»ta que á ella, junto con todo el mundo, una vez
»la he dejado por Cristo y que no debo de tor-
»nar á tomarla por propia, por ninguna vía. Con
»esto, si V. S. juzga que será á mayor gloria di-
»vina que se haga este ayuntamiento destas dos
»casas y que á ella tornará bien para el fin que
»todos debemos desear, *paréceme convendria*
»*escribir al Señor de Azaeta y Martin García*
»*de Loyola, mis sobrinos, para que se viesen*
»*con V. S. y personalmente se tratase dello,*
»*porque en estos dos creo que está la cosa de*
»*aquélla parte, como al Sr. D. Juan le he ha-*
»*blado largo sobre todo.* Y así, no me queda
»otro que decir en esto sino remitirme á todo
»lo que bien parecerá á V. S. en el Señor Nues-
»tro, á quien suplico por su infinita y suma

»bondad á todos dé su gracia cumplida, para »que su santísima voluntad siempre sintamos »y aquella perfectamente cumplamos. De Ro»ma, 26 de Agosto de 1552.»

¿Encuentran Vds. en esta carta algo de *pecaminoso y abominable?* ¿Acaso al obrar así hizo otra cosa San Ignacio que seguir el ejemplo de todos los Santos, *de todos los que dejan el mundo por Cristo Nuestro Señor,* y más que todo el consejo y la enseñanza del mismo Cristo? ¿Hemos de llamar á Cristo y á sus Santos *pecaminosos y abominables?*

Pues sopena de renegar de Cristo y su Evangelio, hay que admitir las siguientes palabras del divino Maestro; y si no se entienden hay que asistir con los niños de la escuela á la explicacion del Catecismo:

«Si alguno de los que me siguen no aborrece *(ó no ama ménos que á mí)* á su padre y madre, y á la mujer y á los hijos, y á los hermanos y hermanas y áun á su vida misma, no puede ser mi discípulo.» (*Lúc.* XIV.)

«A otro... le dijo Jesus: Sígueme. Mas éste respondió: Señor, permíteme que vaya ántes y dé sepultura á mi padre.

«Replicóle Jesus: Deja tú á los muertos *(ó á los que no tienen fe)* el cuidado de sepultar á sus

muertos, pero tú *(que eres llamado de lo alto)* ve y anuncia el reino de Dios.

«Y otro le dijo: Yo te seguiré, Señor, pero primero déjame ir á despedirme de mi casa.

«Respondióle Jesus: Ninguno que despues de haber puesto su mano en el arado vuelve los ojos atrás, es apto para el reino de Dios.» (Lúc. X.)

No hay, pues, que enmendarle la plana á Dios, que sabe bastante más que todos los posibilistas juntos; no hay que escandalizarse hipócritamente exclamando:

> «Ninguna debilidad tan punible como el desamor á »los deudos; y ningun ejemplo tan funesto como el »desasimiento y despego de la familia.»

Tanto más, que le podremos citar, entre otros cien mil ejemplos, el de su San Francisco de Asís, tan predilecto de Castelar por lo que, segun él, tiene de estético, de plástico y hasta de demagógico.

El gran penitente y gran serafin de Asís tambien abandonó á su padre: recuérdese la escena habida en presencia del Obispo de Asís cuando el Santo se despojó hasta de sus vestidos para entregárselos á aquel Pedro Bernardone, tan poco semejante á su hijo. ¿Diremos por esto que San Francisco, aquel Santo todo corazon y todo amor, no tenia corazon?

Otro gran San Francisco, el gran Javier, ántes de ir á las Indias pasó muy cerca de su casa, en Navarra, y no quiso despedirse de su madre. ¡Luego Javier, el hombre todo ternura, y abnegacion, y heroismo y amor, no tenia corazon!

Sólo pensarlo es *pecaminoso y abominable*. Precisamente porque tenia mucho corazon, inmenso y amorosísimo corazon, y amaba entrañabilísimamente á su madre, no quiso despedirse de ella hasta la eternidad, no quiso destrozarle el corazon, ni destrozárselo con los apasionados abrazos del último adiós!

XVII

Á GRANDES RASGOS

En resúmen:
Esta cabeza es grande, extraordinaria, inmensa.

(R. Castels.—Castelar, segun la Frenología.)

CUANDO algunos escriben la historia á grandes rasgos, es desgarrador lo que sucede! La verdad queda hecha girones, cada palabra es un desgarron, cada frase un andrajo, y en su conjunto resulta una historia harapienta, un guiñapo que sólo puede cogerse con el gancho del trapero.

He aquí una manera de rasguear, que abarca media vida de Ignacio:

«La herida de Pamplona le mueve, los libros piadosos le inclinan, el Monasterio de Monserrat le exalta, »las penitencias de Manresa le fanatizan, la presencia en

»Jerusalen le enloquece; y llega subiendo los peldaños »de tan mística escala, como á convertirse por su idea- »lismo, en una especie de ser angélico, superior á las »necesidades humanas y compuesto del eter celestial: *»(Tome V. tila con unas gotitas de ese eter, y prosiga);* »mas luego la Inquisicion de Toledo, la cárcel de Al- »calá, el provisor de Salamanca, la pesada cadena de »su cautiverio, el redomado secuestro en el cenobio de »San Estéban, las afrentas del mundo, la prohibicion »de predicar á los fieles, el viaje á Francia, el comercio »con las gentes de Paris, el método de los estudios, el »esfuerzo de los trabajos le curan de la intuicion sobre- »natural, de las inspiraciones súbitas, de los éxtasis ó »deliquios, y le obligan á un pacto con el mundo. Así »explicará la historia, en definitiva, la doble naturaleza »mística y mundana del célebre jesuitismo.»

Así se puede explicar todo, hasta la cuadratura del círculo, sin tener que recurrir al ciudadano de Cacabelos, cantado por Breton de los Herreros.

Veamos ahora la otra media vida de Ignacio, ó sea la suma total:

«Manda (Ignacio) extraidos de su primer Apostolado, »legisladores al Concilio de Trento...»

Abramos un paréntesis.

«El Concilio de Trento, llamado para unir á las dos »ideas enemigas, Asamblea ecunémica, en cuya contro- »versia debió hallarse la sintésis luminosa entre la vieja »Iglesia y el nuevo cristianismo, *(Sí, entre la luz y las »tinieblas, entre Cristo y Belial)*, llegó por culpa de »los jesuitas á degenerar en triste Congreso de cortesa- »nos, que ungió con el óleo santo el más grave de todos »los errores y lo más abominable de todas las institu-

»ciones, el absolutismo eclesiástico. Sólo hubo allí una »cosa grande, una personalidad deslumbradora, el fun»dador de la Orden. *(Si bien el fundador de la Orden,* »*precisamente, no estuvo allí.)*

Prosigue el texto:

«Manda, extraidos de su primer Apostolado, legisla»dores al Concilio de Trento, misioneros á las empresas »de Indias; y hace del Pontificado helénico, que desper»tara la antigüedad y diera el viejo vino de la idea pa»gana en sus fiestas artísticas al hombre, un Pontificado »reaccionario, que contra todos los progresos humanos »se conjura: *(¡jura, jura y perjura!)* y atiza las guer»ras religiosas en Francia, Holanda, Flandes, Alemania, »Suiza *(¡atiza, atiza!)*, incendiando al orbe todo con »el fuego que devoraba su propio espíritu; y modela »un pueblo ya secular, como Portugal, á su propia se»mejanza é imágen; y funda una sociedad completa, »nueva, suya, en las selvas del Paraguay á las orillas de »inesplorados rios *(esto sí es verdad)*, y entra en el »corazon de la China para decir algo, así del dogma »como del mundo europeo á la inmovilidad oriental »*(esto tambien es verdad)*, y lucha con la razon libre, »con la conciencia emancipada, con las nuevas sociedа»des redimidas *(léase: con las herejías y los herejes; y* »*eso tambien es verdad)*, pero empleando tal esfuerzo, »que de haber sido posible remontar el curso de las »grandes ideas, y volver el espíritu humano transfi»gurado hácia los ideales de la Edad Media, consi»guiéralo él, y parara el movimiento universal en las »esferas sociales, con el poder incontrastable de su »voluntad y de su pensamiento. *(Esto, como no lo en»tiendo, no sé si es verdad).*

XVIII

ESPEJISMO HISTÓRICO

> Desengáñese el Sr. Castelar; pero por más prendados que estemos de su talento, en esta polémica sentimos tener que aplicarle aquel dicho de un hombre célebre: — «El señor es un disparatado; yo soy quien lo dice, y él es quien lo prueba.»
>
> *(Campoamor.)*

ASTELAR ha venido al mundo para ser Castelar.»

Despues de lanzarnos este apotegma, el frenólogo Castels se echaria de espaldas en una butaca, y se enjugaria el copioso sudor de su frente, producido por este supremo esfuerzo de su frenelógico talento.

Nosotros, hasta ahora, no hemos tenido que sudar tanto para probar evidentemente que Castelar ha sido siempre Castelar, y lleva, por

desgracia, trazas de no ser jamás otra cosa. Los fenómenos del espejismo se multiplican en torno suyo por donde quiera que vuelve los ojos en el campo de la historia, y como ve lo que no ha existido, con la mayor frescura nos dice que ha existido lo que ve.

¿Recuerdan mis lectores los gazapos históricos-castelarinos cazados por Ortí y Lara en *La Sofistería democrática*, las otras piezas puestas á buen cobro por Menendez Pelayo en *Los Heterodoxos*, la concienzuda y mesurada refutacion del Marqués de Pidal sobre *las citas históricas* y las *pulverizaciones* del gran orador Manterola y del gran polemista Gago?

Pues ahí tienen Vds. más de veinte años despues á mi hombre tan fresco, sin haber rectificado una sola palabra ni de aquellos ni de otros de sus infinitos errores.

¡Hoy como ayer, mañana como hoy
Y siempre igual!
¡Un *cosmos* gris, *una elocuencia eterna*,
Y *errar... errar!*

Hoy, como en la famosa Sesion del 12 de Abril del 69, el Sr. Castelar seria muy capaz de repetirnos, pero á propósito de San Ignacio: «Es una cosa bastante difícil el tratar con un catedrático que tiene ciertas nociones muy frescas.»

En efecto, es *bastante difícil* escoger entre tanta caza de gazapos como salen por todas partes, y apuntar diciendo: á este quiero, á este no quiero. ¡Hemos dejado que se nos escapen tantos, por no ser eternos! En cuanto á que las *nociones* son *frescas*... muy *frescas!* concedido: yo estoy resfriado desde que trato con Castelar! ¡Que esas *nociones* no sean, por su mala ventura, más que... *nociones,* pase! pero que esas *ciertas nociones* sean *ciertas,* eso sí que no puede pasar.

Hemos visto en algunos de los episodios, y en el conjunto del espíritu y vida de *su* Ignacio apócrifo, que Castelar sacrifica hasta lo más sagrado por el sibarítico placer de redondear musicalmente un período, y aun hemos visto otras cosas peores... ¡pero mucho peores!

Veamos ahora cómo el que maltrata á nuestro héroe en vida se ceba en él hasta en la hora de la muerte.

Un hombre que muere, un hombre muerto, siempre es respetable; y en Ignacio moribundo debiera Castelar respetar, sino al Santo, por lo ménos al hombre.

Mas los sentimientos de humanidad, los ¡oh melancólicos! los lirismos fúnebres, los reserva para ciertos ángeles que se remontan de la tier-

ra al cielo, dejando una estela de paz, y de luz y de amor á su paso por el planeta. Tales son, verbi gracia, Zuinglio ó Calvino. ¡Qué par de angelitos!

Zuinglio, el hereje, blasfemo, execrador de la Eucaristía y de la Santísima Vírgen, el ex-cura de Glaris, «demócrata, republicano federal con su Biblia en una mano y su alabarda en la otra,» se lanza en medio de la guerra civil por él suscitada en los cantones helvéticos, y muere allá en las cercanías de Cappel, como suelen morir algunos perros, de una pedrada.

«Los horrores engendrados por las pasiones de aquel »tiempo tenian tal intensidad, que no fué perdonado su »cadáver: (*tampoco en estos tiempos tan cultos se per»dona el cadáver de Ignacio*). Arrojáronle á una ho»guera en compañia de un cerdo, para que fuese in»mundo hasta el suplicio inferido á inanimados restos »por aquellas feroces hienas *(aquellas hienas eran los »católicos que usaron con gran moderacion de la vic»toria. No sabemos de dónde habrá sacado Castelar ese »cerdo: caso de haber habido alguno por allí, se lo hu»bieran comido los vencedores)*. Las cenizas de su cuer»po *(¿de cuál de los dos, el del cerdo ó el de Zuinglio?)* »Las cenizas de su cuerpo quizás quepan en el hueco »de la mano, pero las ideas de su alma no caben, no, »en el espacio de la tierra.»

¡Y qué ideas! Ya se ve ¿cómo no entusiasmarse un católico con aquel hereje que

«reducia las ideas más abstractas á vulgares prácticas »tangibles, para repartirlas entre el pueblo, vivia en la

»predicacion y en las oraciones, y moria, héroe en el »combate, hermana de la caridad en los hospitales, tri»buno en la plaza pública, sacerdote en el templo, re»velador en todas partes, como mueren los grandes »caracteres que varian y tuercen con el soplo de su »pensamiento, con la fuerza de su voluntad, la corrien»te de los tiempos; moria en la pelea por la verdad (!) »y en el seno purificador de un santo martirio (!;)»

Y Calvino ¿cómo murió?

«Murió en el mes de Mayo, á la hora de acabarse el »dia, mirando con sus ojos de carne los últimos arrebo»les del ocaso en la tierra, y con sus ojos espirituales »las primeras alboradas de la eternidad en el cielo.»

No quiere Castelar decir que Calvino murió abandonado, no sólo de Dios, sino hasta de los suyos en su propia Ginebra, quizás harto de Ginebra, porque hasta á los suyos era «antipático y alguna vez odioso;» y sólo añade para prolongar la nota melancólica y poner su pedacito de crespon sentimental sobre su huesa:

«Como solamente recibió algunos escudos miserables »para su manutencion y sustento en vida, solamente »recibió una cruz de palo para su sepultura en muerte. »Todo cuanto se halla de su entierro en los anales de »aquella ciudad, que hizo á su imágen y semejanza, es »la sencilla nota siguiente puesta en los registros del »Consistorio: «Calvino ha volado á Dios en este dia 27 »de Mayo de 1564.» Nadie lo creeria... *(Es verdad,* »*nadie que tenga fe creerá en esa subida á los cielos.)*

»Nadie lo creeria, pero la incuria de los siglos pasados »fué tan grande, que ¡oh! *(fué tan grande, que ¡oh!...* »*¡ay soledá, soledá!)* fué tan grande, que ¡oh! en aque»lla tierra modelada por su entendimiento y por su vo»luntad, no se sabe dónde reposan sus huesos. *(Ni* »*maldita la falta que hace.)*»

Ahora me saldrán con que yo tampoco respeto á los muertos, y es verdad: Castelar tiene la culpa. El mal ejemplo es tan contagioso, que ¡oh!... Véase, sin embargo, mi justificacion en ese último brochazo de almazarron con que pinta la muerte de San Ignacio, y cotégese con algo del relato del P. Rivadeneira que Castelar leyó ántes de escribir.

HABLA CASTELAR:

»Amaneció el dia 31 de Julio del año 1556; y á sus albores comenzó á sentir Ignacio las ansias precursoras de su trance último..... La cabeza caíasele atrás; y las extremidades se le enfriaban como si la calurosa vida animal degenerara en la helada inercia mineral. Apurados los circunstantes quisieron darle alguna sustancia ó caldo con que mantenerlo; y díjoles en balbucientes palabras cortadas por siniestros y roncos resuellos, cómo ya no era propia hora de semejante auxilio. Por fin, la vida se reconcentró en el rostro para lan-

HABLA RIVADENEIRA:

«Vuelven en amaneciendo y hállanle casi espirando; quiérenle dar un poco de sustancia, y dícenle: «Ya no es tiempo deso,» y levantadas las manos y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazon á Jesus, con un rostro sereno dió su alma á Dios, postrero dia de Julio de 1556, una hora despues de salido el sol.

»Hombre verdaderamente humilde y que hasta en aquella hora lo quiso ser, y acer-

zar su llamarada última. Enrojecióse la faz como suelen las nubes por los resplandores del ocaso heridas, enrojecerse; relampaguearon sus ojos, cual si estuviera metido en alguna gran batalla de Cristo con Belial; su pecho volvió á ser la candente fragua que lanzara pasiones caldeadas en los combates á cuerpo; alzáronse sus brazos al cielo como suelen alzarse los brazos de los náufragos á la hora de perderse y extinguirse inertes entre los remolinos del mar; y un estertor terrible, como que desgarró todo su cuerpo, al salirse para otras regiones aquel espíritu bravío de guerra y de lucha, llegado despues de haber esgrimido en titánicas empresas las armas y las ideas, como los genios apocalípticos sus espadas de fuego, al reposo y al silencio de la muerte. *(¿Debajo de qué mueble estaria escondido Castelar para ver todo esto!)*

»Aquel hombre que durante su vida proveyera con solicitud minuciosa en sus ejercicios y estatutos á todos los eventos, más ó ménos probables de la Compañía, no hizo encargo, ni advertencia, ni reflexion alguna, respecto á su obra; con tan particular olvido, que diríase apagada y extinta para siempre á sus previsores ojos y á su escutó á serlo; pues sabiendo, como supo, la hora de su muerte, ni quiso él, como pudiera, nombrar Vicario General, ni llamar á sí, ni juntar sus hijos, los que presentes estaban, ni exhortarlos, ni hacer otra demostracion de Padre, echándoles su bendicion; para enseñarles con este hecho, que ellos pusiesen todas sus esperanzas en Dios, y de Dios dependiesen y pensasen que él, ni se queria tener por nada, ni pensaba que habia sido nada en la fundacion de la Compañía. Cosa que aunque parece diferente de lo que algunos otros fundadores de Religiones han hecho, no lo es del espíritu con que lo hicieron; y así, no se debe tener por contraria. Porque el Señor que á ellos les dió el espíritu de caridad para hacer las demostraciones de amor que con los suyos entónces hicieron, ese mismo quiso dar á su siervo Ignacio el de la profunda humildad que tuvo, para no hacer ninguna en aquella hora.

driñador pensamiento el trance de la última y suprema hora, que siempre ha guardado súbitas revelaciones. ¡Ah! No juntó, ni llamó siquiera, para despedirse con cariño de todos ellos á los miembros de su Compañía, quienes le auxiliaron con tenaz auxilio y le sirvieron con *servil* obediencia. No estatuyó Vicario que se subrogara en tal tránsito á él, hasta la designacion del nuevo Prepósito General por el voto de la comunidad; nada en tamaño trance distinguió su muerte de la muerte más vulgar, sin duda por no haber acertado á transfigurarse como tantos otros taumaturgos y fundadores, en las cimas de lo ideal.»

»Mas con todo esto, sintieron bien sus hijos el favor que de su Padre muerto, ó por mejor decir, verdaderamente vivo, les venia. Porque luego, despues de su tránsito se siguió en toda la Compañía un sentimiento de suavísimo dolor, unas lágrimas de consuelo, un deseo lleno de santa esperanza, un vigor y fortaleza de espíritu que se veia en todos. De manera que parecia que ardian con unos nuevos deseos de trabajar donde quiera y padecer por Jesucristo.»

Lo blanco, par de lo negro, ennegrece á lo negro más.

La muerte de Ignacio en Rivadeneira es el tránsito á una vida mejor de una de las más grandes almas que han morado en este destierro: esta muerte, pintada por Castelar, parece la de un energúmeno ó la de un condenado.

No obstante, confesémoslo: estamos avergonzados de nuestros fáciles triunfos.

Al fin Castelar es nuestro prójimo, á quien amamos como á nosotros mismos, por más que

él no lo crea. Pertenece á la humanidad, de que formamos parte, y mirando por el buen nombre de esta pobre humanidad, no quisiéramos que, ni por todo el oro del mundo, hubiera hombre ninguno dado ninguna de las muchas pitadas que ha dado Castelar.

Pero... ¿qué remedio? Cada oficio tiene sus quiebras, y este de historiador filosófico tiene algo del oficio de trapero. Él ha revuelto el monton de trapos viejos; nosotros los hemos echado á la colada, y despues los hemos puesto á secar al sol de la publicidad.

Los trapos de esta colada, ó mucho nos engañamos, ó bastarán para sacar los colores á la cara de la estátua colosal de mármol blanco que pedimos se erija á Castelar, ó en medio del Congreso, ó frente por frente de la Academia de la Lengua ó de espaldas á la Academia de la Historia.

Porque, sea dicho sin ofensa de nadie, fijándose en las estátuas que va habiendo ya á la vuelta de cada esquina, estátuas de hombres tan colosales como Mendizábal, el que va de capa caida por la plaza del Progreso, en Madrid, ó tan simpáticos como el apóstata Jordan Bruno, el que está escupiendo sin cesar al Vaticano, ¿quién negará que Castelar merece una estátua, por lo ménos una?

Pues en estos tiempos, ya se sabe, el que merece una estátua la tiene; y desde ahora para cuando nosotros seamos Gobierno, aseguraremos que Castelar la tendrá; más aún, tendrá un interminable museo de estátuas. Ya tenemos pensado un proyecto de ley de ornato público, que se podria formular en estos términos:

ARTÍCULO ÚNICO

Todo sitio en que haya hablado D. Emilio, queda declarado monumento nacional.

ARTÍCULOS ADICIONALES

ARTÍCULO 1.º Los ciudadanos tienen derecho á erigirle en cada uno de esos sitios una estátua, con tal que no sea ecuestre; pues por más que otra cosa parezcan reclamar sus épicos ó hípicos arranques oratorios, y su fogoso y hasta desbocado estilo, no parece que está en carácter una estátua ecuestre para el que no ha sido ni siquiera soldado de caballería.

ART. 2.º En atencion al fondo y tendencias de sus estudios históricos, únicamente se permite que esas estátuas sean pedestres, ¡pedestres nada más!

XIX

ERRE QUE ERRE

El Sr. Armentia: ¡Se acaba la paciencia!

El Sr. Castelar: ¿Se le acaba la paciencia al Sr. Armentia? Pues Sr. Armentia, yo tengo el derecho, como S. S., de decir á mi patria lo que pienso y lo que siento; la Cámara me juzgará; yo ántes que nada soy hombre de honor y de vergüenza.

(Diario de Sesiones.—Sesion nocturna del 2 al 3 de Enero de 1874).

—¿Es V. el Sr. Saj?

—Servidor.

—Pues yo soy un admirador incondicional del Sr. Castelar.

—¡Mucho lo siento!

—¡Y vengo á pedir á V. una satisfaccion!

—¡Lo siento muchísimo más!

—¿Por qué?

—Porque eso es pedir peras al olmo.

—Sr. Saj, ¡eso será lo que tase un sastre!

—Eso será lo que tase yo: *qucd scripsi, scripsi.*

—Eso no es escribir, eso es escarbar como el escarabajo.

—¡Admito la metáfora y la sigo! señal que hay dónde.

—Pero V. no me negará que entresacando de aquí y de allá solamente lo malo, la misma Biblia aparecerá abominable.

—Pues mire V., se lo niego; porque en la Biblia no hay nada malo; y entresacando de la Biblia con motivo razonable y con fidelidad lo que V. guste, no hará V. nada reprensible.

—¿Y ha guardado V. esa fidelidad en sus *Genialidades?*

—Le desafío á que pruebe V. lo contrario.

—Mas esas páginas que V. critica, á vuelta de esos... deslices, ó todo lo más inexactitudes que V. nota, contienen alabanzas exuberantes hasta hiperbólicas de San Ignacio.

—Es verdad.

—¿Y por qué no las cita V.?

—Por favorecer á Castelar.

—¿.....?

—No quiero ponerle tantas veces y tan palmariamente en contradiccion consigo mismo.

—¡Veo que nosotros los admiradores del gran

tribuno, todavía vamos á tener que darle á usted las gracias!

—¡Ya lo creo! por aquello de

¡Pudo mandarnos ahorcar!

—¿De suerte que V. juzga que no se ha cebado en su víctima?

—Al contrario; juzgo que le he tratado hasta aquí con una benignidad... relativa.

—¡Hasta aquí! Luego ¿insiste V. en pasar adelante?

—¿Y por qué no? ¿De cuándo acá ha dejado de ser lícito, salir en defensa de un ausente y defenderle con armas de buena ley?

—¡Ya! ¡ya! No da V. malos palmetazos. Bien se conoce que no pertenece V. á la categoría de los *escritores maniatados,* es decir, *religiosos* y *mujeres,* con quienes simpatiza mi incomparable amiga la Directora y única Redactora de el *Nuevo Teatro Crítico.*

—¡Singular *maniatada* que tan buenos latigazos da á *la baja chusma intelectual!* ¡Lo que es la autora de *Insolacion,* de *Morriña* y otras *muñeiras* de peor caríz aún, si está maniatada, está maniatada por los tobillos!

—Pero, volviendo á nuestro asunto, ¿le resta á V. algo que decir en favor de San Ignacio y en contra de Castelar?

—¡Ahí es nada! A Ignacio de Loyola no se le defiende por completo, si á más de poner á salvo su propia persona, no se defienden sus dos grandes obras, sus Ejercicios y su Compañía.

—¡Pues ya hay tela cortada!

—No hay que temer sin embargo: procuraré acabar en un par de tijeretazos; aunque estos dos nuevos aspectos del asunto reclamarian un par de tomos más.

—¿Tantas *irregularidades* literarias comete Castelar al hablar de los *Ejercicios espirituales de San Ignacio y de su Compañía*?

—Por única contestacion, me limito á suplicar á V. que pase la vista por las siguientes citas, apuntes y anotaciones; pues estoy seguro que despues de examinadas tendrá V. que exclamar con el Arcipreste de Fita:

Muchos leen el libro teniéndole en poder
Que no saben que leen nin lo pueden entender.

[A]

¿Dónde escribió Ignacio sus Ejercicios?

CASTELAR: «Este libro los *Ejercicios*, escrito en el »monasterio dominicano de Manresa, puede llamarse »con razon el fundamento y base de toda la Compañía.»

Este libro que, en efecto, es el fundamento y base de toda la Compañía, no se escribió en el monasterio dominicano de Manresa.

Se escribió en una cueva que á la márgen del rio Cardoner estaba escondida en uno de los ribazos que formaban aquel valle de Manresa llamado por su amenidad, *la vall del Paradis*.

Segun el historiador P. Fluviá: «Esta cueva »era obscura, tosca y desigual, alta en medio »un estado y baja por los lados desigualmen»te... A la parte de Montserrat tenia una aber»tura natural en sus peñas, que servia como de »ventana, por donde el Santo miraba á la Vír»gen enviándole abrasados suspiros y oraciones.

»Esta es la verdadera cueva de San Ignacio, »como se conoce con evidencia de lo que de»ponen con juramento muchos testigos, ya »en los procesos hechos para la canonizacion »del Santo, ya en la Apología que imprimió »año 1664 el Dr. Francisco Vicens, natural de »Manresa, y muchos instrumentos auténticos; »siendo de gran peso los que todos los años »hace aquella muy ilustre ciudad reconociendo »por verdadera la que hoy posee la Compañía.»

En la cueva de Manresa trazó las líneas generales y escribió, favorecido sobrenaturalmente de Jesus y María, la mayor parte de los docu-

mentos capitales y trabazon admirable de los *Ejercicios;* pero despues durante cerca de veinticinco años fué pulimentando aquella piedra preciosa que Dios le descubrió en el fondo de aquella bendita gruta.

Así lo dió á entender claramente el mismo San Ignacio al P. Luis Gonzalez de la Cámara, autor del *Acta antiquissima.* Así consta desde principios del siglo XVII por la inscripcion que se leia sobre dicha cueva, y que decia así: «*En este lugar, el año 1522, San Ignacio compuso el libro de los* EJERCICIOS, *que fué el primero que se escribió en la Compañía de Jesus y está aprobado por la Bula de la Santidad de Paulo III.*» Por último, en las puertas forradas de hierro de la iglesia actual en que está como una joya engarzada la Santa Cueva, se lee este letrero formado con gruesos clavos: IHS.—A. M. D. G.—IGLESIA—DE LA—SANTA CUEVA—DE LA—CIUDAD—DE MANRESA—EN LA CUAL—SAN IGNACIO—DE LOYOLA—ESCRIBIÓ—EL LIBRO—DE LOS—EJERCICIOS—ESPIRITUALES.

Quede, pues, con estos clavos y con estos argumentos bien claveteado, que San Ignacio no escribió los *Ejercicios* en el monasterio dominicano de Manresa.

[B]

¿*Quién dió pié á Ignacio para sus Ejercicios?*

CASTELAR: «Un libro de cierto dominico manresano »le dió pié para su libro, nada más que pié...»

Nada más que pié, ¿eh?

Pues sépalo V., ese cierto dominico manresano no dió ni pié ni mano.

Hubo, sí, un cierto Constantino Cayetano, monje, en cierto tiempo Benedictino, que pretendió quitar esta gloria á San Ignacio, pero contra él y tambien contra los que aseguraron, sin pruebas, que los *Ejercicios* estaban tomados de un libro escrito por el Abad Benedictino García de Cisneros; protestaron los mismos monjes Benedictinos en solemnes Congregaciones; y la Sagrada Congregacion del Índice prohibió un libro en que se sostenia tal error.

La obra monumental de los Bollandos trata monumentalmente de todas estas cosas.

¿De dónde, pues, tomó pié San Ignacio para escribir su famoso libro?

Al Papa Gregorio XV le respondieron los Auditores de la Sagrada Rota lo siguiente: *Ex iis quae Divino Magisterio didicerat:* «De lo

que habia aprendido por divino magisterio.»

Es decir, el primer inspirador de los *Ejercicios* fué el mismo Dios.

Pero hay más: el P. Solá en el «Album histórico—San Ignacio en Manresa,» dice: «Que la »Santísima Vírgen dictó á San Ignacio los *Ejer-*»*cicios,* creémoslo firmemente por el testimonio »de los PP. Lainez y Polanco, íntimos compañe-»ros del Santo Fundador; porque la misma Vír-»gen aseguró que «Ella era la patrona y funda-»dora de los Santos Ejercicios, por haber sido »ayudadora y como maestra de San Ignacio »para hacerlos» *(Vida del V. B. Alvarez,* capí-»tulo XLIII); por el dicho del Sr. Amigant que »lo supo de boca del mismo Santo, y así lo »contó al P. Lorenzo de Sanjuan ántes de 1606; »y finalmente, por el cuadro que en 1625 envió »para que se expusiera en la Santa Cueva el »muy R. P. General Mucio Vitelleschi, en que »se pintaba á la Reina del cielo con su precioso »Hijo en los brazos, en actitud de dictar los »Ejercicios al estático Penitente.»

Segun esto, ya verá despues el curioso lector, oyendo á Castelar, qué errores y horrores dictaba la Santísima Vírgen é inspiraba el mismo Dios á San Ignacio.

[C]

¿Cómo se preparó Ignacio para escribir su libro?

CASTELAR: «Ignacio habia pasado por tales crisis de »su alma y por tales y tan varios estados de su cuerpo, »que conocia por intuicion propia é instintiva las rela»ciones entre la materia y el espíritu, los influjos de las »ideas sobre los nervios y de los nervios sobre las ideas, »los métodos para producir todo género de íntimas é in»teriores exaltaciones, capaces de desligar por completo »al alma del cuerpo, ó de dar á aquella la mística vi»sion de ideales cielos en continuos deliquios. La moral »de Ignacio se habia sobrepuesto á los dolores físicos, »el corazon á los sentimientos de familia, el ánimo á »las necesidades materiales; y en vigilia que parecia »vencer el sueño, y en ayuno que parecia vencer el ham»bre, y en maceraciones que parecian sojuzgar los ins»tintos y movimientos indeliberados del cuerpo, llega»ban sus ojos de carne á un estado magnético, y las fa»cultades de su entendimiento á un estado místico, idó»neos uno y otro para hacerle ver lo invisible, palpar »lo impalpable, y extender los brazos hácia lo infinito, »como si pudiera estrecharlo todo entero en su corazon »y todo entero contenerlo en su pensamiento.»

Es decir, que cuando Ignacio estaba en la mejor disposicion posible para ir á parar á un hospital de incurables ó á un manicomio de locos rematados, entónces precisamente se le ocurre tomar la pluma y enseñarnos *los métodos para producir todo género de íntimas é interio-*

res exaltaciones, capaces de desligar por completo el alma del cuerpo.

¡La verdad! Todo esto resulta demasiado complicado: lo que es para «desligar por completo el alma del cuerpo,» parece más sencillo cualquiera de los varios métodos puestos en uso por los más vulgares suicidas.

[D]

¿Qué precisa hacer al que hace Ejercicios?

CASTELAR: «Precisa matar la carne por corrupta, extinguir los sentidos por falibles, inmolar el corazon por »viciado y perverso, prescindir del albedrío por inclinado á las malas obras y circuido de tentaciones continuas, apagar la inteligencia como se apaga una luz »engañosa, destituir la razon humana como se destituye »un oráculo falso, haciendo de nuestra naturaleza corporal una momia petrificada, y de nuestra naturaleza »espiritual un rescoldo extinto.»

Ignacio nos da ejemplo de todo esto, y en especial de no confiar en Dios ni en el bien, porque

«esta confianza en Dios y en el bien destruiria por »completo el ministerio de combatiente, que Loyola se »arrogara movido por sus vocaciones interiores y por »su exaltacion... La fe, la exaltacion, la penitencia, las »maceraciones de Ignacio han llegado al mismo término y al mismo fin que la duda y la desconfianza, y la

»negacion de nuestras modernas escuelas pesimistas, »han llegado al aniquilamiento completo y absoluto »del ser humano, al suicidio universal.»

Así pues, carísimos Ejercitantes, no queda más recurso que suicidarse. Pero... un consejo de amigo, lo que habeis de hacer despues, hacedlo ántes; y de ese modo la previa disposicion para hacer *Ejercicios* será el suicidio. Con lo que os librareis... de hacer *Ejercicios*, y por ende de muchos quebraderos de cabeza.

Figuráos que, segun Castelar, en los *Ejercicics*

«la soledad completa y el retiro absoluto deben du»rar cuarenta dias.»

(Lo cual no consta en el precioso libro. Si bien despues añade que «el *educando* puede reducir los cuarenta dias prescritos á treinta,» lo cual tampoco es exacto. Pues se dan casos en que el ejercitante (alias *educando)* consagra solos ocho dias á los Ejercicios ó ménos, y aun hay quien hace de ellos lo que puede sin dejar sus ocupaciones ordinarias, y, por lo tanto, sin nada de «retiro absoluto,» ni de «soledad completa,» ni de «indispensable oscuridad.)»

¡Ved, desgraciados! ¡Ved qué distribucion de tiempo os prescribe el implacable Castelar, si apechugais con *sus* singulares *Ejercicios!*

«Cuando la lectura disguste habrá de irse el iniciado »á la iglesia, y cuando dentro de la iglesia misma, le »asalten el cansancio y el hastío, habrá de arrojarse »*(¡al rio!)* á los piés del confesor y encontrar en una »nueva confesion general su consuelo. *(Eso es: si os »asalta el cansancio cada cuarto de hora, confesion »general de cuarto en cuarto de hora.)* Segun lo pidan »las necesidades varias del cuerpo, y los varios afectos »del alma, y el reclamo de las pasiones y el achaque de »los temperamentos, habrá que pasar de la meditacion »á la penitencia, de la luz á las sombras ó de las som»bras á la luz, buscando contrastes tales, que al metido, »por ejemplo, en una celda húmeda y fria, donde los »huesos y las calaveras se amontonen, recordándole »todas las lacerías de la muerte, habrá que sacarlo de »súbito á un jardin poblado de flores, las cuales hue»lan, y de aves, las cuales canten, para mostrarle toda »la sensualidad y todo el placer de la vida.»

Para proporcionar al *educando* tales contrastes en todos los establecimientos de este género, es decir, en todas las casas de Ejercicios, por prescripcion facultativa de Castelar, ha de haber por lo ménos la indispensable «celda húmeda y fria,» y allí amontonados sus huesecitos y calaveritas correspondientes; y pared por medio, el inevitable «jardin poblado de flores, las cuales huelan *(¡eso sí, que huelan, porque si no, no vale!)* y de aves, las cuales canten.» *(¡Cabal! Y encárgueseles bien: en cuanto de súbito se presente el ejercitante, que canten ¿eh? ¡que canten!)*

Esto nos recuerda una sátira de un hereje calvinista, Gabriel Lermeus, que hablando de los

Ejercicios y de los ejercitantes dice: «Desgraciado del que penetre en una de esas casas de *Ejercicios,* en donde no sólo la noche, sino el dia se pasa en tinieblas. Ya puede exclamar desde el vestíbulo: ¡Adiós, alegría! ¡El que entra allí dueño de su razon sale privado hasta de sentido comun. El que allí se encierra no ve ni es visto más que por uno de aquellos magos que algunas veces al dia le entrega al infeliz en un papel algunas pocas líneas de encantamientos!

¿Quién podria enumerar los fantasmas que se forjan y las visiones que se sueñan? Lloran, claman con espantosos alaridos, como si el humo de la cárcel infernal les punzase los ojos y sintiesen ántes de tiempo el rigor de aquellas llamas. Al blando le vuelven duro, y al duro le tornan blando,» etc.

¿No os parece estar oyendo á Castelar?

Triste condicion la de este peregrino ingenio: coincidir en tantos puntos con hombres como Calvino, por ejemplo, que llamaba á los Ejercicios: «irracionales y extravagantes delirios de unas gentes que son como las barreduras del género humano.»

[E]

¿Qué fin se propone Ignacio en sus Ejercicios?

CASTELAR: «Renunciar, dimitir, abdicar, enajenar; »hé ahi el fin de los *Ejercicios;* y renunciar, dimitir, ab»dicar, enajenar hasta la propia naturaleza.»

Más claro:

«Hé ahi el objeto de todos estos *Ejercicios* tan lar»gos, de la meditacion prolija, de las contemplaciones »varias, del ayuno y la penitencia, de esa sobreexcita»cion prestada con tanto cálculo á los sentidos, de ese »ordenamiento mecánico de la vida; el objeto único de »tanto trabajo, y esfuerzo y empeño, es la *nirvana in*»*dia*, el total aniquilamiento y desaparicion de nues»tro ser.»

Por manera que los *Ejercicios,* señores, como ustedes pueden ver, son una especie de secuestro místico, una especie de escamoteo, una especie de juego de cubiletes de cualquier juglar ó charlatan de plaza: se mete bonitamente debajo de un cubilete al ejercitante, y con la varita mágica y con la eterna charla y chapurreo del clásico: ¡pasa, pasa! se le hace pasar de un cubilete á otro invisiblemente, hasta que se llega al último; entónces se levanta el cubilete, y se muestra su interior á los circunstantes,

que se quedan con tanta boca abierta: ¡Ven ustedes, señores, el cubilete está perfectamente vacío! ¡¡El ejercitante ha desaparecido!!

¡Oh misterioso poder de la *nirvana india!*

Sin embargo, Castelar parece haber leido algo de los *Ejercicios,* aunque desgraciadamente no los ha hecho... todavía: ¿Cómo, pues, se le habrá pasado por alto lo que San Ignacio pone en el mismo frontispicio de su obra para que todos lo lean, y los que puedan entender lo entiendan?

El fin de los *Ejercicios* está manifiesto en el mismo título:

EXERCICIOS ESPIRITUALES *para vencer á sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afeccion alguna que desordenada sea.* Y les da San Ignacio tal título: *Porque así como el pasear, caminar y correr, son exercicios corporales, por la misma manera todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y despues de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposicion de su vida, para la salud del ánima se llaman Exercicios espirituales.*

[F]

¿A dónde, pues, conducen los Ejercicios?

CASTELAR: «No puede negarse que Ignacio ha estu»diado la naturaleza humana, mas para contrariarla y »destruirla. El exceso de todos sus ideales y propósitos, »la exageracion de todas sus creencias, la violencia de »todos sus medios conducen á todo lo contrario de lo »que busca con tanto afan, á lo contrario de la virtud y »de la verdad.»

Es decir, conducen al vicio y al error.

«Yo no sé cómo se las ha compuesto San Ignacio, »pero sé que su doctrina peca por todos lados, puesto »que se precipita en todos los extremos... Prescindid »de la naturaleza individual y hareis del hombre un es»clavo, prescindid de la naturaleza social y hareis del »hombre un salvaje. Pues de igual suerte, prescindien»do de la naturaleza humana del hombre, lo convertis »en un asceta inútil y prescindiendo de la naturaleza »espiritual, en una bestia dañina.»

Los *Ejercicios*, pues, hacen del hombre individual un esclavo, y del hombre social un salvaje, del hombre material un mueble inútil y del hombre espiritual una bestia dañina. ¡Bonito porvenir! ¡Cualquiera se atreverá de aquí en adelante á hacer *Ejercicios!*

¡Válganos Santa Rita, abogada de imposibles! Pero ¿en qué estaria pensando el Papa

Paulo III cuando dió en favor de esos *Ejercicios* nada ménos que un Breve, diciendo en él: «Con »la autoridad Apostólica, por el tenor de las »presentes letras y de nuestra ciencia cierta, »APROBAMOS y ALABAMOS LOS DI»CHOS DOCUMENTOS y EJERCICIOS y »TODAS y CADA UNA DE LAS COSAS »QUE EN ELLOS SE CONTIENEN.»

Y lo que más espanta es que prosigue *exhortando mucho* en el Señor á todos *los fieles, así hombres como mujeres, y cada uno de ellos que con devocion quieran usar y se aprovechen de los dichos Ejercicios.*

¡Quién ha visto tal! ¡El Vicario de Jesucristo, revestido de su autoridad apostólica, exhortando á todos, á todos! ¡al error y al vicio, á la esclavitud y al salvajismo y... á la *nirvana india!*

Y lo peor del caso es que han prodigado análogos elogios á los *Ejercicios* y hasta los han enriquecido con Indulgencias, Pontífices como Alejandro VII, Clemente XII, Inocencio XI, Benedicto XIV: y siendo como son los *Ejercicios* el alma de la Compañía, bien puede decirse que, por lo ménos, los diecinueve Vicarios de Jesucristo que han colmado de alabanzas su Instituto, segun atestigua Clemente XIII, son otros tantos encomiadores de los *Ejercicios*.

XX

CALDERON

Con Castelar ha estado Dios verdaderamente despilfarrador (1).

---

(1) A primera vista parece una injusticia notoria, un abuso escandaloso el gastar tanto en una sola cabeza, habiendo en el mundo tantos *menesterosos* de entendimiento. No es así, porque estas cabezas extraordinarias impulsan la marcha del progreso, y del progreso nos aprovechamos todos.

(R. Castels.—Castelar, segun la Frenologia.)

—¿Le parece al incondicional admirador del gran pirotécnico de la palabra, que suspendamos un poco en alto la battuta?

—Como V. guste.

—¿Qué le van pareciendo á V. mis apuntes?

—¡Hombre!... ¿qué quiere V. que le diga?

—No, no me diga V. más.

—Sin embargo, V. ha tenido buen cuidado de callarse las persecuciones que han sufrido los *Ejercicios*, muy bastantes para justificar los ataques castelarinos.

—Todavía no les habia llegado el turno: y léjos de justificar tales ataques, esas mismas persecuciones son una de las pruebas más excelentes de la indisputable virtud y eficacia del libro en cuestion.

—No lo veo.

—¿Prueban algo en contra de la Religion cristiana las diez primeras persecuciones sufridas respectivamente de Neron, Domiciano, Trajano, Antonino Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano, Diocleciano y Maximiano? Pues lo mismo prueban las trece persecuciones que sufrieron los *Ejercicios;* dos en Alcalá, dos en Salamanca, tres en Toledo, otra en Parma, otra en Plasencia, otra en Venecia, otra en París, otra en Roma y otra en Portugal; de todas las cuales persecuciones, despues de bien examinados por rigurosísimos y sapientísimos jueces, salieron los *Ejercicios* siempre victoriosos. Ya consigna el mismo Castelar refiriéndose á la ortodoxia de los *Ejercicios,* que Ignacio

«habia pegado su entendimiento á la Iglesia en guisa »de los pólipos adheridos á la roca tan fuertemente,

»que ni el mayor oleaje los despega y separa. No, no »pudieron cogerle por ningun camino en heterodoxo.»

—Ya ve V. cómo Castelar es imparcial.

—Lo que veo es que él ve en los *Ejercicios* herejías y errores tan mayúsculos como el maniqueismo, el panteismo, el materialismo, la nirvana, ¡hasta la nirvana india! Cosas que se escaparon á la escrupulosa inspeccion de tantos sabios, de tantos Inquisidores, de tantos Sumos Pontífices.

—Cuando el rio suena agua lleva; y cuando personas tan conspícuas como un Melchor Cano llegan á decir lo que este dijo...

—¡Poco favorecen al famoso *Maestro de Salamanca* sus citas! Aquí las tengo preparadas para solazar con ellas á cuantos saben por experiencia lo que son los *Ejercicios,* y no han sufrido, sin embargo, ningun género de metamórfosis. ¡Oid, cielos y pasmaos!

«Yo hasta ahora imaginaba que la gracia no destruia á la naturaleza, sino la perfeccionaba, y que los *Ejercicios* de cristiano no quitaban el ser de caballero al que los hacia ántes, si era Señor se hacia mejor Señor, y si Rey mejor Rey. Que si el zapatero haciendo *Ejercicios* cosiese peor el zapato, y el cocinero guisase mal la olla, no lo podriamos sufrir, por más que nos alegase que se da á devocion y meditacion. Y así siempre he creido que la verdadera cristiandad y *Ejercicios* de ella á cada cual mejoran en su oficio. Y una de las cosas que me mueven á estar descontento de estos Padres Teati-

nos, es, que á los caballeros que toman entre manos en lugar de hacerlos leones los hacen gallinas; y, si los hallan gallinas, los hacen pollos.»

El *Maestro de Salamanca* sigue el mismo método que el ex-catedrático de la Universidad de Madrid: lo que él dice, es como él lo dice porque sí, porque él lo dice y basta.

Segun él, las casas de *Ejercicios* son unos gallineros, puesto que los ejercitantes se convierten en gallinas y en pollos; así como Castelar convierte á los *educandos* en *esclavos*, en *salvajes* y en *bestias dañinas;* y, por lo tanto, las casas de Ejercicios en Casas de Fieras.

—¿Pero alguna razon tendrán para asegurar esas cosas?

—Esa razon es la que no aparece por ninguna parte.

—Insisto, no obstante, en que no se explica esa inquina que se ha tenido y aún se tiene contra los dichosos *Ejercicios*.

—La explicacion no puede ser más obvia: oiga V. esta nota tomada de uno de los primeros defensores del libro, el Dr. Torres, que despues fué Obispo de Canarias:

«Si alguno desea saber en qué consisten estos *Ejercicios*, digo que no son otra cosa que considerar con atencion y reposo las verdades de la fe, los mandamientos y beneficios de Dios, la vida y muerte de Cristo; reconocer la vida pasada y con-

certar para en adelante la conciencia. Por lo cual, no debe causar admiracion que el enemigo del género humano haga esfuerzos tan vivos para destruir medios tan santos; ántes bien, de tan violentas contradicciones se debe claramente inferir que este Libro es obra de Dios.»

Y tambien merece citarse lo que al mismo propósito escribe el gran comentador de los *Ejercicios,* P. Luis de la Palma:

«Por demás es buscar la causa por qué los *Ejercicios espirituales* fueron tan perseguidos del mundo, siendo como eran tan contrarios á sus leyes y á sus costumbres. Por esta misma causa fué perseguido el Evangelio y los que le predicaban y seguian. Que si bien es verdad que les imponian á los cristianos muchos delitos y publicaban el celo de sus antiguos dioses; pero ¿qué se les daba á ellos de Júpiter ni de Venus, si no les predicaran la renunciacion de las riquezas, el desprecio de las honras y la mortificacion de los deleites sensuales? A este modo, tambien de los *Ejercicios* se publicaban muchas calumnias, diciendo que estaban llenos de errores y engaños; pero la verdad es que, mediante la divina gracia, estaban llenos de fuerza y eficacia para trocar los hombres y hacerles dejar sus antiguos vicios, y de carnales mudarles en hombres espirituales, despreciadores de los bienes presentes y estimadores de los perdurables que esperamos. Esto es lo que despertaba el coraje de los hombres carnales y mundanos para perseguir los *Ejercicios,* ó porque les quitaban sus amigos y compañeros, ó porque temian habia de llegar á ellos tambien el desengaño para hacerles dejar sus vicios.»

—¿Con que V. está en que esa es la madre del cordero?

—Esa y no otra, amigo mio. Recuerde usted además aquello de la escritura: *Stultorum infinitus est numerus,* y aquello otro: *Animalis homo non percipit quae sunt spiritus Dei.* Los herejes, los impíos, la gente perdida ha pretendido ridiculizar y calumniar estos *Ejercicios* que la Iglesia de Dios declara «llenos de piedad y santidad,» «aptísimos para mover piadosamente los ánimos de los fieles, y en gran manera útiles y saludables para el consuelo y provecho espiritual.» En cambio, los hombres más insignes en ciencia y en virtud los han puesto sobre su cabeza como un presente del cielo.

Los *Ejercicios* formaron ante todo al mismo San Ignacio y á sus primeros compañeros; á los *Ejercicios* deben su santidad y la aureola que les circunda en los altares un San Francisco Javier, un San Francisco de Borja, un San Pedro Claver, los tres Santos Mártires del Japon, los tres Santos Patronos de la Juventud, Luis, Estanislao, Berchmans; los Bienaventurados Pedro Fabro, Juan de Britto, Andrés Bobola, Cárlos Spínola, Pedro Canisio y otros Santos y Mártires y varones insignes de la Compañía de Jesus que el mundo sabe lo que fueron y lo que llevaron á cabo en pro de la humanidad y á mayor gloria de Dios.

—Mas todos esos son testimonios de la casa,

como si dijéramos, de Ignacio y Compañía.

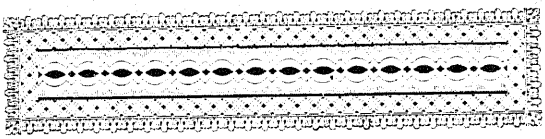
—Tambien los hay de fuera de casa y de singular valor. Pues ya sabe V. que no fueron jesuitas, el gran Doctor de la Iglesia, San Francisco de Sales, ni San Cárlos Borromeo, ni los Fundadores San Felipe de Neri y San Vicente de Paul, (¡qué nombres ¿eh? qué nombres!) ni mucho ménos fueron jesuitas la estática Santa María Magdalena de Pazzis, ni nuestra gloriosa Doctora la incomparable Santa Teresa de Jesus. Pues bien, todos estos hicieron los *Ejercicios*, atribuyeron á ellos el bien de sus almas y recomendaron y establecieron la práctica de ellos allí donde llegaba su autoridad é influencia. Esto, sin mencionar siquiera las alabanzas que les tributaron entre otros innumerables, un V. Blosio, un V. Maestro Juan de Avila, un Fray Luis de Granada, maestros del bien hablar, y lo que vale más, del buen vivir.

Además es un hecho, que pueden atestiguar en la sucesion de tres siglos y áun en el siglo presente miles y millones de testigos, la fervorosa reforma en el Clero, en Comunidades religiosas, en piadosas asociaciones, en ciudades y pueblos enteros, debida á la práctica de estos santos *Ejercicios*. Si por el fruto, pues, se conoce el árbol, juzgue V. cuán bueno será

el árbol que brotó en la cueva de Manresa.

—Esos testimonios extrínsecos, ¿por qué negarlo? son abrumadores.

—Pues los intrínsecos que van indicados y aún quedan por examinar, no lo son ménos.



XXI

DALE QUE DALE

Segunt dis Sant Gregorio, deuse entremeter.
Cada uno en su arte e en su menester.

(Pero Lopez de Ayala.)

[G]

¿Qué me dice V. de la idea cósmica de San Ignacio?

Castelar: «La idea cósmica de San Ignacio es una »idea completamente falsa. Ni Dios ha creado los seres »exclusivamente para su glorificacion, ni la tierra y to»das las criaturas para que sirvan de ciego instrumento »á los fines del hombre.»

San Ignacio lo que dice al tratar en sus *Ejercicios* no de *los fines del hombre,* sino del *último fin del hombre,* es que «*el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios*

nuestro Señor, y mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecucion del fin para que es criado.»

Nada habla San Ignacio de *ciegos instrumentos;* y se concreta á *las otras cosas sobre la haz de la tierra,* y no allá en los cuernos de la luna.

¡Pero ya se ve! Esta falacia sofística que consiste en suponer que dice el adversario todos los dislates que más se prestan á la refutacion, es de las más tentadoras marrullerías de los que están en mal terreno.

San Ignacio no ha dicho que todos los seres, absolutamente todos, están de tal modo á nuestra disposicion, que nos los podemos meter en el bolsillo como un pañuelo. ¿A qué, pues, exclamar como exclamaria Pero Grullo?

»No, hay muchos, muchísimos seres que están por »nuestro mal, no ya léjos de nuestras manos, sino fue»ra ¡oh dolor! de nuestro alcance.»

No faltaba más sino que Ignacio hubiera asentado en su *Principio* y *Fundamento,* lo que es axiomático en los modernos socialistas y anarquistas: todo es de todos, no en abstracto, sino en concreto. *Qui potest capere capiat:* el que pueda *apañarse,* allá se arregle, porque

la tierra es *primi capientis:* todo está al alcance de nuestra mano; no hay más que llegar y besar, ó si no, garrotazo y tente tieso!

De ser así, el primer propósito que habrian de sacar los *Ejercitantes* que fuesen lógicos, y sobre todo cosmológicos, seria indudablemente agarrar un trabuco y convertir todo el mundo en una gran Sierra Morena.

Además, en el mero hecho de enunciar San Ignacio que *las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre,* ya da á entender en qué sentido, mediante el hombre, han sido creadas para la glorificacion de Dios.

¿Para entender esto, tiene más Castelar que fijarse en lo que él mismo ha consignado exponiendo bastante fielmente ese punto de meditacion?

> El hombre, nacido para conocer, amar, servir y gozar á Dios, encuentra en las criaturas todos los medios de cumplir los destinos que se ha granjeado con su nacimiento, pues las criaturas le dicen con el órden y armonía de sus especies y de sus esferas, la omnisciencia del Criador; con su vida y con su movimiento la infinita bondad; con la obediencia y sujecion al órden divino, la necesidad de la humana servidumbre y del humano servicio, no habiendo una sola que no sea motivo para dedicar á Dios algun loor, ni ocasion para ejercer alguna humana virtud.»

Esta explicacion dada por Castelar, no le parece, sin embargo, aceptable al propio Castelar.

«No, no ha sido creado el Cosmos con la única idea »de que muestre la omnisciencia y la omnipotencia »de Dios.»

Sí, sí, ha sido criado el Cosmos con esta idea; y no ha podido Dios crearlo con otro fin que su propia gloria: no ciertamente como crea un artista de la palabra un *cosmos* de imágenes resonantes para regalar su propio oido, sino como el Ser Supremo que tiene necesariamente que buscar en sí la razon de todo lo que hace fuera de sí.

Cualquier estudiante de Teodicea ó Cosmología sabe probar esta tesis, y sin confundir la gloria *increada* de Dios con la *creada* ó extrínseca.

Por lo mismo, cualquier aprendiz de filósofo no tendrá inconveniente en hacer suyas estas palabras de Castelar:

«No, no puede decirse que todo eso ha sido criado »por Dios con el único objeto de que lo recree y de »que lo ensalce, como crea cualquier tirano sus sober»bios palacios y sus grandes monumentos.»

Pero nótese: esto que *no puede decirse*, no la ha dicho en efecto San Ignacio; esta concepcion cósmica debe á Castelar el privilegio de invencion.

Aunque sabia *naturalmente* muy poco Igna-

cio cuando escribió sus Ejercicios, sabia sin duda lo bastante para entender que Dios es nuestro Dios precisamente porque no necesita de nosotros, como se lo dice el Salmista: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges:* sabia que aunque Dios, al terminar la creacion no pudo ménos de dar su Visto Bueno á su obra, verdaderamente maestra *(vidit Deus cuncta quae fecerat et erant valde bona),* pero eso de necesitar de sus criaturas para nada, ni aun para divertirse con ellas, no entró nunca en los planes de Dios, aunque los encargados de divertirle fueran los más habilidosos sofistas del *globo.*

Nunca han entendido de otro modo los comentadores aquellas palabras del Espíritu Santo en los Proverbios: *Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo.* Y refiriéndose al fin de las demás cosas, *sobre la haz de la tierra,* todos los Doctores y expositores sagrados han interpretado como Ignacio aquellas otras palabras de David en el Salmo VIII: *Coronaste* (al hombre) *de gloria y honor y le has dado el mando sobre las obras de tus manos. Todas ellas las pusiste á sus piés.* Este es el fin de la creacion y el fin de las criaturas consignado en los Ejercicios como en la Biblia.

Deje, pues, Castelar en paz á Ignacio sobre este punto, y dígnese permitir al Espíritu Santo

que tenga sobre la creacion y el hombre la misma manera de ver las cosas que expone fielmente San Ignacio.

Pero... ¡no lo permite!

«No, la creacion tiene fines más altos que aquel fin »reducido y estrecho á su vida y á su ser imaginado »por San Ignacio.»

Y esto se prueba como Castelar sabe probar las cosas:

«Si la creacion fuese un instrumento de nuestro po»der solamente, no tendria deberes el hombre con la »naturaleza, como realmente los tiene.»

A cualquier cosa llaman hoy deberes, ¡hoy que se desconocen los deberes más sagrados! ¿Qué deberes tendrá el hombre para con el caballo que monta, ó para con la tierra que pisa, ó para con el plato de patatas que se mete entre pecho y espalda?

¿Si será el gran pontífice del posibilismo de la familia sacerdotal de aquellos bonzos que llevaban un antifaz que les cubria boca y narices para evitar el tragarse inadvertidamente un mosquito, y limpiaban cuidadosamente el suelo en que se asentaban, para no tener la inmensa desgracia, para no cometer la horrible profanacion de aplastar una hormiga?

Deberes tiene, dice Castelar, el hombre con la naturaleza, porque si no los tuviera:

«En vez de trasformarla podria destruirla tiránicamente á su real arbitrio.»

Como rey de la creacion, cierto que puede el hombre destruir lo que quiera, no tiránicamente ó sin qué ni para qué, lo cual no es razonable, pero sí segun su real arbitrio.

Convenido; el hombre no debe ser un Ravachol que se divierta en poner debajo de la humanidad cartuchos de dinamita para tener el placer de verla saltar hecha polvo en todas direcciones; el hombre no debe tampoco aplicar la dinamita de la elocuencia y la calumnia para hacer saltar, si pudiera ser, estátuas tan colosales como la de San Ignacio de Loyola; pero puede aplicar la dinamita que abre paso á través de los montes á la audaz locomotora, y sin necesidad de dinamita, derribar á carcajadas las cátedras de los sofistas cosmológicos.

Lleguemos, por fin, al trueno gordo que da nuestro pirotécnico al rebatir la idea cosmológica: consignémoslo en letras de molde para eterno baldon de su preclaro entendimiento.

«Esa constante idea de la glorificacion de Dios por »el hombre y del sometimiento ciego de las criaturas á »la humana voluntad, resulta, despues de una disquisi-

»cion reflexiva, el panteismo materialista en que todos »los seres desaparecen con su individualidad propia, »reinando solamente la fuerza.»

[H]

¿Qué siente V. de la Indiferencia Ignaciana?

CASTELAR: «Tal indiferencia resultará indefectible»mente una complicidad con todos los crímenes y un »asentimiento á todos los errores.»

Aquí de aquello:

—Dice mi madre que me dé V. el cedazo claro.

—Dile á tu madre que no me da la gana; que si lo quiere más claro.

En efecto: ¿lo quieren Vds. más claro? ¡La *indiferencia* que enseña San Ignacio, resultará indefectiblemente una complicidad con todos los crímenes, con todos, y un asentimiento á todos los errores, á todos!

El texto á que se refiere Castelar es este:

Por lo cual (para hacer buen uso de las criaturas) es menester hacernos indiferentes á todas las cosas criadas en todo lo que es concedido á la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido.

Uno de los mejores expositores de los Ejer-

cicios el célebre General de la Compañía, Padre Roothaan, dice sobre estas palabras: «Todas las cosas criadas *de suyo,* son indiferentes, »puesto que todas pueden igualmente ó desayudar ó ayudar á la consecucion del fin del »hombre. La misma filosofía humana conoció »con lumbre natural esta verdad, cuando enseñó »que todas estas cosas no son propiamente ni »*buenas* ni *malas,* sino *adiáfora* indiferentes... »Y siendo esto así, nada ciertamente más puesto en razon y más oportuno en órden á nuestra salvacion eterna, nada más conforme con la »verdadera sabiduría que el mostrarnos del todo »indiferentes para con todas las cosas creadas.»

«EN TODO LO QUE ES CONCEDIDO Á NUESTRO LIBRE ALBEDRÍO Y NO LE ESTÁ PROHIBIDO.—«Añádese con razon esta cláusula; »porque si bien todas las cosas *per se* son indiferentes, sin embargo, con relacion á nosotros »y tomadas en particular, hay muchas que la »ley divina, el propio deber, la justicia, la caridad, nos mandan ó precaver ó rechazar con »todas nuestras fuerzas, y muchas que nos »mandan procurar ó conservar; las cuales cosas, por lo tanto, con relacion á nosotros son »verdaderamente ó *buenas* ó *malas;* y por lo »mismo no es concedido á nuestro libre albedrío que acerca de ellas estemos indiferentes.

»Pues donde quiera que interviene la volun-»tad de Dios, que prohibe ó manda hacer algo, »irremisiblemente debemos nosotros querer ó »no querer lo que quiere ó no quiere Dios.»

Todo esto es de sentido comun; y no alcanzo cómo pueda salvarse la buena fe de un hombre que atribuye á otro llamado Ignacio de Loyola un lenguaje por este estilo:

Al hombre lo mismo le debe dar por lo que va que por lo que viene; el hombre no tiene ningun deber de conservar su salud corporal: nada le debe importar su familia, nada su patria, nada su fortuna, nada su vida, nada su honra; lo mismo le debe parecer el derecho que el torcido; tanto ha de montar para él la justicia como la injusticia, la libertad como la esclavitud, la anarquía como la tiranía. Una solucion general ha de tener el hombre para todas las circunstancias más graves de la vida: encogerse ó alzarse de hombros. Nada más.

Me dirán que esto no es indiferencia sino imbecilidad, idiotismo general, estúpido y criminal indiferentismo.

Y replicaré yo que, ó yo no sé leer, ó eso es lo que arrojan á la frente de Ignacio las siguientes palabras:

«No puede de ninguna manera sernos indiferentes la »salud. El hombre tiene un deber estrecho de conser-

»var, embellecer y fortificar su cuerpo. No puede sernos »indiferente la sociedad en que vivimos. Decirle á la »humana criatura que se alce de hombros cuando vea »la esclavitud, la tiranía, la guerra, es tanto como de»cirle que renuncie al empleo más noble de sus altas »facultades y al más riguroso de sus deberes morales. »Indiferente que la familia tenga esta ú otra dignidad, »que el Estado tenga esta ú otra forma, que la ley ten»ga esta ú otra fuerza, que el derecho tenga mayores ó »menores áncoras, que el arte reciba de la inspiracion »mayor ó menor hermosura, que las instituciones se »ajusten ó no á un ideal del progreso; indiferentes tan»tos ideales de justicia, cielos tan dilatados del pensa»miento humano, cosas tan caras á la vida ¡oh! es caer »en la utopia que paraliza los movimientos naturales »del humano linaje, y convierte nuestro planeta en una »misérrima celda. No puede sernos indiferente ni el »átomo de pólen que se desprende del pétalo de una »rosa, ni la invisible figurilla del pobre infusorio que »se mueve y agita en una gota de agua. No puede ser»nos indiferente ni la piedra del camino. ¿Y habrán de »sernos indiferentes nuestros conciudadanos, su vida, »su honra, su fortuna?»

¿Y á quién se lo cuenta V.? Yo soy un ejemplo vivo de cómo se ha de entender la indiferencia ignaciana: yo procuro *hacerme indiferente* como enseña el Santo; y estoy cierto, sin embargo, de que no faltó á sus enseñanzas al no poder ni querer oir con indiferencia las calumnias que acumulan sobre su elevadísima cabeza, que la Iglesia ha coronado con el nimbo de los Santos.

Ni puedo ni quiero dejar de indignarme en este caso, porque está indudablemente incluido en el mandato de Dios cuando nos dice:

Irascimini et nolite peccare. Airaos, indignaos, pero no pequeis. Esto supuesto, diremos con Neptuno:

Sed motos praestat componere fluctus.

Aunque para calmarme más pronto lo mejor será tomar unas cucharaditas de *nirvana india.*

Verán Vds. como con el tiempo, gracias á Castelar, la *nirvana india* va á ser un cúralotodo y á sustituir á la *Margarita de Loeches*, al jabon de los *Príncipes del Congo* ó al *anís-Sagasta.* ¡Cómo si lo viera!

Pues como íbamos diciendo, la teoría indiferentista en San Ignacio se explica por los propósitos que le atribuye el Sr. Castelar.

San Ignacio quiere convertirnos á todos en tornillos; y ya ven Vds. si esto presupone en nosotros indiferencia.

«Esa indiferencia no tiene más objeto que separar al »hombre del mundo, del Estado, del hogar, para con»vertirlo en un órgano de misterioso y poderosísimo »organismo, en el cual se le pedirá tanta cuenta de lo »que cree, de lo que piensa y de lo que siente, como »puede pedírsele al tornillo de una máquina.»

San Ignacio además—segun lo ha descubierto Castelar en sus Ejercicios—intenta con ellos promover una huelga monstruo, universal, en cuya comparacion son tortitas y pan pintado

todas las huelgas habidas y por haber. San Ignacio quiere establecer como ley general de los cuerpos y de los espíritus el *dolce far niente:* tumbarse á la bartola; he ahí el bello ideal de la humanidad, y eruptar entre ronquido y ronquido con un gesto de la más desdeñosa indiferencia la fórmula fatalista de los hijos del Profeta: ¡Estaba escrito!

»Por la ociosidad natural á las meditaciones, el jesuitismo acaba con la virtud creadora del trabajo; y »por la indiferencia impuesta respecto á todas las cosas »creadas, el jesuitismo acaba con la incesante actividad »del espíritu.»

¡Acabáramos!

¿Han acabado Vds. de convencerse de que los *Ejercicios* son... *el acabóse?* Pues... apaga y vámonos.

[L]

¿*Qué hay que notar de la* Cristología *Ignaciana?*

CASTELAR: «No hablemos de lo que podríamos llamar su *cristología.* Así como Dios es á sus ojos el »tirano que fabrica un monumento inmenso, para glorificarse; Cristo es á sus ojos el capitan que alista una »milicia para defenderse.»

¡Falso, falsísimo! Ni Dios es un tirano á los

ojos de Ignacio, ni Cristo un capitan que trata de defenderse.

En la contemplacion conocida vulgarmente con el nombre de *El Reino de Cristo,* San Ignacio llama á Cristo «Rey eterno,» y «Señor universal» y «Eterno Señor de todas las cosas,» y en la meditacion *de dos banderas* á que principalmente alude Castelar, le llama «Sumo Capitan y Señor nuestro,» y «Sumo y verdadero Capitan general de los buenos,» y «Señor de todo el mundo;» y al nombrar á Lucifer «mal caudillo» tan solo, ya establece entre los dos combatientes infinita diferencia.

Bien sabemos todos los cristianos que Cristo ya no tiene que defenderse en su Persona, sino solamente en sus miembros: Cristo nos conquistó el reino de los cielos embrazando su cruz y derramando toda su sangre, y nadie le podrá derribar de su trono de gloria ni arrojar de su reino, que no tendrá fin, *cuius regni non erit finis:* la corona que ciñe á sus sienes como es de gloriosísimas espinas, nadie se la podrá arrancar.

No necesita, pues, defenderse; pero nosotros sí, necesitamos imitarle si queremos defendernos de nuestros enemigos y entrar en el reino de los cielos.

Por eso Ignacio, en estas hermosísimas me-

ditaciones tan propias de su carácter guerrero y pundonoroso, pone en boca del Rey eterno palabras capaces de enardecer noblemente los ánimos para las grandes luchas de la vida, y de atraer á todo el mundo bajo los pliegues de su inmaculada bandera.

Esto, sin embargo, no gusta á Castelar; y mojando su pluma en el cosmético de mística de tocador, especie de bandolina espiritual para uso de ciertas almas vaporosas que han amado mucho... demasiado, se lamenta en este tono menor:

> «Aquel cordero inmaculado, que sólo abrió su boca »para bendecir, y sólo abrió sus brazos para socorrer »y sólo tuvo corazon para amar; quien allá en el huerto »envainaba la espada de Pedro, y allá, en el Calvario, »intercedia por sus perseguidores y por sus verdugos, »truécase, merced á la cristología de Ignacio, en una »especie de paladin feudal, con armas y con arreos, se»guido de brillantísima milicia.»

A todo esto hay que poner muchas acotaciones: el Cordero inmaculado abrió su boca no sólo para bendecir, sino para decirnos clarito que no habia venido á traer la paz sino la espada; con aquella misma boca que bendecia, llamaba á ciertas gentes «raza de víboras y sepulcros blanqueados;» con la misma boca que bendice ha de decir á los que no le confiesen como San Ignacio, «Rey eterno y Señor de to-

das las cosas:» «¡Id, malditos, al fuego eterno!»

Aquel Cordero inmaculado, no sólo abrió sus brazos para socorrer, sino que los alzó en alto para esgrimir unos cordeles con que arrojó á los profanadores del Templo; porque así como tuvo y tiene Corazon para amar más que nadie, tuvo y tiene Corazon para aborrecer como ninguno; para amar la justicia y odiar la iniquidad. *(Dilexisti iustitiam et odisti iniquitatem.)*

Tan léjos está la Cristología de Ignacio de ser concepcion peculiar suya, que tiene Ignacio por predecesores de esta manera de concebir á Cristo en la gloriosísima empresa de la Redencion, á los más grandes Profetas, á los más grandes de entre los santos Padres y Doctores y sagrados expositores y escritores ascéticos cuyas citas nos harian interminables.

No podemos, sin embargo, resistir al deseo de hacer pasar un buen rato á Castelar como tan orientalista y amigo de nuestra clásica literatura, trascribiendo á este propósito unos párrafos de *Los Nombres de Cristo* del incomparable Fray Luis de Leon:

«Mas decidme, Juliano, ¿prometió Dios alguna vez á su pueblo que les enviaria su brazo y fortaleza para darles victoria de algun enemigo suyo, y para ponerlos no sólo en libertad, sino tambien en mando y señorío glorioso? Y ¿díjoles en alguna parte que habia de ser su Mesías un fortísimo y

belicosísimo capitan, que venceria por fuerza de armas sus enemigos y extenderia por toda la tierra sus esclarecidas victorias y que sujetaria á su imperio las gentes?» «Sin duda que así se lo dijo y prometió, respondió Juliano.«¿Y prometióselo, por ventura,—siguió luego Marcelo—en un solo lugar ó una vez sola, y esa acaso y hablando de otro propósito?» «No, sino en muchos lugares, respondió Juliano, y de principal intento y con palabras muy encarecidas y hermosas.» «¿Qué palabras ó qué lugares son esos? Referid algunos si los teneis en la memoria.» «Largos son de contar, dijo Juliano, y aunque preguntais lo que sabeis y no sé para qué fin, diré los que se me ofrecen.

David en el Salmo XLIV hablando propiamente con Cristo, le dice: Ciñe tu espada sobre tu muslo poderosísimo, tu hermosura y tu gentileza; sube en el caballo y reina prósperamente por tu verdad, y mansedumbre y por tu justicia...»

Y Esaías en el cap. XLI por otra manera:

—Pondrá ante sí en huida las gentes, perseguirá los reyes; como polvo los hará su cuchillo, como astilla arrojada su arco... Y como despues él mismo:—Yo, dice, te pondré como carro y como nueva trilladera, con dentales de hierro trillarás los montes y desmenuzarlos has, y á los collados dejarás hechos polvo; aventáraslo y llevarlos ha el viento y el torbellino los esparcerá.—Y cuando el mismo Profeta introduce al Mesías, teñida la vestidura con sangre, y á otros que se maravillan de ello y le preguntan la causa, dice que él le responde:—Yo sólo he pisado un lagar, en mi ayuda no se halló gente; píselos en mi ira y patéelos en mi indignacion y su sangre salpicó mis vestidos y he ensuciado mis vestiduras todas.—Y en el cap. XLII:—El Señor, como valiente saldrá, y como hombre de guerra despertará su coraje, guerreará y levantará alarido y esforzarse ha sobre sus enemigos:—mas es nunca acabar.»

Y luego Fray Luis de Leon pone en boca de

los judíos una objecion, que es la única defensa que en nuestro caso tiene Castelar:

«Mas dirán:—Esperamos lo que las sagradas letras nos dicen, y con lo que Dios promete nos contentamos, y eso tenemos por mucho. Leemos capitan, oimos guerras, y caballos, y saetas y espadas; vemos victorias y triunfos, prométennos libertad y venganza... Lo que oimos eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos.—Siempre fué flaca defensa asirse á la letra cuando la razon evidente descubre el verdadero sentido.....

Claro es que su obra de aqueste *brazo de Dios* no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y así, conforme á esto le arma de punta en blanco con todas sus piezas en otro lugar (Isaías) diciendo: Vistióse por loriga justicia, y salud por yelmo de su cabeza; vistióse por vestiduras venganza, y el celo le cubrió como capa.»

Y todavía, no obstante, seria capaz Castelar de repetir:

«La concepcion religiosa que atribuye á la vida universal toda, y especialmente á la vida humana, el carácter de una guerra implacable y eterna entre Satanás y Cristo es una concepcion esencialmente maniquea.»

¿Maní... qué?

«No de otra suerte concebian el universo los persas, no de otra suerte los gnósticos, no de otra suerte los albigenses.»

¡Cátate ahí á San Ignacio convertido en albigense, en gnóstico y en persa!

Vamos, vamos, no hay que poner motes. Pues aunque San Ignacio no hubiera dicho que la vida humana es lucha y guerra implacable, demasiado alto lo están diciendo las malas pasiones de cada uno y las malas pasiones de todos, cuya suma total es la suma de todas las desdichas humanas que convierten el mundo en un inmenso campo de batalla.

Y que además de los enemigos visibles hay enemigos invisibles y acaudillados por un tal Mefistófeles, que lo mismo da de cuchilladas que pespuntea la vihuela, eso lo saben todos los Faustos y las Margaritas del mundo; que vale tanto como decir que lo sabe todo el género humano.

Ahora lo que no ha dicho San Ignacio es que la lucha entre Satanás y Cristo sea una lucha *igual*.

Entre Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y el ángel caido, criatura maldita para siempre de Dios, hay distancia infranqueable, diferencia infinita.

Entre los auxilios de la gracia divina y las sugestiones diabólicas, la disparidad es enorme.

Pedimos, por lo tanto, á Su Señoría, que retire estas palabras con todas sus consecuencias atribuidas á Ignacio.

«La lucha no puede ser esa lucha igual, sin que Ba»bilonia se levante al nivel de Jerusalen y el demonio »se convierta en una especie de Dios. He ahí el resulta»do triste de tal maniqueismo, la divinizacion del demo»nio para trastrocarlo en una especie de general digno »de competir con Cristo y de emular á Cristo, si no en »bondad y justicia, en poder y fuerza. El mal no tiene »de suyo el absolutismo que le presta San Ignacio.»

No, ya sabemos que más que absolutista, el mal es naturalmente democrático; como que desde los tiempos prehistóricos anda con el *non serviam* á vueltas gritando: ¡Viva la libertad, y ancha Castilla!

Le gustan las formas populares, y mientras más, mejor; los oradores populares, y, sobre todo, los populacheros.

El mal de que aquí se viene hablando, ó sea Satanás, tiene por amiga á la demagogia, el desórden supremo es su forma de gobierno y vive en la anarquía como en su elemento.

Ese mal existe y con él otros muchos males; pero parece que Castelar niega su existencia.

«No busqueis el mal en los grandes conjuntos del »universo ni en la obra toda del Criador.»

Cierto, no es menester buscarlo; él se hace el encontradizo, y acercándose á los incautos les dice al oido: no creais que Satanás existe ni que existe el infierno; ó si existe el uno y lo otro... será interina, provisionalmente...

«Como no ha existido (el mal) desde la eternidad,
»no durará una eternidad, cual creen las supersticiones
»vulgares.

Y Mefistófeles hace el bajo á estas palabras de Castelar, acompañándolas con espeluznantes carcajadas.

¡Cuántas veces se habrá escuchado el sordo rumor de las carcajadas infernales entre el rumor de los populares aplausos, al oir, por ejemplo, apódosis castelarinas como la siguiente tomada de su discurso sobre *El socialismo*, y en la que quita, como con la mano, el temor á la muerte y al infierno!

«(El hombre) si muere, muere para despertar en
»otro astro más luminoso, en otro planeta más florido,
»hasta que merced á esta continua perfeccion de sí
»mismo, llega á convertirse en el aroma en que se per-
»fuman todos los seres, en el éter en que se bañan to-
»dos los mundos, en la impalpable esencia de que se
»alimenta todo el Universo.»

¡Ahora salimos con que V. admite la *nirvana india!*

Vaya... pues, hasta la vista: expresiones á la *nirvana.*

[M]

¿A qué llegan, por fin, los artificios de los Ejercicios de Ignacio?

CASTELAR: «Todos aquellos artificios llegan, por fin, »á producir tal alucinacion, que las facultades humanas »se trasforman, las ideas invisibles se materializan, y el »individuo pierde su propia individualidad natural para »trastrocarse muy pronto en otro ser distante de la rea»lidad, y soñado por las abstracciones de aquel que le »ha impuesto en su plan metafísico un extraño y nuevo »espíritu.»

Examinemos algo de este *plan metafísico.*

«En cuanto se ha llegado á la meditacion espiritual, »no hay para qué acordarse de los demás. El meditador »debe por necesidad, en sí propio recluirse y á sí pro»pio solamente consagrarse. Ya en esta soledad singu»lar verá los ojos de Jesus en él concentrados y fijos, »los ojos de Jesus, á quien habrá de tomar, no sólo »como Maestro que le enseña la fe, sino como tipo y »modelo que le enseña la vida. *(¡Qué quisiera más el* »meditador *que ver los ojos de Jesus!)* Y habrá de »preguntarle por qué condiciones y bajo qué punto se »ha hecho hombre para él solo, para un solo individuo, »para una sola persona, encerrándose en las entrañas »de María, y viviendo pobre, y sufrido, y atribulado y »enfermo *(nunca estuvo enfermo)* y débil, hasta el ex»tremo de llegar á la muerte dolorosa en el más afren»toso patíbulo. A estas preguntas contestará bien pron»to una voz sobrenatural, si median las necesarias prác»ticas y los necesarios ejercicios.»

Segun las trazas, en todo esto debe andar algo de nigromancia, algo de *magia negra,* algo, en una palabra, del espíritu de Piton, que convierta á los ejercitantes, (*educandos* y educandas), en pitones y pitonisas.

Habrá, cierta gente muy capaz de creer que esta *voz sobrenatural* contestará bien pronto á las preguntas que se hagan; no de otro modo que en la aventura de la *cabeza encantada,* merced á disimulado cañon «á modo de cerbatana,» el invisible sobrino de D. Antonio contestaba á las preguntas de D. Quijote, y de Sancho y demás interrogantes, logrando así que se les erizasen «los cabellos á todos de puro espanto.»

Pero los miles y miles de personas que han hecho los Ejercicios de San Ignacio, no podrán ménos de reirse de la candidez, por no decir otra cosa, de los que admiten que en la «soledad singular» de los Ejercicios se ven «los ojos concentrados y fijos de Jesus,» y se oye, *toties quoties* «median las necesarias prácticas,» *una voz sobrenatural.*

¿Qué prácticas serán estas? Algun traba-lenguas como el del *constantinopolizado:* ¿Quién lo *desconstantinopolizará?* El *desconstantinopolizador...* el *meditador* que tales meditaciones meditare, que tales cosas viere y oyere... buen *meditador* será!

Pero ¿qué decimos? si la primera y aun única condicion del *meditador* es... no meditar; dar un soplo á la luz de su inteligencia, y quedar completamente á oscuras.

Verdad es que entónces le queda un recurso: abrir la boca y comer papilla como un niño acabado de destetar.

«*(Ignacio)* No le deja *(al alma humana)* ni que »busque por sus propias inspiraciones, por su propia »luz el raciocinio y el argumento en que ha de basarse »la creencia para unirse más estrechamente con el »dogma. Le da, como si el entendimiento fuese un eter»no niño, comida intelectual mascada.»

Ahí teneis las Casas de Ejercicios convertidas en Casas de Maternidad.

«Y luego ese afan de que los sentidos lleguen á don»de no pueden llegar; y de aquí que los sentidos re»presenten lo que no pueden representar *(pues entón»ces ¿cómo lo representan?)*, y de aquí que los sentidos »sean lo que no pueden ser *(pues entónces ¿cómo lo »son?)* revela en el método un inexperto empirismo »*(es decir, que el autor no ha sido cocinero ántes que »fraile)* y en la doctrina una grosera sensualidad.»

¿Qué me quereis decir con esa palabra *grosera*?

«¿Qué me quereis decir de esa resurreccion de Cristo, »la cual se percibe por el paladar como cualquier bazo»fia de convento? Los misterios no se piensan, no se »razonan; se ven, se oyen, se huelen, se comen y se »digieren.»

¡Puf! ¡Tapa! ¡Tapa! ¡Cómo baja de estilo á veces el Sr. Castelar! ¡Qué lástima de hombre! ¡Convertir las Casas de Ejercicios en algo así como un figon ó una Tienda-Asilo, en que por una módica retribucion, y aun *gratis et amore* los embonetados sirvientes, no con bonetes blancos, sino negros, os sirven raciones de bazofia espiritual, potaje de consideraciones materiales recalentadas en espíritu de vino!

¡Qué chasco, pero qué soberano chasco se habria de llevar el Sr. Castelar si alguna vez cayera en la tentacion de hacer de veras Ejercicios!

Estoy seguro que los jesuitas le tratarian hasta con mimo, en atencion á su edad y á sus *merecimientos*. Me lo han dicho en secreto, y como los secretos de los jesuitas son el *secreto á voces*, yo se lo digo al oido al público, para que nadie se entere.

El dia en que Castelar se decida á ver por sus ojos que es falso todo lo que él ha creido de los Ejercicios y de los jesuitas, estos señores, serán capaces hasta de ponerle un calorífero en la consabida «celda húmeda y fria.»

Pero *¡hélas!* imposible parece que llegue á tal extremo de santa locura, el que con pocos renglones de distancia ha dicho que el jesuitis-

mo «jamás tomó para nada en cuenta nuestra naturaleza,» y «el jesuitismo conoce como pocas escuelas la naturaleza humana, porque la estudió profundamente;» el que dice que el *Probabilismo* de los jesuitas aceptado ya y practicado por la Iglesia, «se resuelve en fin y término en el más asolador escepticismo;» el que llama á los jesuitas «adoradores de la materia y de la fuerza;» imposible, decimos, parece que, sobre todo, el eterno cantor de la libertad, se exponga á riesgo de perderla para siempre. Y ya lo sabe él y ya nos lo advierte con su poderosa voz, para que no caigamos en la ratonera de los *Ejercicios:*

«Este trastorno (*en los Ejercitantes*) de las facultades »intelectuales y esta subversion de la jerarquía espiri»tual, no tienen más objeto que matar la razon y la »conciencia, para mejor apercibir al hombre á la ser»vidumbre.»

Y ántes habia dicho:

«... por recluirlo en sí mismo, por entregarlo á la so»ledad de una meditacion fantástica y á las contempla»ciones de un mundo imaginativo é imaginado, lo hace »al hombre, íbamos diciendo, un ser abstracto, la cifra »de un cálculo, la niebla de un misterio, el sumando de »una suma imposible, la más abstracta é inverosímil »de todas las abstracciones. ¡Ah! Es su teoría una teoría »verdaderamente asiática, por el escollo doble sobre »cuyas estrías á un mismo tiempo llegan á estrellarse »y perderse la sociedad y el individuo.»

Así pues, ¡mucho ojo! ¡que asan carne! Hay que dar la voz de alerta; más aún, tocar á somatén, y gritar: ¡Ciudadanos! ¡á defenderse! ¡la libertad está en peligro! la *nirvana india* nos amenaza por medio de los Ejercicios!

¡La *nirvana!* *¡Voilà l'ennemi!*

«la materialidad sensual de las contemplaciones, el re»lieve absurdo dado á las ideas místicas, la transfor»macion de los dogmas en esencias y en manjares, prue»ban cómo la parte material de nuestro ser se sobrepo»ne á la parte moral é intelectual en el jesuitismo, á fin »de convertir las criaturas inteligentes, libres, morales, »en instrumentos ciegos de una fatalidad implacable, »sujetos á la obediencia y á la servidumbre absolutas, »como los cuerpos inertes á las fuerzas mecánicas del »Universo.»

XXII

EL COLOSAL PATÍBULO DE LA HUMANA LIBERTAD

De mí sé decir que por veinte Arzobispados de Toledo no quisiera haber firmado de mi nombre palabras tan temerarias y perjudiciales contra el menor cristiano del siglo; porque no puedo entender qué satisfaccion haya de hacer que baste el que en infamia de tantos se arroja á afirmar semejantes escándalos.

(*Carta del P. Fr. Luis de Estrada, en que alude al* Maestro de Salamanca.)

DICE Quevedo, que cuando los romanos tuvieron mucho que perder, entónces lo perdieron todo: esta es la suerte de los grandes imperios y de los grandes hombres del mundo. Castelar ya se puede decir que ha llegado á esta época tristísima; ha caido en tierra agobiado por el peso de tantas coronas,

derribado por el huracan de tantos bravos y aplausos; le han dejado ahí, en medio de la calle, y va á llegar á no despertar siquiera la conmiseracion de los transeuntes.

Los demagogos le abominan como á un tránsfuga, los demócratas le mofan como á un platónico, solamente los encargados de esa costosa mogiganga del turno pacífico de los partidos se dignan alquilarle algunas veces; cuando en las corridas *Charlamentarias* del *Chiarlamentarismo,* ha de haber fuegos de bengala y lluvia de estrellas, de esas que los palurdos contemplan más que con los ojos con la descomunal abertura de los ¡aaaah! de su cándido entusiasmo.

¡Castelar va perdiendo admiradores, va perdiendo amigos, va perdiendo la voz, va perdiendo el oido, va perdiendo la fantasía creadora, va perdiendo el humor, en fin, lo va perdiendo todo!

¡Con tal que no pierda por fin el alma!

La obra de Castelar, verdadera curva reentrante que empieza en Castelar y en Castelar concluye, como no ha sido más que *¡palabras, palabras!* se las ha llevado el viento.

Lo contrario sucede á las obras cimentadas en bases sobrenaturales y divinas; cuanto más tiempo pasan más inconmovibles están, cuanto

más se las estudia más grandes aparecen, cuanto más admiran más admiracion despiertan.

Tales son las Constituciones de la Compañía de Jesus, la gran obra de Ignacio despues de los Ejercicios. Quien no conoce los Ejercicios no conoce á Ignacio, y quien no conoce las Constituciones no conoce ni á Ignacio ni á su Compañía, que no es otra cosa que las Constituciones vivas.

Por encima de los Ejercicios y por encima de las Constituciones hay que escribir: hasta aquí llegó un solo hombre, y ese hombre se llama Ignacio de Loyola; medid por ahí si podeis la altura de ese coloso.

Castelar, como no mide muchas pulgadas, desiste de tomar estas medidas, y en cambio escribe una parodia seria que no deja de tener chiste:

«Veamos el carácter general de las Constituciones jesuíticas. Son sus reglas como la geometría de una pirámide en lo rigurosas y fatales. *(Ya lo saben ustedes, las Constituciones son fatales como una pirámide; lo mismo podria haber dicho son fatales como un queso de bola.)* Es su carácter, como el carácter de las monarquías absolutas y de los ejércitos permanentes. *(¿No saben Vds. cuál es ese carácter? ¿No? Pues ya saben Vds. cuál es el carácter de las Constituciones: ese, ese mismo.)* El de arriba manda sin freno (*¿y sin baticola?)* y obedece á su vez el de abajo sin exámen.»

¿Por qué no dirá más claro que el de abajo obedece como una bestia?

Sin duda alguna, el candidato que pretende entrar en la Compañía de Jesus, debe sufrir el siguiente interrogatorio:

—¿Para qué nos dió Dios el entendimiento?

—Para que nos lo dejemos á la puerta de la Compañía.

—¿Quién será, por lo tanto, el mejor jesuita?

—El más bruto.

—¡Aprobado! puede nuestro Hermano pasar adelante.

Para ser buen jesuita está demás el entendimiento y demás la voluntad. Castelar lo dice; y añade más:

> «La conciencia misma debe suprimirse, porque aun »cumplido un acto inmoral, por rigurosa obediencia en »esta virtud capital se hallaria, si no, su justificacion, »por lo ménos su excusa y su irresponsabilidad.»

El autor de *¿Qué son los jesuitas?* contra la doctrina á ellos atribuida de que el fin justifica los medios, aun los inmorales, dice: «Ningun es»critor jesuita, entre los cien mil y más que han »publicado libros, enseñó jamás directa ni indi»rectamente, ni ha insinuado siquiera semejan»te perversidad. Entiéndase que decimos *nin»guno, ni siquiera uno solo.* Esta doctrina fué »atribuida al P. Escobar, y la verdad es que él »enseñó todo lo contrario. He aquí sus palabras:

»(lib. III, cap. VI, n. 73.) Si la accion es mala »por su objeto, ó sea en sí misma y es ordenada »á buen fin, no por esto deja de ser inmoral, »*sino que permanece absoluta y simplemente* »*mala;* v. gr., el robar para dar limosna.»

Ó escribir *ciertas cosas* para comer.

Pero prosigan los luminosos estudios de Castelar sobre las Constituciones:

«Hay dos códigos fundamentales en la Compañía »*(falso)*, las constituciones de San Ignacio y las decla- »raciones de Lainez.»

El Sr. Castelar se ha dejado cándidamente sorprender en esta y en otras infinitas noticias del Instituto, que no pueden leerse sin soltar la carcajada.

«Los novicios deben decir si aspiran á una de estas »tres categorías admitidas por los estatutos, ó bien á la »categoría de laicos, ó bien á la categoría de eclesiásti- »cos, ó bien á la categoría de indiferentes.

¡Divino! ¡divino! ¡Vamos! la verdad es que han engañado á S. S. miserablemente.

«El dia regulado anticipadamente por el Superior, »como se regula el movimiento de la máquina, empie- »za en todas las estaciones á las cuatro de la mañana.»

¡No, que no! Si los jesuitas lo mandan, el dia tiene que empezar á las cuatro de la mañana en punto.

«Apénas levantado, el novicio debe hincarse de rodi»llas en el suelo, y afligirse y macerarse las carnes con »golpes y con azotes.»

¡Pobres criaturitas de catorce años! (porque segun Castelar, «los novicios han de tener catorce años;») ¿para qué tanto rigor, si no han de desencantar á la sin par Dulcinea del Toboso?

«Obligado (el novicio) á ganar por medio de sus ora»ciones veinte jubileos al año, ya reza como máquina, »despues de cierto tiempo, y pronuncia sus rezos como »pudiera pronunciarlos cualquier figura mecánica, pues»to que la repeticion continua de los más sagrados for»mularios, embota en él toda sensibilidad.»

Se convierten, pues, los novicios, perdida *toda sensibilidad,* en las hayas ó los alcornoques descortezados por el marrullero de Sancho Panza; y sufrida tal metamórfosis, ya pueden llover azotes! Además, que el novicio dirá para su santiguada: Si buenos azotes me doy, buenos *veinte jubileos al año* me gano.

¿Qué jubileos serán estos? ¿Y qué pensará el Sr. Castelar que es ganar jubileos?

«A la edad de veintiocho años entran (los jesuitas) »en Sagrada Teología... *(¡Hombre! ¿qué me cuenta V.?)* »á la edad crítica de los treinta y tres años el jesuita que»da consagrado Sacerdote. *(¡Esto es grave, muy gra»ve!)* Así, primero se le llama *Scholasticus approbatus*, »y despues se le llama *Scholasticus formatus*.»

¡Qué erudicion desconocida aun por los mismos de la Compañía, que jamás han fijado tales tiempos ni tales *edades críticas!*

«La Sociedad de Jesus se halla compuesta de cinco »clases: *(¿Ahora resultan cinco? ¿y las tres anterio»res categorías de laicos, eclesiásticos é indiferentes?)* »afiliados (1), los cuales pueden vivir en el mundo *(ó »donde les dé la gana)*, escolares (2), coadjutores lai»cos (3), ó eclesiásticos (4), profesos de tres votos (5) y »profesos de cuatro votos (6). *(Luego resultan seis.)*»

No creia yo que el Sr. Castelar fuese tan sencillo que, respecto á *los afiliados, los cuales pueden vivir en el mundo,* asegurase como artículo de fe la existencia de

«el jesuita de hábito corto *(frac, americana ó blusa; »á escoger)* el afiliado civil, remedo en todo de la Órden »Tercera de San Francisco *(en la Compañía jamás hubo »órden tercera ni cuarta, ni remedos de ningun géne»ro)* remedo en todo de la Orden Tercera de San Fran»cisco, pero sometido, á pesar de su aparente indepen»dencia, con sumision servil, á la incontrastable supe»rioridad de un poder indescifrable y supremo.»

¡Jesus, qué miedo! Bien es verdad que el caso no es para ménos: figuraos que

«cada soldado de Jesus *(hasta los de hábito corto, »sea frac, americana ó blusa)* lleva junto á sí como »sombra de su propio cuerpo, un centinela que le »guarde, un esbirro que lo prenda, un espía que lo »vigile, no sólo en sus actos claros y públicos, en sus »pensamientos recónditos y secretos.»

En la actualidad hay más de doce mil jesuitas en el mundo (sin contar los de hábito corto, por supuesto), y como cada uno tiene un centinela, un esbirro, y un espía, resulta que tienen en pié de guerra doce mil y más espías, doce mil y más esbirros, doce mil y más centinelas, que junto con los doce mil y más jesuitas en servicio activo, forman un ejército permanente (número redondo) de más de cincuenta mil hombres. Así se explica como

«la Compañía tiene un poder oculto en la Iglesia, y otro »poder oculto en el Estado.»

El poder que tiene el ¡Bú! en los labios de la niñera.

En alguna ocasion he visto una caricatura de Castelar con chichonera: sólo debajo de una chichonera se comprende que inspire todavía miedo el Bú, el Coco de los jesuitas.

Aunque todo se puede temer, suponiendo todas aquellas enormidades de la humanidad convertida en un inmenso tornillo, y estas otras de la *mecánica aplicada* que tanto deleita á Castelar:

«Como todos se despojan de su voluntad y de su »pensamiento, se aperciben á la más ciega obediencia, »se toman á sí mismos por partes mecánicas, por partes »inertes de una máquina que otro monta é impulsa. »*(Eso es; el General, que es el gran motor, dice á unos »y á otros: Vosotros sois tornillos, vosotros émbolos, »vosotros ruedas dentadas, vosotros correas sin fin...)* »Como no han de examinar la verdad ó el error de »aquello que les dicen, la moralidad ó inmoralidad de »aquello que les mandan, como saben que tienen astuto »inquisidor á su lado, capaz de sorprenderles hasta en »la raíz de sus ideas y en el asomo de sus móviles, re»signanse á la renuncia de su propio ser y entran en un »ejército compuesto de almas y circuido de sombras, »ejército que no retrocederá por servir al Papa y á su »Iglesia, ni ante las maldiciones de la historia, ni ante »los furores del infierno.»

Todos estos horrores, que forman las delicias de los hijos de Ignacio, sirvieron ya desde el principio y servirán hasta el fin de los siglos para

»componer ese inmenso y colosal patíbulo de la huma»na libertad, que se llama la Compañía de Jesus.»

Acumulemos, pues, todas las maldiciones de la historia sobre la Compañía.

«Compañía siniestra, cuya solidaridad con el Pontifi»cado y con el poder temporal ha sido tanta que no »podrian hoy mismo separarse sus límites y conocerse »sus diferencias. Mística por sus ideas, resultó maquia»vélica por sus procedimientos. Pagada del supremo fin »de salvar á la Iglesia, creyó buenos todos los medios »conducentes á conseguirlo. Separóse del mundo para »oprimirlo mejor, y despreció todos los bienes mate»riales para mejor allegarlos. *(¡Capaz será Castelar de*

»creer *que todos los cafés Suizos y las máquinas de* »coser *de Singer son de la Compañía!)* Sus monitorios »secretos la constituyeron pronto en una especie de »asociacion misteriosa, *(¿Con que V. también admite* »*la vulgaridad de la* «Monita secreta?» *eso si no fuera* »*una infamia, seria siempre una ridiculez)* y su indi- »ferencia sobre la santidad y la rectitud de los medios, »la llevaron á fácil corrupcion é inmediato decaimiento.»

Esto último, como todo lo que precede, es absoluta y simplemente calumnioso, por todo lo ancho, por todo lo largo, por todo lo alto y por todo lo profundo.

Lo único que pudiera cohonestar tales asertos seria lo único que aducen los herejes de todas las latitudes y los impíos de todos los climas: el Breve de extincion de Clemente XIV; único documento pontificio que ensalzan sobre las estrellas y que hacen suyo, enteramente suyo, infiriendo así gravísimo insulto á la Iglesia. Pues bien; ese documento, que Castelar tiene el buen tino y buen gusto de no mencionar siquiera en apoyo de sus múltiples calumnias, no contiene ni una sola palabra en contra del Instituto, ni declara en modo alguno culpables á los jesuitas, en nada absolutamente.

Desafiamos no sólo á Castelar, sino á cuantos son más que Castelar en estas materias á que, con el Breve en la mano, nos muestren una sola acusacion concreta del Papa contra los jesuitas.

«Antes al contrario (dice el autor ya citado) »desde el principio deja ver su opinion y bené»vola voluntad hácia la Compañía de Jesus, »significando que el destruirla y privar á la San»ta Sede de institucion que tanto *amaba,* le era »de gran *molestia y pesar.* Y para justificar su »resolucion de suprimirla, no aduce deméritos, »ni delitos, ni el haber degenerado de su Insti»tuto los hijos de San Ignacio, sino la necesi»dad de venir á una concordia con los sobera»nos que demandaban su abolicion.»

A uno de éstos, quizás de los ménos culpables por su falta de alcances, decia Clemente XIII: «*Inocente es por completo, lo decimos á la faz de Dios y de los hombres, el cuerpo, el Instituto, el espíritu de la Compañía de Jesus; y no sólo inocente sino piadoso, útil, santo en su objeto, en sus leyes y máximas; y aun cuando sus enemigos se han esforzado en probar lo contrario, no han obtenido otra cosa que descrédito y aborrecimiento por las mentiras y contradicciones con que han pretendido robustecer sus falsedades.*»

Que Clemente XIII no habla de Castelar en este último párrafo, es evidente; no hay más que recordar que Clemente XIII es anterior á Clemente XIV, y Castelar no es contemporáneo de ninguno de los dos.

Lo decimos para que ningun discípulo del exprofesor de historia de la Universidad central, confunda, como el Maestro, las cosas, y salga en defensa de su Maestro; pues no tiene necesidad de defensa: está convicto y confeso.

Créannos los discípulos y el maestro: *descrédito y aborrecimiento* obtendrán de todos los hombres que tengan por lo ménos sentimientos humanos, los que á la distancia de más de un siglo forman coro con los ministros masones Aranda, Choiseul, Tanucci y Pombal, y sin ninguna prueba de culpabilidad tienen por justa la persecucion y destierro y la decapitacion moral de más de 22.000 jesuitas, que no por serlo quedaban fuera del derecho comun y fuera de la humanidad.

Los reyes borbónicos, los ministros volterianos y todos los jansenistas y filosofastros y masones, al destruir la Compañía de Jesus pretendieron destruir el *inmenso colosal patíbulo de la humana libertad;* aun gentes sensatas y timoratas llegaron quizás á esperar que, lanzado este Jonás al agua, se amansaria la tormenta que amenazaba desolar la Iglesia. Pero la Compañía, á una voz del Pontífice, desapareció bajo las aguas... y la tormenta, léjos de amansarse, se recrudeció y embraveció espantosísimamente; y los Pontífices tuvieron que dejar su solio,

y los reyes y los grandes de la tierra no sólo dejaron sus tronos y sus palacios, sino sus cabezas bajo la cuchilla de la guillotina, inmenso, colosal patíbulo de la humana libertad!

El mismo Castelar lo confiesa á su modo:

«Caidos estos contrafuertes, donde las olas de las »ideas nuevas *(léase: malas)* iban á estrellarse, caidos, »porque la providencia de Dios está en los cielos y el »derecho de la humanidad está en el mundo *(por lo »cual se han vuelto á levantar los contrafuertes)* las »invasiones de la democracia llegaron al mismo pié del »trono y de la Iglesia, llamando y atrayendo así las »coronas de los Reyes, como las tiaras de los Papas »sobre sí el rayo inevitable de las revoluciones po»líticas.»

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

XXIII

CRÍMEN HORRIBLE

Hasta ahora han sido presentados los jesuitas como idólatras del despotismo para envilecerlos; y como predicadores del regicidio para hacerlos odiosos. Estas dos acusaciones parecen un tanto contradictorias, pero no se trataba de decir la verdad, sino de decir de los jesuitas todo lo malo posible.

D'Alamberí.

UNO de los más risibles apóstrofes de Castelar al Fundador de la Compañía de Jesus, es el que le arrancan los proyectos de Ignacio en sus primeros años de apostolado cuando

«sólo hallaba obstáculos en aquella sociedad, esbirros »para celarlo, vicarios para perseguirlo, alguaciles para »prenderlo, carceleros para encarcelarlo, refutadores

»vivientes y prácticos de su doctrina, que al poner co-
»mo primeros ideales una intolerable autoridad arriba,
»y abajo una esclava obediencia, trastornaba los fun-
»damentos más firmes de la naturaleza y destruia las
»facultades más preciosas de la humanidad. Imaginaos,
»un hombre cogido en la rueda dentada de una máqui-
»na, destrozado entre sus resortes y cilindros, quien al
»sentir la fractura de los huesos y el deshile de las car-
»nes pensase, á los estremecimientos del dolor, alzar
»otra máquina todavía más formidable y en la cual se
»precipitase para perderse y deshilarse, como un mon-
»ton informe de machacados despojos, la voluntad y la
»conciencia.

»¡Oh! esa Inquisicion que cela hasta los movimientos
»indeliberados del alma, ese torvo esbirro que mira y
»escudriña en sus sospechas y recelos hasta las secretas
»interioridades del pensamiento, ese monarca supremo
»que sustituye su propio albedrío al íntimo albedrío de
»sus vasallos; toda esa tiranía podrá evitar muchos crí-
»menes y destruir muchos errores, pero desarraiga la
»moralidad de las acciones, sólo buenas si espontáneas,
»y destruye hasta los medios de acquistar libre y hu-
»manamente la verdad. ¿Cómo? *(Aquí Castelar tutea*
»*á Ignacio, y salta y dice:)* ¡Has visto al Santo Tribu-
»nal celarte, y al Vicario herirte, y al Arzobispo expul-
»sarte, y al alguacil recluirte con los criminales en la
»vivienda del deshonor, cuando todo en ti era bueno;
»y léjos de revolverte contra una sociedad tan bárbara,
»la crees todavía demasiado libre; y fundas otra sin
»aire, sin calor y sin luz, donde todavía desaparezca
»más la íntima espontaneidad del espíritu y la sagrada
»naturaleza del derecho! Crímen horrible no purgado
»todavía con tres siglos de maldiciones y de afrentas.»

Voy á imitar sus giros en cuanto es posible á un simple mortal. ¿Cómo? ¡Tú llamas crímen horrible la fundacion de una Compañía aprobada y confirmada por Paulo III como compuesta por «hombres impulsados por el espíritu de

Dios,» por «hijos queridos—como los llama »Julio III—que habiendo dado un adiós á la va»nidad del siglo servian al Señor en espíritu de »humildad y con ardiente celo acompañado de »la doctrina y del ejemplo!» ¿Cómo? ¡Tú llamas crímen horrible la fundacion de una Sociedad que alaban un Paulo IV, un Pio IV, un San Pio V, un Gregorio XIII en veintisiete documentos pontificios, y un Clemente VIII llamándola «brazo derecho de la Sede Apostólica!» ¡Crímen horrible la que Clemente IX llama «Orden celebérrima por la piedad y religion de sus hijos,» y á la que alaban, y bendicen y enriquecen con singularísimas gracias y prerrogativas, entre otros, Gregorio XIV y Gregorio XV; Urbano VIII é Inocencio X; Alejandro VIII y los Clementes IX, y X, y XI; y los Inocencios XI, y XII, y XIII; y Alejandro VIII y Benedicto XIII, y Clemente XIII, y Benedicto XIV, y Pio VII, y Leon XII, y Gregorio XVI, y Pio IX, y Leon XIII. ¿Cómo? Has visto que los Papas encomian á la Compañía, que el Concilio de Trento la ensalza, que grandes Santos la bendicen, que la juventud la sigue como á su Maestra, que los pueblos idólatras la veneran como á su salvadora, que el pueblo cristiano la ama como Madre, y que sólo los herejes, y los impíos y la hez de la plebe á veces engañada, la

persigue como implacable enemiga; y léjos de revolverte contra estos últimos, haces causa comun con ellos y creas con tu poderosa imaginacion un San Ignacio que no ha existido ni ha podido existir, porque lo contradictorio es imposible, y creas una Compañía de Jesus sin aire, sin calor y sin luz, sin cuerpo y sin alma, sin pudor y sin vergüenza, sin conciencia y sin sentido comun, que ni para Compañía de Lucifer serviria por ser un amasijo informe y monstruoso, incoherente y absurdo de todo lo más estúpido, y estólido y endiablado que puede darse en la tierra, y en los infiernos y en tu propia delirante fantasía!

¡Crímen horrible que si no lo lloras de veras, no lo purgarás por todos los siglos de los siglos! Sí; crímen horrible el tuyo, cuando asientas que la Compañía por boca de Lainez sostiene la tesis de que el Pontífice Romano goza de *todas* las facultades y de *todas* las preeminencias de Cristo. Tesis que jamás ha sostenido ningun cristiano que esté en sus cabales; una vez que ni el Papa tiene la naturaleza divina de Cristo, ni la omnipotencia de Cristo, ni la impecabilidad de Cristo, ni las dotes gloriosas del cuerpo de Cristo, etc., etc., etc.

Y aunque ya sabemos que hablas de la Infalibilidad pontificia, crímen horrible es decir que

»la escuela jesuítica, para sostener su tesis no sintió »escrúpulo de ningun género en aceptar todas las falsi- »ficaciones eclesiásticas.»

Crímen horrible el asegurar que con este intento los jesuitas se tragaron, como si tal cosa, las falsas decretales de Isidoro Mercator y los cinco primeros Concilios, porque

«para sostener la supremacía incontestable y absoluta »del Papa sobre la Iglesia universal, Tomás de Aqui- »no, engañado por la curia romana y sus doctores. »habia metido en los textos de los cinco primeros Con- »cilios, interpolaciones absurdas.»

¿Cómo? ¿Tú has osado estampar, á más de lo que precede, lo que sigue?

Crímen horrible y risible á un tiempo, que se debe purgar de este modo:

¡Oid, rapaces de todas las escuelas cristianas, vosotros los que sabeis bien el Catecismo; oid lo que piensa que es la Infalibilidad pontificia uno de nuestros más grandes hombres, una de las lumbreras mayúsculas, uno de los grandes faroles del siglo de las luces. Teneis permiso de reiros á vuestro sabor y darle una serenata más inocente que la de la noche de San Daniel!

«Ese dogma de la Infalibilidad pontificia, es un dog- »ma esencialmente jesuítico. Rechazado por la Iglesia »universal, que se suicidaba indudablemente de reco- »nocerlo y admitirlo, no se ha puesto entre los dogmas

»capitales del catolicismo hasta que ha llegado esta »nuestra edad, bien triste por cierto en materias reli»giosas. *(Bien triste, en efecto, ya lo estamos viendo.)* »Y merced á este dogma, los miembros de la Iglesia »quedan yertos y sin calor ni sangre, como reducidos »tan sólo á la cabeza, única en realidad con propia in»dependiente existencia.

»Pues ante tal dogma, ni los Obispos son ya nece»sarios, ni los Concilios, bastando con que se asiente á »sus anchas el Papa en la Sede Apostólica y declare »en dogma y moral cuanto le pida el gusto, sin aten»cion á consulta de ningun género, sin deliberaciones »de ningun estilo, como *exento del error* y *del* PECADO »*comunes á la naturaleza humana* y *confundido* é »IDENTIFICADO CON EL ETERNO.

»No se ha llevado ni en los tiempos de los imperios »asiáticos, ni en los tiempos de las apoteosis romanas, »más léjos la idolatría material ó frágil criatura. El »eveherismo, que explicaba los dioses antiguos por di»vinizaciones de hombres, hase realizado con toda su »triste desnudez en el seno de la Iglesia católica.

»Los Papas, que creiamos hombres, y hombres suje»tos, como nosotros, á la debilidad y al error, por fra»gilidades comunes en los fundamentos de la naturale»za humana, al fin y postre han resultado verdaderos »dioses, gracias á *ese dogma verdaderamente materia»lista y ateo de la Infalibilidad Pontificia.*»

Ni en los tiempos de los imperios asiáticos, ni en los tiempos de las apoteosis romanas, se ha confundido como ahora la infalibilidad con la impecabilidad; y es que *nunca se ha llevado más léjos* que en estos ilustrados tiempos, la supina ignorancia de frágiles criaturas.

¿Cómo? ¿Y no te basta con *lo dicho* contra el Papa, y la Iglesia y la Compañía, y aún

añades más leña al fuego y te expones, ¡oh frágil criatura! á «la eterna maldicion de Dios y la eterna reprobacion de la historia?»

¿Cómo? ¿Has visto lo que dicen los enemigos natos de la Compañía de Jesus, lo que dicen todos los protestantes de los jesuitas, y léjos de examinar las pruebas en que se fundan, caso de que existieran, tú, sin pruebas ningunas, das por probada toda la série de pretendidos crímenes que los protestantes ensartan? Esto sí que es crímen horrible que no se purga lo bastante con sacar á la vergüenza las pruebas que contra ti nos suministras.

Helas aquí: En la crónica internacional de *La España Moderna* (Febrero del 91) escribe Castelar:

«Los jesuitas—dicen todos los protestantes á una—»representan una lamentable retrogradacion que sem»brando las guerras religiosas, ha sembrado la calami»dad mayor indudablemente de las sociedades moder»nas. Ellos atizaron las hogueras de la Inquisicion. »Ellos se metieron como los demonios en la carne flaca »del pobre Portugal. Ellos impulsaron á la matanza »de San Bartolomé. Ellos consiguieron la revocacion »del edicto de Nantes, que perturbó la paz religiosa. »Sus negras sotanas dirigieron los ejércitos de Feli»pe II. Su conspiracion maquiavélica y continua en»cendió la guerra de los Treinta Años... Así hablan los »protestantes de los jesuitas.»

Pues oigan Vds. cómo habla Castelar de los

jesuitas en la obra filosófico-histórica de que tratamos:

»Ellos fueron el alma de todas esas reacciones que »han manchado la moderna historia y que han oscure»cido la santa libertad del pensamiento. Su pálida hue»sosa mano tañe la campana del degüello de San Bar»tolomé, y atiza las inquisitoriales hogueras que devo»ran la libertad y la ciencia... En el norte de Italia la »Compañía preside aquellas matanzas que oscurecieron »con vapores de sangre las luminosas crestas del Pia»monte. Y en el mediodía de Alemania desata las fu»rias de la guerra de los Treinta Años... Los jesuitas »perdieron y destronaron á los Estuardos; los jesuitas »combatieron y contrastaron toda reforma de la Iglesia »católica, y la paralizaron en su mortal inercia; los je»suitas persiguieron á las demás órdenes religiosas en »China y fundaron la bárbara comunidad del Paraguay.»

¡Santa Bárbara! ¡Qué barbaridad!

¡Bárbaras las incomparables *Reducciones* del Paraguay cantadas por Chateaubriand y ensalzadas por amigos y enemigos de la Compañía!

Esto ni los protestantes lo han dicho.

Y sin embargo Castelar no es protestante.

Oid la elocuente protesta que, unida con *humilde* y poética profesion de fe... futura, el pontífice del posibilismo lanza *urbi et orbi* desde el balcon de *La España Moderna:*

«Yo, Sres. Diputados, yo, decia entónces quien escribe estas líneas, yo no pertenezco al mundo de la teología y de la fe, creo pertenecer al mundo de la filosofía y de la razon; pero si alguna vez habia de volver al mundo de que partí, no abrazaria la re-

ligion protestante, cuyo estudio seca mi alma, seca mi corazon, seca mi conciencia; esa religion protestante, eterna enemiga de mi patria, y de mi raza y de mi historia; volveria, de seguro, al hermoso altar que me inspiró los más grandes sentimientos de mi vida; volveria de hinojos á postrarme ante la Vírgen Santísima, que serenó con dulce mirada mis primeras pasiones; volveria de seguro á empapar mi espíritu en los aromas del incienso, y en los arpegios del órgano y en la luz cernida por los vidrios de colores y reflejada en las áureas alas de los ángeles, eternos compañeros de mi alma en su infancia, y al morir, Sres. Diputados, al morir pediria un asilo á la cruz bajo cuyos brazos se extiende hoy el lugar que más amo y venero sobre la faz del planeta: la tumba de mi madre.

»Mas ahora que la Iglesia comprende cómo el cristianismo habrá de ser la eterna Religion de los pueblos libres, y mueve á los católicos franceses á la paz y concordia con el régimen republicano tan combatido ántes por el clero; ahora el demócrata de toda la vida está ya en el caso de cumplir lo previsto y anunciado en la Sesion de nuestra inmortal Constituyente del 69 (5 de Mayo) que traslado con las emociones del auditorio aquí del *Diario de Cortes*.

»Citamos todo esto para demostrar con qué mezcla de verdadero entusiasmo y de firme tenacidad nosotros hemos deseado una política como la formulada hoy por la alta sabiduría de Leon XIII, y con qué grande satisfaccion veremos que le sobreviva á él mismo y se vincule en sabio y virtuoso sucesor para trascender al venidero siglo y engendrar un Estado Religioso muy superior al que nosotros hemos podido alcanzar en el corriente siglo.

»El pensamiento humano jamás podrá medir la felicidad moral, y la luz espiritual y el bienestar práctico que habia de traer á las naciones de sangre y de prosapia latinas esta bendicion que acaba de dar el Pontificado á la libertad y á la democracia.

»Yo conozco pocos documentos políticos en la historia universal comparables con esta epístola de

Leon XIII, que debemos poner sobre nuestra cabeza, como si fuese una epístola de San Pablo.

»La paz reina en ella, la paz del *Gloria in excelsis* y del *ósculo santo* en la misa.

»Por eso oíamos su lectura con la cabeza inclinada bajo el peso de un grande respeto y con el corazon henchido del más profundo agradecimiento.»

En suma, Castelar, atribuyendo al Papa *cosas que no dice*, viene á expresarse así: Yo me aparté de la Iglesia católica públicamente porque la Iglesia no estaba conforme con mis ideales ni gustaba de mis escritos y peroratas; pero ahora que veo que la Iglesia ya por fin abre los ojos y cae en la cuenta de lo que es el cristianismo y avanza hácia mí, y se viene conmigo; ahora que en vez de la tiara se pone el gorro frigio, no tengo inconveniente en alargarle la mano y alargar la mano á todos los católicos, diciéndoles con aire de proteccion: ¡Vengan esos cinco! ¡Ahora que Vds. piensan como yo, ahora, ya son Vds. personas decentes!

Castelar podrá alargar su mano y extender su proteccion sobre toda la Iglesia universal; pero queda un pequeño requisito que cumplir ántes que acepten los católicos con el Papa á la cabeza, esa salvadora amistad con que les brinda el gran tribuno.

A todo convertido hay que decirle como al

fiero Sicambro: ¡Quema lo que adoraste y adora lo que quemaste! Cuando veamos que Castelar ofrece á la Iglesia un puñado de cenizas, á que habrá procurado reducir tantas páginas como ha escrito calumniosas para la Iglesia y sus hijos, entónces creeremos que ha llegado la hora en que *el demócrata de toda la vida* cumpla lo previsto y anunciado en la Sesion del 5 de Mayo de 1869.

Porque nosotros seguimos pensando que con «las cimas del Sinaí y las cimas del Olimpo, con las Sibilas y las Musas invocadas por los poetas, y las vírgenes y las mártires, ceñidas por los fieles de una guirnalda de letanías sin fin,» en una palabra, pensamos que «con factores contradictorios,» léjos de formarse «el fondo y la sustancia de una religion verdadera,» no se formará nunca más que el caos.

Porque, como ve S. S., no es posible que el Papa y los católicos estén conformes en admitir en su comunion, al que nos quiere hacer comulgar con las ruedas de molino que han rodado á nuestra vista, y con otras infinitas que no tenemos tiempo de echar á rodar.

No es posible que, sin el previo holocausto de ese puñadito de cenizas, los que creen que Cristo es Dios, el único Dios verdadero, tengan por amigo y hermano al que dice que

»Cristo sin Atanasio y el Concilio de Nicea, hubiera »quedado reducido á un Profeta de más ó ménos ins»piracion, á un Mesías de más ó ménos promesas, á »un Redentor de más ó ménos sacrificios; pero no fue»ra, no, consubstancial con el Eterno Padre y segunda »persona de la Trinidad Santísima.»

Sin mediar ántes ese puñado de cenizas, los que creen que el catolicismo es la única religion verdadera, despues de la cual no ha de haber otra, los que creen el dogma del cielo eterno como del infierno eterno, no es posible que estrechen contra su corazon como á un hermano, al hombre que ha escrito:

«Así como la Biblia fué completada por el Evange»lio, el Evangelio será completado por otras revelacio»nes, y despues de la idea del Hijo y del Verbo, ven»drá la idea del Espíritu á extinguir las llamas del in»fierno y á traer para la humanidad transfigurada y »libre, nuevas y consoladoras esperanzas.»

Los que están muy á gusto con la religion cristiana *presente,* piden ese puñado de cenizas á este Wagner de *la religion cristiana de lo porvenir,* que dice:

«Segun se dilatan los horizontes de la ciencia, crece »la idea de Dios en los profundos senos del alma, y »necesariamente se impone una religion universal.»

Los que abominan de las filosofías de Hegel, de las *selecciones* y transformismos de Darwin

y de las blasfemias de Renan, no podrán hacer buenas migas con el que de estos *luminares* y otros parecidos toma *todo el calor intelectual* que vivifica su alma.

«Sucede que las almas grandes, que las estrellas de »primera magnitud en el cielo de la inteligencia, HE»GEL, *Goethe*, *Victor-Hugo*, RENAN, DARWIN, »*Mill*, *Leopardi*, *Ferrari*, *Espronceda*, *Quintana*, »*Herculano*, *Emerson*, *Parker* y tantos y tantos otros »apénas numerables, *de cuya luz proviene todo el* »*calor intelectual que vivifica hoy nuestras almas*, »¡ah! no pueden creer, no, en las diversas Iglesias, »bajo cuya sombra nacieran y se criaran.»

Y de ahí que necesiten otra Iglesia que no sea la Iglesia católica á la que se refiere Castelar en las siguientes calumniosísimas palabras:

«Lo que se necesita es una Iglesia que no contradi»ga sistemáticamente la ciencia; que no haga del sacer»docio y sus ministerios sublimes, el privilegio exclu»sivo de una casta; que no condene las sociedades hu»manas á vivir bajo el estrecho círculo de las antiguas »coronas; que no trabaje por la servidumbre intelec»tual y no convierta en seres mecánicos los hombres »libres, ni en ergástulas tenebrosas los altares; que no »excomulgue á las democracias modernas, las cuales, al »fundar la República y al traer los derechos naturales »y al erigir sobre las cimas de los Estados la libertad »religiosa, no hacen más que llevar á la vida social y »política las máximas del Evangelio.»

Entre ese puñado de cenizas que pedimos á Castelar habrian de estar esas máximas del

Evangelio *suyo* encerradas en las tres palabras: *libertad, igualdad* y *fraternidad;* «tres palabras adorables—dice Campoamor—que por ser mal entendidas van significando tres abominaciones.»

Ese puñado de cenizas diria á todo el mundo, por confesion de Castelar, que infinitas abominaciones é infinitos crímenes se han patrocinado con estas tres palabras y con otras muchas, por ser mal entendidas y peor practicadas.

Pero como se pretende negar el enlace entre las ideas y los hechos, nadie quiere cargar con la responsabilidad de estos crímenes, porque hay quien no los llama crímenes y hay quién, como Castelar, proclama á la Revolucion que los engendró «tres veces santa.»

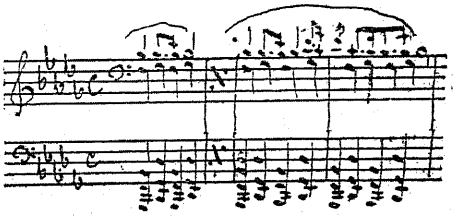
¿Se convence el Sr. Castelar de la necesidad de aventar las cenizas de sus elocuentísimas cuanto erróneas y hereticales páginas?

Mas si á tanto no arrostra, siga, por lo que mira á lo escrito de San Ignacio, el consejo que un viejo Aristarco daba á un escritor novel despues de haber leido su primer engendro literario:

¿Quiéres que quede sin ripio
Tu libro y no cause tedio?
Quítale el fin y el principio
Y déjale... en blanco el medio.

XXIV

UNA PUESTA DEL SOL



(Marcha fúnebre — *Chopin.*)

EL Rey Chico, aunque chico, era rey y desgraciado, y al verle volver los ojos á su Granada

La de los bellos jardines
La de los ricos tesoros...

y al oir cómo desde *El Suspiro del Moro* le envia su adiós postrero, se anublan los ojos y no se puede ménos de exclamar: ¡Pobre chico!

Cuando Homero nos pinta la despedida de Héctor y Andrómaca, y á través de aquel sentidísimo verso de Héctor:

Cai pote tis eipeisin idon cata dacru jeousan·
Ectoros ede gune...

vemos á Andrómaca convertida de reina en esclava, yendo por agua á la fuente de Iperéa, y oimos á las otras esclavas que van con sus ánforas, decirse unas á otras en voz baja como respetando aquel inmenso infortunio: ¡Esa es la mujer de Héctor! nos tiembla la voz en medio del canto, y exclamamos: ¡Pobre chica!

Cuando pensamos en cualquier grande hombre de los muchos que ahora se usan, y le consideramos en su lecho de muerte; mientras más grande hombre haya sido, segun el mundo, más ganas nos dan de exclamar: ¡Pobre hombre!

Y no quisiéramos hablar ya de broma, no: basta por ahora de *schèrzo;* escribamos un *adagio... smorzando y morendo,* pero con el ritmo especial que tendrá el estertor de la agonía de ese grande hombre que se llama... que se llamó Castelar! Porque segun aquello de Jorge Manrique:

Pues que vemos lo presente
Cuan en un punto se es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente
Daremos lo venido
Por pasado.

Estas reflexiones las quisiéramos hacer al compás de la marcha fúnebre de Beethoven en aquel *Andante maestoso,* que á la letra tiene siete bemoles, y que consagra á la muerte de un héroe.

Aunque bien mirado, esta marcha es demasiado clásica para Castelar: prefiero la fúnebre de Chopin, aunque no tenga más que cinco bemoles.

Figuraos que mientras vais leyendo llegan á vosotros de léjos, de muy léjos, las notas perdidas de esa marcha fúnebre, entre ráfagas de viento frio como la muerte y entre hálitos de ardientes y apasionados sollozos de despedida. El primer *motivo* es pausado, monótono como el doble de las campanas, angustioso como prolongadísimo lamento, amargo, insistente en revolver sobre el pobre corazon, como el incesante oleaje de las costas envueltas en la sombra de una noche tristísima: el otro *motivo* que sucede al primero es como eco vago indeterminado de múltiples grandezas, de vítores y aplausos é infinitos placeres que pasaron para siempre, sin dejar en el corazon del moribundo más huella que los amargos dejos de las oleadas de un dolor sin consuelo, los sombríos terrores de la proximidad de una noche eterna! Y vuelve de nuevo el pausado monótono doble de las campanas... y así sucesivamente.

¿Cómo morirá Castelar?

Porque ha de morir, y pronto: ¡que muy pronto será por mucho que tarde!

Pero ¿tendrá tiempo para limpiarse de tanta tinta como ha derramado sobre sí pensando derramarla sobre la historia?

Lady Macbeth en sus ataques de sonambulismo exclamaba restregándose sus pequeñas manos: «¡Cómo tenia aquel viejo tanta sangre! ¡Por qué no se lavan nunca mis manos!»

Castelar quizás restregándose las suyas diga: «¡Por qué nunca se lavan mis manos! ¡Cómo tenia mi tintero tanta tinta, y tan negra!

¡No quisiera yo ver irse á nadie hácia el otro mundo tan manchado de tinta!

Pero ¡y cuántos se van! Ya se ve, se escribe hoy tánto y tan mal, y han dado en morirse tán de repente la mayor parte de los grandes hombres y no pocos de los pequeños!

Hay que convenir en que se hace muy precipitadamente y con muy poca finura la invitacion á la *Danza de la muerte*.

DISE LA MUERTE:

Dançad abogado dexad el dijesto.

DISE EL ABOGADO:

¿Qué fué ora mesquino de quanto aprendy
De mi saber todo e mi libelar?

Y sin tener tiempo para reparaciones, retractaciones ni nada parecido, asiendo del asqueroso metacarpo de la muerte, se alejan los libelistas danzando mal de su grado la última galop infernal, la danza macabra.

El Petrarca puso al frente de todos sus innumerables sonetos, un soneto que es, sin disputa, el mejor de todos, como que viene á decir:

Con estos versos desdecirme intento:
No hagais caso de todo lo que canto,
He sido un pobre loco y me arrepiento.

Aunque le motejasen de plagiario, en esos ó parecidos términos debiera Castelar escribir su último discurso, que seria sin duda el mejor de todos y le mereceria un asiento en el banco azul de los cielos.

Empuñando el discurso en su mano, despues de haberlo leido en público, é inspirándose en el cantor de Laura, podria llamar con su discurso á las puertas eternales, y aquellas puertas se le abririan de par en par.

—¡Cómo—exclamarian aquellos moradores con extrañeza,—usted por aquí!

—En verdad no me extraña su extrañeza, Padres conscriptos de la etérea altura—alejado

viví del buen camino—del aura popular llevado en brazos:

Ma... ben veggi'or si como al popol tutto
Favola fui gran tempo...

—Pero y tantos errores... ¿y lo del octavo mandamiento?

—Yo demando perdon humildemente.

Di me medesmo meco mi vergogno

Yo mismo me avergüenzo de mí mismo—y es la vergüenza de mi error el fruto.

E del mio vaneggiar vergogna è'l frutto

Y llorar mis pecados conociendo—que es breve sueño cuanto al mundo agrada

E'l pentirsi, e'l conoscer chiaramente
Che quanto piace al mondo è breve sogno!

Es verdad: lo escrito con tinta se puede borrar con lágrimas. Las heridas abiertas por la pluma, con romper esa pluma públicamente en señal de arrepentimiento, parece como que se cicatrizan cuanto es posible.

Mas ¿quién detiene la sangre que chorrea el cuerpo social asaeteado por los dardos de la elocuencia? ¿Quién logra que las palabras lanza-

das á los cuatro vientos vuelvan al labio que las lanzó?

¿Quién volverá á su colmenar esos enjambres de ideas subversivas revestidas de enloquecedoras palabras que desde los labios de Castelar han ido revoloteando en todas direcciones y han depositado en tantas almas su miel venenosa, hiriéndolas al par con los aguijones de todas las concupiscencias?

Muchas han sido las palabras de Castelar, y mucho daño han hecho.

¿Cuáles serán sus últimas palabras?

Y cuando se paralice su lengua para no volver á hablar más, ¿qué pasará por su alma tan espléndidamente dotada por Dios? ¡Quién sabe si el que ha dicho: «Lo deseable es que la muerte sea como la corona de una vida sin mancha» obtendrá por fin que borren sus lágrimas las manchas de tinta! ¡Quién sabe si ese «profundo sentido cristiano que, en frase de Cánovas, pudiera decirse que le persigue,» le dará entónces alcance, y en aquella hora de desengaños profundos, una luz esplendorosa, infinitamente más que las más esplendorosas imágenes de su palabra, rodeará como un nimbo su cabeza, y un sentimiento intenso, inmenso, avasallador, como lo es á veces su elocuencia cuando se inspira en los dogmas cristianos, se apoderará de

su corazon, y abrirá sus ojos á la luz de la fe y sus labios al sollozo elocuentísimo del arrepentimiento!

Sabemos lo que Castelar ha dicho hasta ahora; no sabemos lo que dirá en sus últimas palabras.

Nunca como en esos momentos supremos revelan los labios lo que hay en el corazon.

Suarez, el eximio Doctor que escribió mucho más que Castelar, pero tambien mucho mejor, y que hubiera dado toda su ciencia por un Ave María, exclamaba próximo al último instante: ¡Nunca pensé que fuera tan dulce el morir!

Felipe II, el rey más grande de la tierra, el de más extensos dominios, en su Escorial, uno de los más suntuosos edificios del mundo, se encuentra postrado en su lecho de muerte sin poderse mover de una postura durante cincuenta y tres dias, sobre sus propias llagas y materia y sangre podrida; y llama á su hijo el heredero de la corona, y le dice, segun refiere el P. Sigüenza: «¡He querido que os halleis presente á este acto, para que veais en qué para todo!»

García Moreno, aquel gran Presidente de la República del Ecuador, cae mortalmente herido á traicion por el machete de Rayo, y exclama: ¡Dios no muere! ¡Magnífica amenaza contra los impíos, sublime himnó de triunfo del mártir!

Depretis, uno de los hombres más funestos para la Iglesia mientras ocupó la Presidencia de las Cámaras italianas, espira con esta jaculatoria en los labios: ¡Canalla! ¡canalla!

¡Luz! ¡luz! fueron las últimas palabras de Goethe al morir entre las tinieblas de la duda y el escepticismo que manchan las últimas páginas del Fausto.

¡Abrid! ¡abrid! Ultimas palabras de Lacordaire, que daba sin duda prisa á los ángeles para que le abriesen las puertas eternales.

Pero... ¿quién penetra en los misterios de la última hora? ¿Quién nos asegura que el ¡Luz! ¡luz! de Goethe no fué el grito de alegría de quien ve desaparecer las tinieblas de la incredulidad y aparecer la luz de la gracia despues del arrepentimiento, y tras la luz de la gracia la luz de la gloria?

¿Quién no se estremece á la sola posibilidad de que el grito de Lacordaire: ¡Abrid! ¡abrid! no fuese la expresion del terror al ver las puertas del cielo cerradas?

¿Cuáles serán, pues, las últimas palabras de Castelar?

A la orilla de su lecho
¿Quién se sentará?

Cuando la trémula mano
Tienda próximo á espirar
Buscando una mano amiga
¿Quién la estrechará?

¡Ah! si la enfermedad es larga, y sobre todo, si es contagiosa, algunos exclamarán á la hora de su muerte: *¡Dios mio, qué solos se quedan...* los grandes hombres!

Y aun quizás no sea esta la mayor desgracia, pues nunca como á la hora de la muerte será cierto que más vale estar solo que mal acompañado. Quizás se encuentre rodeado de esos que por antífrasis se llaman ¡amigos del alma! y á pesar de eso concluya con la exclamacion con que concluye Ayala en su *Consuelo*

¡Qué espantosa soledad!

Quizás esté únicamente asediado como de los angustiosos ensueños de una pesadilla, de esos seres fantásticos por el mágico conjuro de su elocuencia evocados del polvo de todas las generaciones pasadas. Quizás floten sobre su cabeza fantasmas temerosos, fantasmas sangrientos de familias, de pueblos enteros reclamando, con una voz sin voz, la fe en que vivieron sus padres, la honra de sus nombres, la paz de sus conciencias.

Quizás lleguen á sus oidos ya embotados por la cercanía de la muerte el rumor lejano, muy lejano, pero al mismo tiempo fragoroso, delirante de una multitud siempre la misma y siempre nueva, cuyas oleadas parece que al estre-

llarse junto á su lecho van á ahogarle en la embriaguez de sus innumerables triunfos... Y procurará recoger entónces los restos de sus fuerzas para taparse con ambas descarnadas manos los oidos y para clamar con voz inarticulada y sobrecogida de un terror espantoso: ¡Callad! ¡callad! ¡esos aplausos me matan! ¡esos aplausos me horrorizan!

¡Oh, si así fuera! ¡qué consoladora esperanza! ¡Los aplausos le habrian perdido, y los aplausos le salvarian!

Impregnada todavía con los perfumes de la huerta de Valencia, llega en estos momentos á mis manos una sentida carta, en que leo, no sin experimentar el escalofrio de las hondas emociones:

«Hace no pocos años que visitando yo la »Vírgen de los Desamparados en su magnífica »capilla, uno de mis amigos cortó el hilo de »mis reflexiones y plegarias diciéndome:—¿No »has oido hablar de una profecía que se refiere »á Castelar?—¡No! ¿Qué dice esa profecía?— »Que Castelar ha de volver al buen camino án»tes de morir.—¿Y á quién se atribuye esa pre»diccion?—Se atribuye á su misma madre, que »fué piadosísima y devotísima de la Vírgen de

»los Desamparados. Y prosiguió mi interlocu-»tor señalando un cirio bendito que ardia ante »la venerada imágen:

—»Ese blandon hace años que se renueva »constantemente, y constantemente arde ante »la Vírgen, como para obligar al Corazon de la »Purísima Madre de Dios y Madre de la mise-»ricordia, que obre, por fin, el prodigio que se »espera. La luz del cirio bendito no se ha de »apagar mientras Castelar viva. El dia en que »le vean apagado, todos podrán decir: Castelar »ha muerto!»

Pero, Dios mio, ¿cómo morirá Castelar?

Mucha es la eficacia de la oracion simboliza-da por la luz bendita que arde en nuestros alta-res; la intercesion de María es poderosísima, casi omnipotente. Mas, aun bajo la presion de la gracia, el hombre siempre permanece libre, dueño de sí mismo, dueño de su destino; y por doloroso que nos sea decirlo, lucha singu-lar se traba en nuestro espíritu *contra spem in spem,* al recordar cómo han temblado ante el pensamiento de la muerte y el Juicio, Santos tan santos como un San Hilario ó un San Jeró-nimo, y al oir al mismo tiempo en la dedica-toria de la obra, que en parte examinamos,

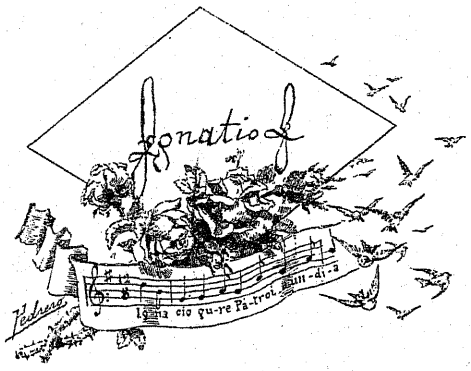
estas últimas palabras de Castelar, hablando de sí mismo:

«Hoy que cada dia me siento más tranquilo; hoy que »comprendo todo cuanto ha habido de revelador en »mis dolores y de santo en mis infortunios; hoy que »me despido de la juventud y me acerco á la tarde so»lemne de la vida, confiado en haber servido con des»interés á mi patria, hoy te consagro estas páginas que »tienen ecos de las antiguas tempestades, con el reposo »de quien va recogiendo sus recuerdos para presentarse »al Supremo Juez y no teme su juicio.»

¡Ni una palabra más, esto da frio en el alma!

FIN

ÍNDICE

	Págs.
I.—Preludio	5
II.—Salvedades	9
III.—Así se escribe la historia	15
IV.—El gran paralítico	21
V.—El sonámbulo	27
VI.—El Caballero de la Triste Figura	31
VII.—¿Qué más es Ignacio?	37
VIII.—El Imposibilismo en la Historia	43
IX.—Mazzantini ó una gloria española	53
X.—Intermedio de música	65
XI.—Acuerdos de un mulo	81
XII.—Prosiguen los acuerdos de un mulo	93
XIII.—Manzanas y peros	107
XIV.—Otros peros	121
XV.—Más negras	133
XVI.—Zurcidos	143
Zurcido primero	144
Zurcido segundo	149
Zurcido tercero	150
Zurcido cuarto	153
Zurcido quinto	158
XVII.—Á grandes rasgos	165
XVIII.—Espejismo histórico	169
XIX.—Erre que erre	179
[A] ¿Dónde escribió Ignacio sus Ejercicios?	182
[B] ¿Quién dió pié á Ignacio para sus Ejercicios?	185
[C] ¿Cómo se preparó Ignacio para escribir su libro?	187
[D] ¿Qué precisa hacer al que hace Ejercicios?	188

[E] ¿Qué fin se propone Ignacio en sus Ejercicios?..... 192
[F] ¿Á dónde, pues, conducen los Ejercicios?..... 194
XX.—Calderon..... 197
XXI.—Dale que dale..... 205
[G] ¿Qué me dice V. de la idea cósmica de San Ignacio?..... 205
[H] ¿Qué siente V. de la Indiferencia Ignaciana?..... 212
[L] ¿Qué hay que notar de la *Cristología* Ignaciana?..... 217
[M] ¿Á qué llegan, por fin, los artificios de los Ejercicios de Ignacio?..... 226
XXII.—El colosal patíbulo de la humana libertad. 233
XXIII.—Crimen horrible..... 247
XXIV.—Una puesta del sol..... 261